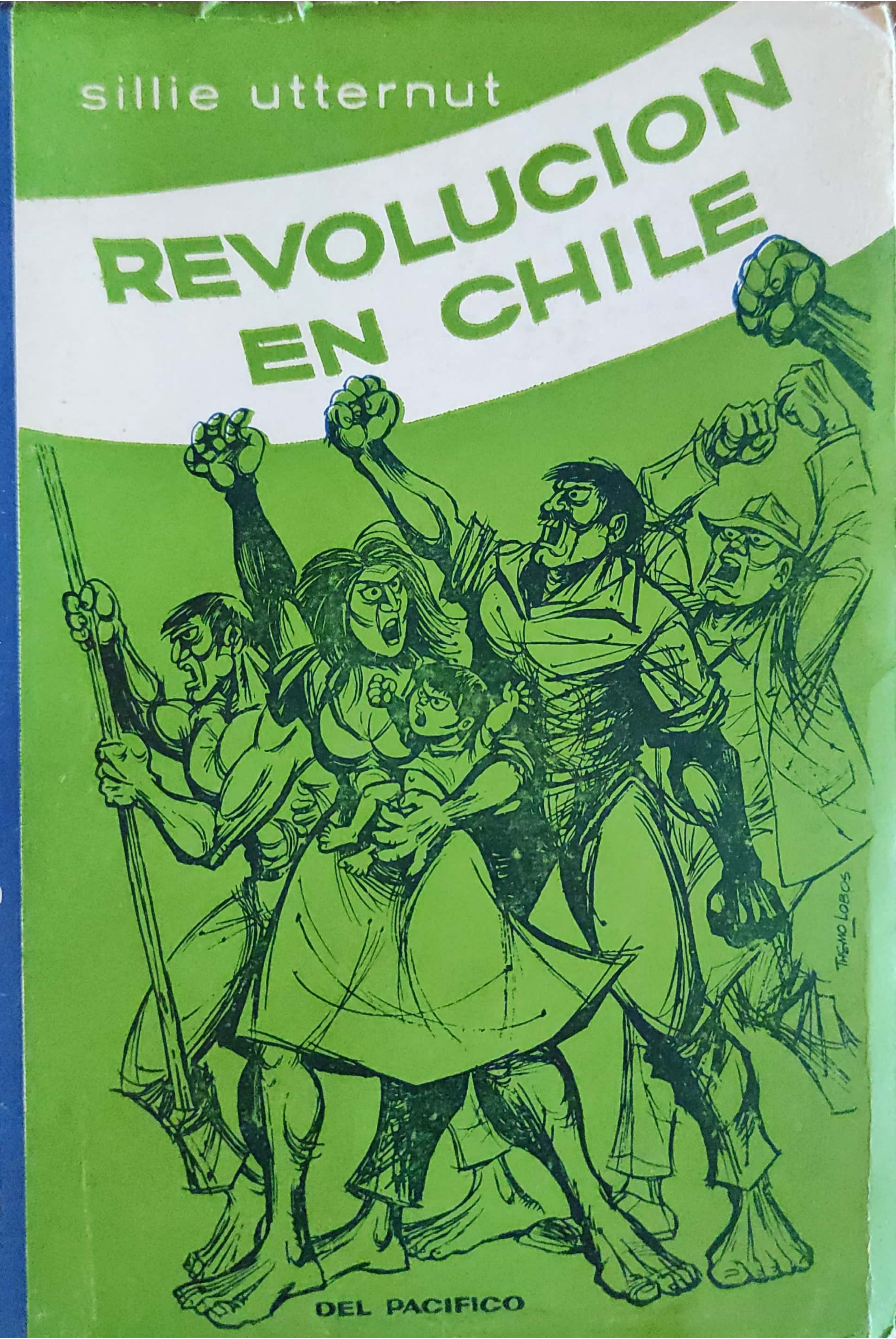
"traducción" de guillermo blanco y carlos ruiz-tagle



REVOLUCION EN CHILE

"Corrí como un gamo hacia la vieja escalera, seguida de cerca por dos feroces policías. Subí al segundo piso. Ellos vociferaban: —¡Alto, alto ahí!... En un dos por tres estuve arriba, y conseguí despistar, mediante una hábil estratagema, a mis perseguidores. No iba a dejarme ooger así no más, y por úlitmo estaba dispuesta a vender cara mi vida".

Estas palabras, tomadas de *Revolución en Chile* ("All about Chile"), revelan hasta qué extremos llega la autora en busca de datos sobre las volcánicas fuerzas subterráneas que agitan a Chile. Es el dantesco testimonio que sobre nuestro país da una extranjera versada en asuntos internacionales. Su audaz crónica, "traducida" por los escritores chilenos Guillermo Blanco y Carlos Ruiz-Tagle, no sólo hace reflexionar, sino temer. Temer por nuestras instituciones democráticas, por la caída de ídolos que arrasarán en su derrumbe con todo lo que hallen a su paso.

"Yo veo en estas páginas a la periodista clarividente: toga romana sobre los hombros, brazo extendido, el dedo índice señalando... Parece decir a los chilenos: 'Despertad, ¡no sigáis durmiendo sobre el polvorín!' Es necesario tener conciencia de la realidad descubierta por Sillie Utternut en *Revolución en Chile*... antes de que sea demasiado tarde".

(Charles Emptybean, *The Sunday Lumber,* Cincinatti).

12ª EDICION

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.
Ahumada 57 — Casilla 3547
Santiago de Chile

NOVELA



Sillie Utternut / REVOLUCION EN CHILE

Inscripción Nº 25663
Santiago de Chile, 1963.

1ª edición: 14 de septiembre de 1962

2ª edición: 26 de octubre de 1962

3ª edición: 27 de noviembre de 1962

4ª edición: 3 de diciembre de 1962

5ª edición: 7 de diciembre de 1962

6ª edición: 13 de diciembre de 1962

7ª edición: 27 de diciembre de 1962.

8ª edición: 10 de enero de 1963.

9ª edición: 31 de Enero de 1963.

10ª edición: 21 de febrero de 1963.

11ª edición: 21 de marzo de 1963.

12ª edición: 16 de abril de 1963.

Impreso y hecho en Chile
Editorial Del Pacífico, S. A.
Santiago de Chile, 1962.
449

sillie utternut

revolución en chile

"traducción" de

guillermo blanco
y
carlos ruiz-tagle

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.
SANTIAGO DE CHILE

DEDICATORIA:

A los periodistas de *Time, Daily Herald, London Times, New York Times, Paris Match,* sin cuyo ejemplo de acuciosidad informativa este libro no habría sido posible.

SILLIE UTTERNUT.

CAPITULO I

Una misión inesperada. En el corazón de Sudamérica ¡Yo, espía! Milagrosa escapada. Cambio de ruta. Chile en pocas palabras. Recibimiento simbólico.

—*¡Ale pallá, gringa seca!*

Estas palabras —que, según me explicó un acompañante, son un piropo típico chileno, intraducible al inglés— fueron las primeras que oí al desembarcar en el puerto de Santa Fugasta, en el norte de Chile. Además de una grata bienvenida, ellas constituyeron un presagio bastante fiel de lo que sería mi breve permanencia en aquel país.

Mi viaje se había resuelto en forma precipitada e imprevista. Y yo adoro lo imprevisto.

Trabajaba un día en mi columna de la *Littlehell Gazette,* cuando Mike, el Director, irrumpió en mi oficina como potro de estampida. Traía el cabello revuelto, la camisa a medio asomar fuera del pantalón, y los anteojos en una zona que inducía a serias dudas con respecto a su utilidad práctica. Todo esto es habitual en él, pero el cigarro destrozado entre los dientes era

indicio inequívoco de un estado de extrema nerviosidad.

—¡Comisión para usted! —me ladró, como si quisiera insultarme—. Fuera del país.

—Magnífico, Mike —exclamé, tratando de apaciguarlo con una sonrisa.

Mike, sin embargo, no es hombre para ablandarse ante sonrisas. Cada vez que lo he intentado, lo único que conseguí fue irritarlo. Ahora lo dominaba tal agitación que ni para eso tuve tiempo. Pasó por alto mi gesto conciliador.

—¿Tiene usted botas? —preguntó.

—Sí, unas de montar, de...

—Bien —me interrumpió—. ¿Rifle, revólver, algún arma de fuego?

—Tengo un Colt que perteneció a mi abuelo, el...

—¿Sabe usarlo? —me interrumpió de nuevo.

—No soy...

—¿Sabe?

—Sí, Mike.

Se rascó la cabeza. Una idea seductora me iluminó el cerebro.

—Mike —aventuré.

—¿Sí?

—¿Es un *safari*?

(Ir a un *safari* había sido mi sueño dorado desde la más tierna infancia. Mi padre se hizo célebre por sus éxitos en ellos, hasta que —según decía irreverentemente mi hermano Billy— el éxito fue del león. Mis hermanos y yo nacimos en Christchurch, Nueva Zelandia, y comenzamos a viajar temprano. Como muchas fami-

lias de la Comunidad Británica, recorríamos los dominios de Su Majestad, pasando una temporada en cada lugar. En mi mente se confunden los paisajes de Tanganyka y de Rhodesia del Norte, de Aden y Borneo, de la India milenaria... Mis hermanas Chilly y Millie conocieron a sus actuales maridos en un campamento emplazado en las mesetas de Kenya, frente al romántico Kilimanjaro. Y resulta absurdo, paradójico, contar las veces que yo estuve en medio de la selva, sin tomar jamás parte en un verdadero *safari*).

Mike pareció volver de un mundo muy lejano al escuchar mi pregunta.

—¿*Safari*? —gruñó.

—¿Piensa enviarme al Africa, a...

—No, no, no, Sillie. No es eso.

Apenas pude disimular mi decepción.

—¿De qué se trata, entonces? —insistí.

—De un golpe revolucionario.

—¡Oh! —exclamé, jubilosa— ¿Dónde?

Después de un *safari*, pocas cosas hay más deliciosas que una revolución para el alma aventurera de una periodista de cepa. Mike se hurgó los bolsillos.

—Tenía por aquí el país... Caray. Dejé el cable en mi boliche. En fin: después le digo. Por ahora, tome nota: debe conseguir equipo de campaña, balas para su Colt, grasa para sus botas y todo lo que haga falta para defenderse de las picaduras de mosquitos, mordeduras de serpientes y enfermedades tropicales. No quiero que la malaria, o la fiebre amarilla, me impida recibir sus crónicas.

—Conforme, Mike.

—Es en Sudamérica —explicó, como acordándose de pronto.

Permaneció unos instantes en silencio. Luego:

—¿Cómo anda su castellano?

—*Mucho bonito*[1] —contesté.

Al ver su perplejidad, le conté que había estado cuatro años en Madrid, cuando era corresponsal del *World Ladies*, de South Hiccup. Además, añadí, los Utternuts éramos célebres por nuestra facilidad para los idiomas, como lo demostraba la pintoresca anécdota ocurrida a mi tío Herbert, cuando...

—Esplendido —regañó Mike, mutilando sin piedad mi sabrosa historia.

Mike tiene la terrible costumbre de decir "espléndido" con la misma entonación con que dice "desastroso", de lo cual resulta que una nunca puede sentirse satisfecha al oir sus comentarios.

—Eso es todo —cortó.

Y salió con su característica violencia. Al segundo, sin embargo, reabría la puerta.

—Pase por mi oficina antes de irse... o sea, en el acto —ordenó—, para darle el nombre del país.

—¿Y mi columna, Mike?

—Echela al canasto.

Mike es genial. Nunca parece agradarle nada, pero esta vez, en realidad, demostraba un especial disgusto por tener que encomendarme a mí la misión. El tiene un prejuicio por demás anticuado contra las mu-

1. En castellano en el original (N. de los TT.).

jeres, y aunque no puede prescindir de mi trabajo para la sección *Vida Femenina* de los lunes, miércoles y viernes, ni para *Su animalito regalón*, de los martes, jueves y sábados, le repugna cualquier otro cometido, de ésos que llama "de responsabilidad", que deba darme. Ahora, empero, Applegrate y Loudchuick andaban en sendos reportajes de importancia, el primero cubriendo un debate de las Naciones Unidas y el segundo, investigando los entretelones del resfrío del Duque de Edinburgo, de manera que no le quedaba más que yo.

De lo cual me alegré profundamente. No hay como lo sorpresivo.

Guardé, pues, mis cachivaches, tomé mi libreta y mi pluma, mi máquina de escribir portátil, y pasé a la jaula del león, que es el nombre que damos al cuchitril desde donde Mike maneja el diario. Lo encontré hablando por teléfono. Al verme hizo un gesto extraño, mezcla de resignación y contrariedad, y me señaló una silla... deferencia poco habitual.

Murmuró en el fono algunas de esas palabras que no le importa pronunciar aunque haya damas presentes, y cortó.

—Chile —me dijo.

—¿Con carne[1]? —pregunté estupidamente.

—Chile es el país donde va a haber revolución —me explicó—: Chile, Sudamérica.

---

1. *Chili-con-carne*: plato mejicano muy popular en Estados Unidos (N. de los TT.).

Parecía masticar las sílabas.

—Perdón, Mike. —balbucí—. Es todo tan imprevisto.

—Esa frase, Sillie, es para cuando a una muchacha se le declaran —me reprochó.

Mike detesta que una emplee términos inadecuados.

—Perdón —repetí.

—Datos: elección presidencial en septiembre. Cuatro candidatos. Campaña muy disputada. Comunistas dentro de la ley. Estaban fuera. Postulante pro comunista con grandes posibilidades de obtener alta cifra de votos. Improbable que ninguno alcance mayoría absoluta...

—¿Qué es eso? —interrumpí.

—La mitad de los votos más uno. La Constitución lo exige. Usted sabrá lo que es constitución, ¿no?

Callé: Mike hace preguntas como quien da bofetadas.

—¿Sabe? —insistió.

—Sí, Mike.

—Espléndido —dijo, de nuevo en ese embromado tonito suyo de funeral.

Luego siguió recitando:

—Animos exacerbados. Grandes manifestaciones de masas para cualquier candidato. Probable intervención del ejército. Revolución se espera de un momento a otro. Militar, comunista o de extrema derecha. ¿Alguna pregunta?

—Está claro —contesté—, no hay preguntas.

—Bien.

—¿Cuándo parto, entonces?

—Supongo que eso no es pregunta.

Lo miré sin decir nada. Yo conozco a Mike.

—¿Estará bien mañana, si encuentro pasajes?

—Mañana, encuentre o no encuentre.

Me disponía a salir cuando él se puso de pie, y con una entonación inusitada —casi me atrevería a calificarla de un dejo de ternura— musitó:

—Sillie.

—¿Sí, Mike?

—Por favor... hágalo... Lúzcase. Usted sabe que Applegrate y...

Asentí.

—No me quedaba sino usted. Le ruego, Sillie...

—Descuide, hombre —sonreí—, que no voy a defraudar sus esperanzas.

Y partí. En la calle había comenzado a llover. No era un clima muy estimulante para iniciar mi primera misión en Sudamérica, pero el agua no logró apagar mi entusiasmo, y al día siguiente me embarcaba hacia Miami, Florida, desde donde iba a tomar el avión que me conduciría a Chile.

Es decir, desde donde creí que iba a tomar el avión que me conduciría a Chile.

* * *

Porque surgió un inconveniente.

Según se aclaró después —al cabo de largas y prolijas averiguaciones—, Mike me había indicado, o tuvo

la intención de indicarme, que en Miami tomara pasaje por avión hasta Santiago, donde me esperaría un señor Collao. Sea que él se equivocara al llamarme por teléfono aquella noche, sea que yo me encontrase demasiado nerviosa, el hecho es que le entendí que debía dirigirme a la ciudad de Collao, y que en ella me recibiría un señor Santiago.

En Miami, pues, pedí boleto para Collao.

—Callao —me corrigió el empleado de la línea aérea.

Como nunca está de más tomar precauciones, quise precisar al máximo, de modo de evitar cualquier mal entendido.

—¿Eso está en Sudamérica? —pregunté.

—Sí —me aseguró el vendedor.

No cabía duda.

—Deme un pasaje a Callao —pedí.

—No tenemos vuelo directo. Tendría que ir a Lima, que dista unas pocas millas.

—Conforme.

No averigüé en qué viajaría de Lima a Callao, pero tenía la secreta esperanza de realizar una cabalgata a través de la selva, con todos los peligros y emociones que representaría una aventura extra. No fue así. El camino entre las dos ciudades está decepcionantemente pavimentado, y por él transitan prosaicos automóviles y buses modernos.

Mis contratiempos no habían terminado, sin embargo.

Resulta que Lima y Callao están en Perú —véase mapa adjunto— y yo tenía pasaporte para Chile. Esto

dio origen a muchos traqueteos de funcionarios, sobre todo cuando anuncié en el aeropuerto limeño que venía por la revolución.

Mi trayectoria por las oficinas de policía fue, desde ese instante, un ascenso vertiginoso, hasta llegar a un señor que, a juzgar por los bigotes que lucía, debía de tener un rango muy alto.

(En Chile también verifiqué este fenómeno, que me atrevo a suponer típico de Latinoamérica: los grados militares pueden distinguirse por los galones que decoran el uniforme, pero para los menos experimentados viene a ser mil veces más práctico emplear para ese objeto los bigotes. El oficial recién salido de la escuela usa uno finísimo, casi imperceptible. En seguida, al subir en el escalafón, va engrosándolo, engrosándolo, hasta llegar al general, que suele ostentar uno imponente).



Pero volviendo a mi jefe policial:

—¿En qué revolución anda usted metida? —inquirió.

—En ninguna —contesté.

—¿Cómo dice que viene por la revolución?

—Ah, sí.

—¿Qué es eso de "ah, sí"?

—Vengo por la revolución que va a producirse.

Lanzó una exclamación que no figuraba en mi repertorio castellano, y que más tarde no he logrado encontrar en las páginas de mi *Spanish Handbook*.

—¿Qué sabe usted de esa revolución?

—Ya le dije: que se va a producir.

—¿Cómo?

—Ese es el problema —expliqué—. Mike no sabía a ciencia cierta si vendría del ejército, de la extrema derecha o de los comunistas.

El general —supongo que era general: no concibo bigotes más grandes— se mesó los cabellos.

—¿Quién es Mike?

—El Director.

—¿El Director?

—Sí. El me mandó.

—¿A qué?

—Bueno, usted sabe...

—No. No sé.

—Eh... bueno... A sondear, a establecer contactos, a informarle...

—¿Dónde pensaba "sondear"?

—En Collao.

—¿Callao?

Sonreí.

—Callao. Es la capital, ¿no?

—No. Es el primer puerto. El puerto mi-li-tar —agregó, con una mirada sombría.

—Ah.

—¿A quién iba a ver ahí?

—Al señor Santiago.

—¿Santiago qué?

—Santiago. No me especificaron más. El iba a esperarme, o a localizarme en el hotel. Mike, el Director, debe de haberle cablegrafiado.

El general me hizo varias preguntas más, y examinó mis papeles concienzudamente, dos o tres veces. De la mayoría mandó a sacar copias fotostáticas. En segui-

da me indicó que saliera, acompañada por una guardia de seis gallardos policías. Me sentí abrumada por éste que consideraba un gesto de cortesía latina, mas de cuyo verdadero significado no tardé en percatarme: iba presa.

Como el lector habrá comprendido ya, se me había tomado por agente de enlace revolucionaria. ¿Podían iniciarse mis aventuras en Sudamérica de una manera más fascinante?

* * *

El hecho es que, al cabo de unos cinco o seis detallados interrogatorios, las cosas fueron aclarándose. Cuando los policías peruanos —siempre corteses y caballerosos en extremo— se enteraron de que yo era periodista y andaba a la caza de noticias e impresiones, se apresuraron a allanarme todo para que abandonase el país cuanto antes.

Se habría dicho que eran ellos, y no yo, quienes tenían apuro por que llegara a Chile.

Así, una mañana nebulosa partía desde Callao en un barquichuelo mercante lleno de años, crujidos y ratas[1]. No me había sido posible hallar pasajes aéreos a Santiago para fecha cercana —supongo que la revo-

---

1. Extrañará que no me detenga más para consignar mis impresiones sobre esta permanencia en el Perú. La verdad es que ellas serán objeto de otro libro, ya en preparación, que llevará por título: *Inca of today: remains of a fallen Empire*. En cuanto a Ecuador, que estaba

lución estaba atrayendo a miles de visitantes hacia el sur—, y mis nuevos planes consistían en llegar así hasta Santa Fugasta, desde donde cogería un avión de la Línea Aérea Nacional, que es la empresa chilena de aviación, para aterrizar en Santiago.

El viaje en barco me resultó de gran utilidad, pues me permitió releer el libro *Sudamérica, continente embrujado*[2], de que es autor mi gran amigo *lord* Ernest Simpleton, y que conservo con dedicatoria suya. Gracias a esta obra y a mi *Spanish Handbook,* pude formarme un archivo mental de antecedentes sobre Chile, y reactualizar un poco mi castellano, que iba a ser herramienta fundamental de trabajo en mi contacto con el pueblo chileno. "No hay mal que por bien no venga", o vice versa, como dice el refrán español.

* * *

Aprovecharé las preciosas informaciones que encontré en el libro de Ernest para dar a ustedes, lectores, en pocas palabras, una imagen de este extraordinario país sudamericano en el que nos disponemos a desembarcar.

---

en la ruta, no logré la cooperación del piloto. Me acerqué a él y le pedí que volara más bajo, pues deseaba escribir un libro sobre el país. Por toda respuesta lanzó una carcajada desconcertante. (N. de la A.).

2. *South America, bewitched Continent,* Looney & Looney, Eds., London, 1948. (N. de la A.).

La capital de Chile es más bien una ciudad de pre cordillera. Posee dos cerros de importancia, que se alzan en medio de las calles. En la falda de uno de ellos, el Santa Lucía, hay una carta que grabó en piedra don Pedro de Valdivia, el conquistador del país. Tuve oportunidad de admirarla, y no dejó de llamar mi atención de filatélica aficionada la curiosa estampilla que luce en un ángulo. Es de un tipo que no he visto en ninguna colección.

Por hallarse más cerca de Estados Unidos, la región norte del país resulta sin duda la principal. Posee ricos minerales como Cuchitamala, San Tenente y Potopillo. En las zonas libres de asedio araucaria, la agricultura comienza a producir trigo, algodón y cacao, mientras la costa suministra los preciados ejemplares de la fauna marina: el congrio, la tuna, el caliche y otras especies.

Es notable comprobar cómo los indios no fueron obstáculo para que el país progresara, a pesar de los reiterados y sangrientos *malones* (incursiones que los aborígenes lanzaban, por sorpresa, contra una población o un caserío) .

Los habitantes de Chile, dirigidos en un comienzo por don Pedro de Valdivia, dedicaron cientos de años a combatir a los araucarias, cazadores de cabezas. Miles de hombres terminaron con sus cráneos reducidos en algún rincón de la selva tropical. A don Pedro de Valdivia sucedió una época de desorden y de extrema violencia: cuando pienso que en 1599 había sólo doscientas mujeres blancas para diecisiete mil mestizos y dos mil doscientos españoles, imagino cómo sería aquello.

Afortunadamente el rey de España fundó las nunca bien ponderadas Casas de Contratación, siguiendo el modelo de una que hacía época en Sevilla. Así los ánimos se calmaron un poco.

Al analizar la historia de la Conquista se advierte la ferocidad de españoles y araucarias, su absoluto desconocimiento de las más elementales normas de *fair play*. A modo de ejemplo, diré que doña Inés de Suárez, esposa de don Pedro de Valdivia, cortó las cabezas de setecientos caciques prisioneros para lanzarlas en medio de la turbamulta de feroces araucarias que atacaban su casa, lo cual hizo a éstos huir horrorizados.

Al propio don Pedro, según cuentan las crónicas, los araucarias lo tomaron prisionero en una emboscada en la que perecieron muchos españoles, y lo condenaron a sentarse sobre una pica. Esta fue su represalia por la muerte del gran cacique Caupolicán, a quien los conquistadores habían ajusticiado hacía poco, obligándolo a tragar oro derretido.

Este procedimiento de ejecución —observa mi amigo Simpleton—, "aunque en gran boga por aquellos años, debió de resultar muy oneroso, pues fue abandonado con el tiempo. Al parecer, los españoles, con ese *panache* tan latino, no se resignaron a usar otro metal más económico, como pudo ser el plomo". Aquí me atrevo a agregar algo de mi personal observación: parece que, efectivamente, durante un tiempo se empleó el plomo que con fina ironía auspicia Ernest. Prueba de ello es que cuando un chileno siente antipatía hacia otro o quiere censurar un acto suyo, dice: "Plomo derretido", o "Plomo" a secas, especie

de equivalente del *macté* con que los emperadores romanos sentenciaban a los vencidos en el circo.

A cada matanza sobrevenía una de escarmiento de los enemigos, fueran españoles o araucarias. Así transcurrió la Conquista y buena parte de la Colonia.

Mas siempre se ha dicho que Chile tiene buena estrella —por algo la ha colocado en el lugar de honor de su bandera—: después de la batalla de Cabildo Abierto, la primera Junta Nacional designó a un británico, don Bernardo O'Higgins, Director Supremo. Como se comprenderá, las cosas tomaron otro rumbo, suavizándose mementáneamente las relaciones con los araucarias, y terminando por esclarecerse el enigma que había durado toda la Colonia sobre las encomiendas del rey de España, que, o demoraban en llegar, o no llegaban jamás a sus destinatarios. La verdad no tardó en revelarse, con la participación personal del Director O'Higgins. ¡Los jesuitas, ellos eran los que se quedaban con las encomiendas! Al Director, como británico que era, esta *affaire* no le llamó la atención, tratándose de los pérfidos jesuitas, a quienes expulsó sin más trámites.

Poco a poco fueron diferenciándose las clases sociales que irían a integrar la República. Tenemos a los tozudos españoles, los negros, los zambos, los mulatos y otras combinaciones cuya procedencia más vale no averiguar, sino disculparla considerando el clima tropical y la fogosidad de los conquistadores.

Para finalizar mi visión histórica, quizá imperfecta, de este país soñado, diré que en la época de mi permanencia en él, Chile volvía a ser gobernado por

un militar. En breve tendremos oportunidad de conocerlo. Paciencia, *amigos*[1].

* * *

—Ale pallá, gringa seca.

Las palabras, con su musicalidad exótica y embriagadora, resuenan de nuevo en mis oídos. Y veo en la imaginación al obrero portuario a quien primero se las escuché, sentado en el malecón de Santa Fugasta, mirándome y haciendo con las manos un ágil movimiento que sonó como aplauso.

Mi acompañante, también chileno, me explicó lo que ya dije, respecto al cumplido. Luego agregó:

—Más vale que guarde su cámara. A mis compatriotas no les gusta mucho que los fotografíen.

El hecho fue significativo en dos sentidos: primero, porque me permitió apreciar la natural modestia de este pueblo, siempre enemigo de la publicidad y quitado de bulla. Segundo, porque me mostró algo que nunca vería desmentido durante mi permanencia en Chile: la galantería, esa fina cortesía de los latinos para con las damas.

---

1. En castellano en el original (N. de los TT.).

CAPITULO II

Llegada a Santiago. Un pueblo cosmopolita. Una curiosidad literaria. Entrevista "desde la otra punta". Secreto a voces. ¡Yo, agente imperialista!

Los chilenos son decididamente pintorescos. Apenas llegué a Santiago, después de un vuelo sorprendentemente sin novedad en un Martin de la Línea Aérea Nacional —los únicos Martins que he conocido fuera de Chile los vi en un museo aeronáutico, en Estados Unidos—, me encontré en el aeropuerto de Los Cerrillos con una nube de gente que me rodeó, hablando agitadamente y gesticulando con no menor entusiasmo.

Llegué a temer que también aquí me tomaran por una agente revolucionaria, pero muy pronto me tranquilicé. Una voz resonó a mis espaldas:

—¿La señorita Silvestra Utternut?

Quien así hablaba era un hombre bajo, crespo, de tez morena, con una tenida muy atildada y una cantidad inverosímil de bolsillos en la chaqueta.

—Sí —contesté, en castellano.

—*Delighted* —Saludó él en inglés—. *My name is Collao.*

—¡Collao! —exclamé, con el alivio que debió de experimentar el Dr. Livingstone al saludar a Stanley en su célebre encuentro en las selvas africanas.

—*Surely so* —confirmó, siempre en inglés.

Lo pronunciaba de una manera curiosa, pero gracias a mis conocimientos de castellano logré entenderle. En general, los chilenos que saben un poco de nuestro idioma lo manejan con gran aplomo, aunque no siempre con igual inteligibilidad. El resultado es una jerga divertida, descifrable sólo para las personas que —como yo— cuentan con cierta experiencia en la lengua de Cervantes.

Con Collao me resultó fácil llegar a un acuerdo:

—*Yo necesita practizar española* —le advertí, en castellano.

—Claro, claro —asintió.

Hablamos, pues, en su idioma, desde ese instante.

—¿Quiénes son estas personas? —indagué—. ¿Y qué desean?

—Oh —me explicó por encima del barullo—, son los reporteros.

Hizo una pausa y agregó, como quien traduce:

—Los chicos de la prensa.

En varias oportunidades me encontré con estas explicaciones de los chilenos, que parecen creer que nosotros nunca usamos palabras como "reportero", "detective" o "Primer Ministro", sino "chico de la prensa", "sabueso" o "Premier".

—¿Venía alguna persona importante en mi avión?

—Usted —sonrió Collao.

Y ante mi extrañeza repitió:

—Vienen por usted.

Al principio lo creí un simple cumplido latino, pero no era así. Mientras me conducía en su automóvil al Hotel Carrera, mi amigo me explicó que los periodistas congregados en el aeropuerto deseaban entrevistarme, y que, por evitarme molestias e incomodidades, los había citado para dentro de una hora en mi departamento.

Comenté que era una idea absurda. En ninguna parte del mundo se entrevista a un corresponsal.

—En Chile, sí —replicó Collao.

Me conmovió esta muestra de respeto del país para con la prensa.

—No —dijo Collao—. No es por la prensa. Es respeto por lo extranjero. Chile está en una punta del mundo, y le interesa todo aquello que le permita dar una ojeada hacia afuera.

No tardaría en comprobar esto. De las marcas comerciales registradas, hay un 72,7 por ciento en inglés, o con nombre o apellidos ingleses; un 15,6 en francés; un 8,3 en otros idiomas, incluso el chino; y sólo un 3,4 en castellano. Los cigarrillos que una fuma en el *Waldorf* o el *Chez Henri* son *Richmond, Flag, Liberty* —que los chilenos, cómicamente, pronuncian *libérti*—, *Capstan*, etc. Sus cajetillas están escritas íntegras en inglés, salvo el precio.

No me encontré con nadie que supiera decir en castellano: *buffet, closet* o *gas-fitter*. Las tiendas del centro de Santiago tienen, casi sin excepción, nombres

franceses o ingleses, a menudo con pintorescos errores ortográficos o de sintaxis, que les confieren un sabor característico. La nota decididamente hilarante la da un negocio donde se venden objetos típicos chilenos, y que se llama *Chilean Souvenirs,* o algo por el estilo.

Este hábito de extranjerizar se ha incorporado también a la literatura, donde me hallé con el caso extraordinario de un escritor que se ha citado a sí mismo... bueno, el citarse a sí mismo ya es extraordinario, pero no me refería a eso: en el primer capítulo del libro *Tierra de Océano,* su autor, Benjamín Subercaseaux, reproduce un párrafo de otro libro suyo... tomándolo de la versión inglesa. No resisto a la tentación de copiarlo, pues me parece un ejemplar único en las letras universales:

> *Finally, the word* Chilli *in the Aymara language means "where the land ends". —CHILE, A GEOGRAPHICAL EXTRAVAGANZA*[1].

¿Creyó Subercaseaux —con el mismo criterio que los hombres de negocios de su patria— que al presentar su producto en inglés adquiriría mayor prestigio o elegancia a los ojos del público? En verdad, no sabría decirlo, pero, repito, me parece una curiosidad única y reveladora.

---

1. He tomado la presente cita de un ejemplar de la obra, editado por la Empresa Ercilla, en 1951, capítulo primero, página 21. (N. de la A.).

Mi impresión es que todos éstos son indicios de la inquietud de un pueblo que sueña con trascender sus fronteras y aprender de otros más civilizados. El chileno quiere dejar atrás, de una vez para siempre, a los cazadores de cabezas, conquistar las selvas que rodean a sus principales ciudades, trazar carreteras que las unan y, en fin, abrirse y ser cosmopolita. Su exagerado respeto por lo extranjero, su afán por conocer otros idiomas —o, al menos, por usarlos— son trasunto de este anhelo.

Corresponde, según me explicaba un joven sociólogo, a cierta tradición nacional que lleva el nombre exótico y deliciosamente intraducible de *siutiquería.*

* * *

Mi entrevista con "los chicos de la prensa" fue una experiencia totalmente nueva.

Había asistido a muchas conferencias de prensa en mi vida, pero siempre "desde la otra punta". Ahora, en vez de la difícil tarea de buscar la pregunta inteligente y precisa, me tocaba la no menos compleja de hallar la respuesta eficaz. Me propuse aprovechar mis anteriores contactos con este moderno sistema de tortura para desenvolverme en la forma más airosa posible.

Pero... ¡los chilenos se mostraron, una vez más, desconcertantes!

Eran nueve en total mis entrevistadores. Los nervios que me dominaban en el momento apenas me

permiten recordar, estrechándose en torno mío, un círculo de caras muy semejantes a la de Collao, y con amplias aunque no tranquilizadoras sonrisas.

El comienzo del bombardeo me sacó de mis reflexiones.

—¿Qué opina usted del *sputnik*?

A mí me fascinan la astronáutica y la ciencia-ficción, mas no me siento preparada para emitir opiniones públicas sobre una de sus realizaciones concretas.

—Es un tema demasiado elevado para mí —repuse.

Resonaron unas carcajadas estrepitosas, cuya causa no entendí, y que no consiguieron sino aumentar mi azoro.

—¿Cree que Jayne Mansfield tiene más busto que Gina Lollobrigida?

—No es mi especialidad —murmuré.

Nuevas carcajadas inexplicables.

—¿Cree que habrá guerra con Rusia?

—Francamente, no sé.

—Pero, ¿cuál es su opinión personal?

—Mi opinión personal —declaré con firmeza— es que sería un hecho lamentable.

Hubo un murmullo de asentimiento. Me anotaba mi primer punto a favor.

—¿Qué le parece Chile? —disparó otro.

Esta era una de las preguntas para las que Collao me había preparado, y repetí la respuesta que él me enseñara. "Es la que esperan", me había advertido, "y cualquiera otra no serviría sino para contrariarlos".

—Es un país maravilloso —contesté—. Espléndido clima, lindas mujeres, excelentes vinos.

La verdad era que yo no conocía mucho de ninguna de las tres cosas, pero, como me previniera Collao, nada costaba darles en el gusto a los "chicos de la prensa".

—¿Y la democracia?

Era cierto: me había olvidado de esa parte. La recité sin tardanza:

—La democracia es admirable, y sólo se la puede comparar a las de la antigua Grecia y la Suiza actual.

—¿Superior a la de Estados Unidos? —lanzó uno.

Vacilé, pues Collao no me había advertido nada al respecto. Pero otro del mismo grupo vino a salvarme:

—En Chile —sentenció— no se discrimina contra los negros.

Asentí.

—¿Qué porcentaje de negros hay en el país? —indagué a mi vez.

Nadie respondió. Creo que fue una manera cortés de recordarme que era yo la entrevistada.

—¿Superior a la de Inglaterra? —insistió el preguntón.

—Superior —repuse con énfasis, logrando, con un esfuerzo, que la cortesía venciera a mis más profundos sentimientos de ciudadana británica.

Por fortuna, el que me salvara la vez anterior acudió en mi socorro, ofreciendo un fundamento a mi afirmación:

—Inglaterra —dijo— es una monarquía.

Entiendo que éste era el representante de *El Simio,* un diario de extrema izquierda.

Después, el interrogatorio se volvió nuevamente hacia el campo cinematográfico:

—¿Cuál es su galán predilecto?

—¿Galanes? —murmuré, ruborosa.

—De la pantalla —precisó uno.

Sonreí.

—Ronald Colman —repliqué, por decir algo.

—¿Y entre los europeos?

Esto era más difícil.

—Eh... Leslie Howad —dije al fin.

—*Purros fiambres* —comentó uno.

(Después me enteré de que *fiambre* es algo parecido a nuestra *morsel*[1], pero eso no me dio muchas luces respecto a la observación del reportero).

—¿No le atraen los galanes latinos?

Comprendí que había cometido una *gaffe*.

—¡Oh, sí, mucho! —exclamé.

—¿Por ejemplo?

Nueva duda.

—Esteee... Rodolfo Velentino.

—*Purros fiambres* —tornó a comentar el mismo.

—¿No conoce a alguno más joven?

—Bueno... sí... a Louis Jourdan.

Había salido del atolladero. No pude contener un suspiro de alivio. No duró mucho, sin embargo, mi tranquilidad.

---

1. En inglés, *bocado*, y por extensión algo equivalente a lo que los argentinos denominan *churro*. (N. de los TT.).



—¿Qué candidato cree que va a ganar en las elecciones?

Yo no sabía nada de elecciones. Venía por la revolución.

—No sé —dije.

Rieron.

—Nadie sabe —explicó el que estaba más cerca de mí.

—Es que yo soy extranjera —intenté defenderme—. No conozco el ambiente.

—Por eso es importante su opinión. No tiene prejuicios. Es imparcial.

—No sé...

—Ya, pues, no tenga miedo.

Otro me garantizó:

—No lo publicaremos.

—No sea *rogada.*

—Vamos.

Me acorralaron.

—Pero si ni siquiera sé cuáles son los candidatos —confesé.

Dieron los nombres:

—Chiche, Erizzando, Soufflé y Feín.

Eran nombres que nada me decían, que no despertaban evocación alguna en mi mente.

—¿Cuál le tinca? —me apremiaron.

—Pero...

—No tenga miedo.

—No. Es que... ¿De veras que no van a publicar lo que yo diga?

—De veras.

—Palabra de honor.

Traté de hacer un *eeny-meeny-moe*[1] mental.

—¿Y?

—Eh...

—Ya, pues.

—Erizzando —murmuré.

(Al día siguiente, mi "comentario secreto" aparecía en grandes titulares en dos de los diarios santiaguinos. *El Listado* pregonaba: EXPERTA EXTRANJERA EN ENCUESTAS PREDICE ABRUMADORA VICTORIA DE NUESTRO CANDIDATO. En *El Simio*, en cambio, la versión era: FLAMANTE INTERVENCION DEL IMPERIALISMO. AGENTE PROVOCADORA DE WALL STREET PIDE A LA OLIGARQUIA QUE SE UNA EN TORNO A ERIZZANDO PARA APLASTAR AL PUEBLO. Más abajo, en un subtítulo, agregaba: EL PUEBLO DICE "NO". Me pregunté cómo habían alcanzado a consultar al pueblo con tanta rapidez. Y pensé, también, que los diarios son iguales en todas partes del mundo).

Las preguntas que siguieron fueron de tipo más sencillo.

—¿Qué deporte practica?

Los latinos creen que todos los sajones somos necesariamente deportistas, desde la cuna hasta la muerte.

—Tenis, natación, pesca —repuse.

En realidad, los tres constituyen caros recuerdos de mi infancia neozelandesa.

—¿Qué lugar le gustaría más para vivir?

---

1. Algo así como el "ene-tene-tú" de nuestros niños. (N. de los TT.).

Aquí no cabía duda:

—Chile, por cierto.

Todos aplaudieron, menos el representante de *El Simio,* que sin embargo, gruñó:

—*Gringa de miéchica.*

(Escuché en varias oportunidades esta expresión. Supongo que la mayoría de los *gringos* que han llegado a Chile serían norteamericanos, originarios de Michigan. O tal vez lo fueron los primeros. El hecho es que muchas personas en este país siguen creyendo que cualquier *gringo* tiene que ser de ese Estado de la Unión. Me pareció más bien simpático el equívoco, y la deformación de Michigan, que le confiere un sabor fresco, peregrino).

—¿A qué personajes históricos admira más?

—A Lincoln, Carrera y Napoleón, fuera de Nelson, naturalmente.

Me ovacionaron.

Había logrado cerrar con broche de oro mi difícil conferencia de prensa. Collao apareció providencialmente, y nos invitó:

—¿Pasemos a servirnos unas cositas?

Las "cositas" en cuestión consistían en *whisky,* vino chileno y una enorme cantidad de bocadillos de todos tipos, colores y sabores. Insistieron, tanto Collao como los reporteros, en hacerme probar unas especies de pequeños *vol-au-vents* que en Chile llaman *empanaditas.* Las celebré mucho, naturalmente, aunque habría preferido postergar un poco mi contacto con ellas.

En todo caso, hice una anotación mental: la pró-

xima vez que me entrevistaran diría que éste era mi plato predilecto.

Los chilenos tienen un estómago prodigioso. No me cansaría de admirar su capacidad, al parecer ilimitada, para consumir grandes cantidades de alimentos. Y alimentos pesadísimos. Utilizan la cebolla, por ejemplo, con la misma prodigalidad con que nosotros empleamos la sal. No puedo asegurarlo, pero tengo serias sospechas de haberla comido en algún postre.

En fin, al cabo de una hora más o menos, mis huéspedes partieron, despidiéndose de mí con gran cordialidad. Ellos se fueron a escribir sus crónicas y yo a tomar algún laxante.

* * *

El tratamiento que me dieron los diarios fue en general amable. Se referían a mí como si se tratase de una VIP[1]. Mis palabras eran reproducidas con variable fidelidad —tal cual suele ocurrir en la mayoría de los países— y se me presentaba a los lectores, alternativamente, como una corresponsal norteamericana, inglesa o australiana.

El Simio insistió en que era norteamericana. Además, según ya he adelantado, veía en mi venida a Chile una oscura y siniestra conspiración de las fuerzas reaccionarias locales con el imperialismo. *Contubernio* fue la palabra exacta que empleó. No resisto el deseo

1. *Very important person*: personaje importante (N. de los TT.).

de copiar algunos de los párrafos que me dedicó este diario porque, a pesar de no ser elogiosos, ellos demuestran la importancia que se concedió a mi permanencia en Santiago:

La agente Utternut, que se colocó al servicio del franquismo durante largos años, pretende perpetuar en nuestro país su carrera de provocación, opresión y entreguismo oligárquico-capitalista. Sus instrucciones secretas están dirigidas a producir la unidad de la derecha reaccionaria, con miras a arrebatarle el triunfo ya asegurado al candidato del pueblo.

Esta peligrosa aventurera internacional h i z o gran hincapié, durante la entrevista de prensa que sostuvo ayer, en el sistema democrático chileno. Traducido de la jerga imperialista, el término significa que los traficantes de Wall Street están resueltos a mantener a toda costa el estado de cosas imperante en Chile, para continuar explotando a las masas trabajadoras y enriqueciéndose por medio del feudalismo agrícola, el comercio inescrupuloso, la inflación desenfrenada y el cohecho.

No es un detalle insignificante el que la agente Utternut comparara a Chile con la Grecia antigua, donde existía la ignominia de la esclavitud, y el proletariado carecía de la más elemental conciencia de la lucha de clases.

Nuestro candidato, en próximas declaraciones a la prensa, emplazará al gobierno y al poder judicial para que expliquen por qué se permite este

acto de abierta intervención electoral en su contra y a favor del contubernio oligárquico-capitalista, y reiterará al pueblo su decisión de luchar hasta la última gota de su sangre para defender su postulación contra las maquinaciones del derechismo fascista-imperialista.

De más está decir que estas palabras me causaron gran sorpresa.

Que a una británica la creyesen norteamericana no era extraño, ya que para un latino todos los angloparlantes vienen a ser más o menos la misma cosa. En cuanto a mis servicios al régimen de Franco, supongo que se refería *El Simio* a la época en que fui corresponsal en Madrid de *World Ladies,* de South Hiccup, y en la cual mi única preocupación consistía en dar cuenta de las actividades femeninas, que en España suelen permanecer en la vida privada. Me había asignado a esa corresponsalía mi primo Jim Utternut-Stulter, presidente de la cadena periodística Tangled News, a la cual pertenece el *World Ladies.*

—Es un puesto seguro y tranquilo —me advirtió al proponérmelo—, y no te traerá complicaciones.

A varios años de distancia, *El Simio* venía a desmentir esa afirmación. Sin embargo, no dejaba de resultar halagüeño el hecho de que alguien me hiciera el honor de considerarme tan peligrosa. ¡Cómo se morirían de envidia las muchachas de Littlehell!

* * *

Mi amigo Collao se esmeró en facilitarme todas las cosas. Era un hombre bastante expedito.

—*Yo se lo consigo,* Sillie.

Esta frase suya, característica, me daba la impresión de tratar con alguien todopoderoso. Se sintió responsable de mí desde el primer día, y aun la audiencia con el Presidente de la República hubiera fracasado de no mediar todo su empeño.

Conocí sus poderes excepcionales una mañana, frente a uno de los principales teatros de Santiago, que daba siempre películas inglesas. Era domingo, y yo miraba distraídamente los carteles y fotos exhibidos por la Organización Rank. No me había sido posible obtener entradas en boletería.

—¿Qué hay, Sillie?

—Señor Collao —lo saludé.

Estreché su mano pequeña y fuerte.

—¡Qué gusto de verla! ¿En qué anda por estos lados? —preguntó.

—Me ha sido imposible tomar entradas.

—¿Para cuándo?

—Para hoy.

—Voy a conseguirle una.

—Señor Collao, usted no me comprende. Se agotaron las entradas.

—¡Oh, no se preocupe! —y añadió—: Déjeme a mí

Le señalé el cartel de LOCALIDADES AGOTADAS que la boletera había puesto por detrás de la ventanilla. Traté en vano de explicarle la situación. Muy decidido, mi amigo se dirigió a la señorita con su voz más firme.

—La reserva del señor Collao.

Observé que hacía girar dos o tres vueltas la cadena dorada del llavero en torno a su dedo índice.

—¿No la encuentra? Véala en el cajón, si me hace el favor.

—Perdón, ¿señor cuánto me dijo?

—Collao —pronunció mi amigo.

—Aquí está, señor.

—Sillie, tome, si no es molestia.

—Gracias, un millón de gracias.

¿Le reservarían, a aquel hombre modesto de apariencia, entradas en todos los cines de Santiago?

—Pero, dígame —le pregunté—, ¿trabaja usted en algo vinculado con la cinematografía?

—¿Tengo cara de actor, Sillie? —fue la respuesta, y su simpática sonrisa de mono descartó por completo esa posibilidad...

* * *

Juntos caminamos media cuadra hacia la Alameda, un poco a la deriva. Mi amigo se paró frente a un quiosco de diarios. Entonces fue la primera vez que yo tuve conciencia de lo dramática y peligrosa que era mi misión.

¡Qué cosas horribles sucedían en ese país!

Los grandes titulares rojos helaron la sangre en mis venas: SINIESTRO CRIMEN. SOLO HAN ENCANTRADO LA CABEZA. DESCUARTIZARON A OTRA MUJER EN APOQUINDO: ¡HORROROSO!

Mi amigo metió la mano derecha al bolsillo de su pantalón, y sacó una moneda.

—Viene bueno *El Turbin* —dijo en voz alta.

Y decidió comprarlo.

—¿Qué? —inquirí.

Me parecía haberle oído mal. La transpiración humedecía mi frente. Insistí:

—Señor Collao, ¿suceden mucho estas cosas?

—¿Qué cosas?

—Lo que cuenta ese horrible diario.

—Todos los días, pues, Sillie. Si en este país ya no se puede vivir.

—Oh, señor Collao —me sentí desfallecer. Mis rodillas tiritaban, y las pobres piernas ya no querían sostenerme más—. Hágame el favor, son sólo un par de cuadras: acompáñeme hasta el hotel. No tengo valor de...

—Pero, Sillie, ¿qué le sucede? ¿Se siente mal?

—No, no es nada.

¡Cuánta necesidad tenía yo de ser protegida por un hombre de la entereza de Mr. Collao!

CAPITULO III

Un vistazo al caos. "¿Beau Geste" o disparate? Huellas de la revolución. Me encargo una cabeza. Balde de agua fría. Dos diálogos estériles y una incógnita.

Cierta marea subterránea, cierta presión interior se ocultaba tras la vida en apariencia tranquila de la capital de Chile. Un olor agridulce se aspiraba en el aire, idéntico al flúido que yo advirtiera en Toledo, poco antes de iniciarse la degollina general. Sensibilizado por la experiencia de la revolución española, mi olfato intuía el estallido de la más sangrienta revolución.

Tomaba notas junto a una estatua de la Alameda, cuando los alaridos de una señora me paralizaron.

—¡Asesino, asesino! —oí que gritaba, mientras se dirigía, paraguas en ristre y hecha una furia, a insultar al conductor de un autobús.

—¡Asesino!

Su voz fue pronto coreada por las de otras damas.

—Canalla. ¡Asesino!

Me acerqué a preguntar de qué se trataba, y no

bien me adelantaron una explicación, capté casi, casi, todo el asunto. Lo demás era cuestión de deducirlo de las caras torturadas de los pasajeros, del rótulo negro que indicaba el destino del vehículo. Por esa calle —¡a dos cuadras del elegante Hotel Carrera!— corrían los siniestros "micros" *Pila-Cementerio,* de pisaderas bloqueadas por policías adiestradísimos, me pareció, en la funesta tradición latina del "último paseo" de los presos políticos.

Resultaba claro que se trataba de un cargamento de enemigos del gobierno que miraban pálidos, desfallecientes, a través de los vidrios empañados de las ventanillas. ¡Ay!: la última carta de esos infelices acababa de jugarse, e iba a cumplirse su destino inexorable. Los conducían a una *Pila* llamada del Ganso, al final de la tenebrosa Avenida de O'Higgins, donde los bautizaban[1] antes de ultimar sus cuerpos a bayonetazos e inhumarlos, todavía calientes, en el *Cementerio.*

Todo en sordina, guardando siempre las apariencias para engañar a quienes no se hallan provistos de este tercer ojo de que nos dota la profesión periodística.

Sorprenderá a mis lectores esta barbarie en un régimen considerado democrático. Pero no debe llamarnos la atención: son sus entretelones, lo que se halla en Sudamérica cubierto por una mortaja de silencio. La sangre derramada, la horrible verdad. Recordé in-

---

1. Según el rito católico, el que no está bautizado no se salva. Esta costumbre de bautizar al enemigo antes de liquidarlo, es característica de la conquista de América española (N. de la A.).

evitablemente las palabras de fuego con que Lorca festeja la muerte de Antonito el Tamborio:

Voces de muerte sonaron
cerca del Guadalquivir...
En la lucha daba saltos
jabonados de delfín.
Bañó con sangre enemiga
su corbata carmesí,
pero eran cuatro puñales
y tuvo que sucumbir...

* * *

La propaganda electoral era intensa.

Con pintura, con carbón, con tiza, se veían escritos los nombres de los candidatos. Y miles y miles de carteles. Me llamó la atención uno en el cual aparecía —con el rostro de uno de los postulantes— la efigie del Tío Sam, que se hizo clásica en un aviso norteamericano de tiempos de la Primera Guerra Mundial. En vez de las palabras *Uncle Sam wants you,* con que se invitaba a la juventud de Estados Unidos a enrolarse en las filas del ejército, en éste se leían las siguientes: "A usted lo necesito".

Cada detalle, en realidad, contribuía a hacer que me sintiera en país familiar.

Entrevisté a diversas personas: a un vendedor de frutas, a un militar, a un ascensorista, al dependiente de una librería, a un conductor de taxi, a un caballe-

ro de aspecto próspero. De sus respuestas fui entresacando, poco a poco, un panorama de la situación política de Chile. Como quien dice, un vistazo al caos.

Trataré de resumirlo:

1.—La candidatura del señor Feín era apoyada por los demócratacristianos, y en un comienzo había aparecido con una fuerza formidable, hasta el punto de que los expertos le auguraban una victoria casi cierta. Los demócratacristianos de Chile, a semejanza de los alemanes, italianos y franceses, son en su mayoría de inspiración católica.

2.—A pesar de esto, los principales adversarios de la postulación de Feín eran los conservadores, también de raigambre católica. La lucha entre ambos grupos ha sido siempre muy enconada y, al parecer, cualquiera de ellos prefiere los comunistas o fascistas —sus enemigos naturales— a los miembros del otro grupo.

3.—Conservadores y liberales presentaron, en fin, la candidatura de Erizzando, considerada en general como de extrema derecha. Los feínos habían pedido, antes, apoyo a los liberales, mas se negaron a solicitarlo a los conservadores. Esta fue una de las muchas paradojas que me tocó presenciar en la política chilena, porque el Partido Liberal nació para combatir a la iglesia católica romana en Chile, y sin embargo ambas colectividades católicas se disputaban su compañía.

4.—Otra paradoja: los feínos se sintieron profundamente molestos al ver que los conservadores no les prestaban el apoyo que ellos *no* le pidieran.

5.—Los radicales levantaron la candidatura del señor Soufflé, sin ninguna esperanza de triunfar. Pare-

ce que la idea básica consistía en no apoyar a otro para no perder prestigio. Nueva paradoja: imaginaban ganar prestigio perdiendo la elección. (Collao me explicó esto, crípticamente, diciendo que los radicales habían perdido mucho prestigio ganando otras elecciones). El partido, que empezó como de extrema izquierda, se moderó con el tiempo, y habitualmente ha gobernado con la derecha. En épocas electorales, sin embargo, suele sentir nostalgia de su tradición y se presenta con ropaje izquierdista.

6.—Más paradojas: los peores enemigos de los radicales y de su candidato izquierdista son los miembros del Trapo, agrupación de partidos que levantó por abanderado al señor Chiche, con postulados de extrema izquierda.

La confusión de estas notas no es nada... comparada con la que ofrecía la realidad. Lo que yo he hecho es formar un resumen coherente con la caótica ensalada de hechos, opiniones y detalles que me presentaron las personas a quienes entrevisté. Voy a citar algunas de mis preguntas y las respuestas que obtuve, para ilustrar el panorama en sus detalles humanos.

* * *

El ascensorista era radical. En un principio demostró una reticencia muy chilena a manifestar sus opiniones, pero después de dialogar un rato con él, se decidió a cooperar.

—¿Por qué entró al partido?

—Esto es un Ministerio.

No vi la relación, e insistí en mi pregunta.

—Es que yo necesito mi sueldo.

Seguía sin entender.

—¿El partido le paga el sueldo? —indagué.

—No, señora. El partido me consiguió el puesto, y me lo conserva.

—¿Y si no sale el señor Soufflé?

—¡Qué va a salir!

—¿Entonces?

—Nadie puede gobernar sin el partido.

—Ah. ¿Y usted va a votar por Soufflé a pesar de que no cree en su triunfo?

Me seducía el aspecto caballeresco del gesto.

—Yo no pienso en votar por Soufflé.

—¿Cómo es eso? Me aseguró recién que era radical.

—¿Y qué? Yo voto por el Chiche.

No me atreví a preguntarle por qué. Su mentalidad política era demasiado compleja para mí.

—¿Habrá revolución? —inquirí en cambio.

—No, señora. El chileno es más aguantador que pisadera de micro. No se aburre nunca de que lo embauquen.

—¿Y el ejército?

—¿Para qué se va a sublevar el ejército? Los estamos manteniendo gratis, les damos juguetes para que no se lateen de no hacer nada... ¿Qué más quieren?

—¿Y los comunistas?

—Están felices porque les acaban de dar derecho a voto de nuevo.

—De modo que... ¿no hay revolución, según usted?

—No, señora, no. Eso pasó de moda.

Era poco estimulante mi interlocutor, y no tardé en despedirme de él.

* * *

Al conductor de taxi no pude hacerle decir qué era. En realidad, reproduzco mi entrevista con él porque fue el punto de partida de la mayor parte de mis peripecias posteriores en Chile, es decir, de lo más emocionante de este libro. Lo que lo lleva al borde mismo de la novela de aventuras... sólo que esto ocurrió.

Interrogué a mi hombre con infatigable acuciosidad. En vano: cada frase suya servía para oscurecer más mi posible interpretación de sus tendencias políticas.

Pero, por lo menos, él creía en la revolución. Después de que me hubo explicado la conformación general de los partidos —en lo cual reconozco que me resultó muy útil—, le hice la consabida pregunta: ¿Habrá revolución?

—¿Quéeee? —inquirió a su vez.

Diríase que había escuchado una palabra en sánscrito.

—Mire —le expliqué—: yo vengo aquí a buscar datos para informar a la prensa norteamericana sobre la revolución que se está tramando. Mientras estalla, quiero averiguar el máximo de antecedentes posible. Soy periodista, y un periodista nunca revela sus fuentes, así

es que puede usted hablar tranquilo. No lo denunciaré... No le *echaré agua* —agregué, recordando una expresión típica chilena.

El sonrió.

—Vamos —lo urgí—. ¿Va a haber revolución?

—Sí.

—Está usted muy seguro —comenté, sin poder disimular mi alegría.

—Seguro.

—¿Y quiénes van a hacerla?

Vaciló un instante. Luego:

—Todos —contestó.

Era un hombre amargo y desconcertante. Tuve un chispazo de intuición.

—¿Y los araucarias? ¿Cuál será su actitud?

Debí repetirle esto y explicárselo. Cuando al fin entendió lo que yo deseaba saber, me dio una mirada de soslayo en la que percibí cierta desconfianza. Tal vez temía aún que estuviera tirándole la lengua con otro fin que el de informar.

—Soy periodista —le repetí—, y no daré a conocer nada de lo que usted me diga... es decir, no citaré su nombre, naturalmente.

—Ah... —murmuró.

Volvió a mirarme. No parecía convencerse.

—Ya he entrevistado a otras personas —insistí—. Lo único que deseo es pulsar la situación general a través de los contactos humanos. El cable que recibimos en mi diario pronosticaba una revolución, que podría venir de los comunistas, del ejército o de la extrema derecha. Usted sostiene que la cosa será general. Bien.

Pero me interesa saber cuál será la actitud que van a adoptar los araucarias. Entiendo que son muchos, y peligrosos.

—Sí —asintió.

Lo vi sonreír: se había convencido. Mi dominio de los acontecimientos debió de impresionarlo.

—Sí —repitió—, son peligrosos.

—¿Los hay cerca de Santiago?

—Más o menos.

—¿Y sería posible ir a visitarlos a sus reservas?

—Eh... no me parece...

—¿Usted no podría llevarme? —precisé.

—No.

—Sería expuesto para su automóvil, ¿verdad?

—Expuestísimo.

—¿Son malos los caminos de la selva?

Tornó a fijar los ojos en mí y contestó, lento:

—Son pésimos.

De pronto se me ocurrió una posibilidad:

—¿Usted no podría conseguirme una cabeza?

Movió la suya con aire compasivo:

—Señorita —repuso—, por desgracia eso es imposible.

—¡Qué lástima!

—Sí, pues.

—Yo que deseaba llevarme una de recuerdo. No se me volverá a presentar una oportunidad como ésta.

—Así es —musitó él, misterioso—. Pero... lo que Dios no da...

No supe a qué se refería. Le hablé, en cambio, del entusiasmo que me habían despertado siempre las re-

ducciones craneales hechas por los indios, y que Ernest Simpleton describe con escalofriante sobriedad británica en su libro. (Flemático hasta la médula, Ernest se permite, incluso, una ironía de bisturí, cuando dice: "Así, los indígenas de Chile reducen a proporciones más de acuerdo con su contenido el envase cerebral de sus visitantes").

Mi entrevistado fue iluminándose a medida que le hablaba, y cuando terminé, exclamó:

—¡Ah, usted quiere una cabeza de esas *chiquichichas!*

—Sí —convine, aunque desconocía el significado del término.

Es probable —si bien no lo he averiguado— que se trate de una expresión araucaria de carácter esotérico, para designar el proceso de reducción.

—Ahora le entiendo —dijo.

—¿Y puede conseguirme una?

—No es fácil...

—Pero, ¿podría?

—Son caras.

—¿Como cuánto?

Meditó unos segundos.

—Unos doscientos dólares —indicó al fin.

—¿No podría ser menos?

Aunque no me parecía demasiado —¡qué iba a serlo!—, preferí seguir el consejo de "regatear, siempre regatear" que dan los folletos turísticos para todos los países latinos y orientales.

* * *

Hagamos un paréntesis para explicar el espíritu evidentemente deportivo que para estos pueblos encierra el término regateo.

Durante un viaje que hicimos a Estambul con mi amiga Dora Sullivan, cada una de nosotras deseaba comprar un tapiz tejido a mano. Estos se veían muy hermosos, decorando uno de los rincones pintorescos del mercado. Dora pidió rebaja, débilmente al principio, pero apenas advirtió que el vendedor, un turco de ojos capotudos, disminuía el precio con cierta facilidad, le ofreció la mitad del valor inicial.

El comerciante la miró con pupilas de fuego, preguntándole en su terrible inglés si creía que él había enloquecido.

—No —insistió, impávida, Dora—. Le doy cinco libras.

A grandes voces, el hombre llamó a los comerciantes de las otras tiendas, todos vendedores de tapices.

—¡Vean! —vociferó—: quiere darme cinco por una alfombra.

(Y aquí añadió, en su idioma endemoniado, algo que no supimos si se refería a la clase de alfombra, o a la categoría de personas que éramos nosotras).

Gritaba que deseábamos arruinarlo, que sus hijos pasarían hambre, que sus mujeres —ignoro cuántas tendría— estaban enfermas, que mejor haría en venderse de esclavo. En fin, un drama.

Algunos de nuestros compañeros de *tour* se detenían a fotografiar la escena: el hombre con las manos en alto impetrando la ira de Alá, mientras yo, al lado de mi insensible amiga Dora, lo miraba aterrada.

—Siete —se acercó, misterioso, a mi rubia amiga, que por un momento viose tan rubia como el sol—, créame, en siete... ¡pierdo! Pago ocho a la tejedora, sin contar el material.

Invariable, Dora repitió con calma:

—Le doy cinco.

Víctima de un ataque de histeria, el hombre cayó al suelo, llorando a gritos. Arrodillóse ante nosotras y cogió a mi amiga de las piernas con sus manos velludas. En vano ella trataba de zafarse.

¡El pobre estaba aniquilado! ¡Lo arruinaban! ¿De qué valía vivir, para eso?

En un momento, lo confieso, quise pagar yo la diferencia.

—¡Seis, seeeeis! —gimió al cabo: pedía socorro.

Se arrastraba, mordiendo el polvo.

—Dale seis —le dije a mi amiga, compadecida—. ¡Pobre hombre!

Sin mirarme, sin pestañear, poseída por una fuerza extraña, Dora repitió, apartándose un poco:

—Cinco. No más.

La sentencia sonó a mis oídos como un insulto.

—Sea —clamó el hombre, desfalleciendo, los brazos lacios caídos a lo largo del cuerpo, los ojos de cordero degollado—. Sea, me entrego.

Entonces yo me acerqué al montón de tapices y, señalando uno idéntico al de Dora, dije al vendedor:

—Yo quiero éste. Aquí tiene mis cinco libras.

El hombre rechazó el dinero, muy disgustado.

—¿Qué pasa? —inquirí.

—Vale diez —dijo, mostrándome la etiqueta, escrita en jeroglífico.

—Pero si a mi amiga acaba usted de darle una en cinco.

—Señorita, usted es otra persona.

Añadió en seguida que, a lo sumo, me la dejaría en nueve. En ocho y media, de llevarle dos.

¡Quería empezar de nuevo!

Comprendí que en Oriente, vender y comprar era un juego. Y así como un tenista que ha perdido un *set* con un contendor no se declara vencido ante otro sin jugar, el tendero turco estaba dispuesto a enfrentarme, pero jamás a que me aprovechara del triunfo de mi amiga.

* * *

Volvamos, sin embargo, a Chile, Sudamérica.

—A lo mejor le encuentro una cabeza por ciento ochenta —contestó mi amigo Catete, que así se llamaba el conductor del taxi—. Es cuestión de suerte.

—Aún es caro —insistí, apretando el talonario de cheques.

—Bueno, entonces no hablemos más del asunto.

Quedé totalmente desconcertada. ¡No podía perder esa oportunidad única!

—Ciento setenta y ocho.

—Eso sí que tendría que pagar de inmediato.

Saqué mi libreto de cheques de viaje y le extendí uno. Mientras lo hacía, y a pesar de la emoción que

me embargaba —ya me veía exhibiendo mi trofeo en Littlehell, ante los ojos maravillados de los Hardcrusts o de Amelia Cumbersome—, recordé el objetivo original de mi interrogatorio.

—Bueno, pero ¿puede decirme algo de la actitud de los araucarias ante la revolución?

Se me acercó, misterioso.

—Están con la extrema derecha —susurró.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Puede darme más datos?

—Si lo hago...

Calló e hizo un gesto oscuro, cuyo significado exacto no capté, mas cuyo fondo era evidente.

—Comprendo —murmuré.

Y después de un instante de silencio:

—Bueno, aquí tiene —declaré, tendiéndole el cheque.

Lo cogió y lo guardó en un bolsillo. Se disponía a partir cuando lo detuve.

—Oiga, ¿a dónde me va a llevar el trofeo?

Me quedó observando, supuse que extrañado de su propia incompetencia. Pero no: lo que le extrañaba era la pregunta misma.

—A... al Hotel Carrera, ¿no?

—Sí. ¿Cómo supo?

—Aaaaaah... —dijo.

Y sin más explicación, hizo arrancar el motor de su vehículo y partió.

* * *

Mi conversación con el empleado de la librería comenzó poco animada y menos alentadora.

—¿Cuándo habrá revolución? —le espeté a boca de jarro.

—¿Y por qué va a haberla?

—¿Usted no cree?

—No.

—¿Por qué?

—Porque estamos en Chile. Este no es un país centroamericano.

—Ya lo sé. Es sudamericano —dije, para que viera que no se las había con ninguna ignorante.

—Exacto.

—¿Nunca ha habido revoluciones en Chile?

—Una más que en Estados Unidos.

—Soy neozelandesa, no norteamericana —aclaré.

—Eso no altera el número de revoluciones —repuso.

Por primera vez sonreía. Le sonreí también.

Recordando la advertencia de Collao antes de mi conferencia de prensa, declaré con énfasis:

—Chile es una democracia.

—Sí —convino—, y es una democracia estable. Las revoluciones las hacemos en las urnas.

—¿Cómo?

Me aseguró que el 4 de septiembre, en las urnas, Feín daría el batatazo. Me explicó algo que había predicho la Adivina Gabriela. No recuerdo bien la frase, pero era más o menos ésta: "Yo no estaré ahí, mas he de regocijarme cuando Chile quede sepultado para siempre bajo la tumba, si mi pobre Feín llega a ser

Presidente"[1]. Durante una sesión de espiritismo, explicó mi entrevistado, llamaron a Gabriela para preguntarle cuándo iban a cumplirse esas palabras, que pronunciara hacía muchos años. Y el vaso fue derivando por las letras hasta formar la palabra A-H-O-R-A.

—¿Ahora? —pregunté, interesadísima.

El hombre se hallaba como transportado a la sesión de espiritismo. Parecía estar contemplando, todavía, aquel prodigio de ultratumba.

—A-h-o-r-a —repitió.

Me asustó mirarle los ojos, repentinamente bizcos y fuera de órbitas.

—Usted..., señor... ¿Concurrió a la sesión que nombra?

—No —dijo parpadeando, como si hubiera descendido de súbito a la tierra—, pero salió en *La Pubertad.*

—¿Será cierto?

—¡Pero si le digo que salió en *La Pubertad!* —insistió, terco.

—Entonces, s e ñ o r —musité prudentemente—, la Adivina ¿no era partidaria de que Feín llegara a la primera magistratura?

—¿Cómo dice, *miss?*

Me turbó el tono con que destacó la palabra *miss.*

—Digo que Gabriela... es decir... si Feín llevará a Chile a la tumba...

—¿Qué? —interrumpió, volviendo por completo en sí, rojo de furia.

---

1. La cita exacta es: "Algún día Frei será Presidente de mi Chile, pero yo estaré muerta... Ese día me daré vueltas en mi tumba para aplaudirlo" (N. de los TT.).

Era evidente que le costaba dominarse.

—Nada, nada. Cálmese.

Oportunamente recordé que era tradición nacional —y sale en el Himo Patrio de Chile— que "la tumba será de los libres". Seguro que por ahí estaba el hilo de la madeja. De todas maneras, lo había ofendido. Decidí cambiar de tema.

—¿Obtendrá su candidato mayoría absoluta?

(No sé cómo me acordé de la expresión).

—No. Eso ya no se usa en este país.

—¿Derogaron la disposición? —pregunté, con la secreta esperanza de hacer a Mike tragarse algunas de sus palabras.

—No. Sencillamente no se produce el hecho.

—Entonces debería haber revolución.

Me miró como con rabia contenida.

—Señorita, lo siento —masticó—: no va a haber revolución. Si alguien le prometió que la habría, la engañó. Los chilenos somos muy corteses, pero no estamos dispuestos a matarnos unos a otros para confirmar los prejuicios de algunos extranjeros.

Podría haber contestado que tenía fuentes insospechables —chilenas algunas— para mi afirmación, mas callé y pasé a otra cosa:

—¿Qué sucederá, entonces?

—Teóricamente, el Congreso deberá elegir entre las dos primeras mayorías relativas.

—¿Por qué "teóricamente"?

—Porque tanto Feín como Chiche y Soufflé han declarado que el que obtenga un voto más será Presidente.

—¿Y Erizzando?

—El no ha dicho nada al respecto. Sin embargo, si obtiene el voto más, los otros tendrán que aceptarlo. Y si lo obtiene uno de los restantes y Erizzando ocupa el segundo lugar, los tres se encargarán de imponerle su criterio.

—Esta parte no suena tan democrática, ¿no?

—No —sonrió—. Son malas costumbres que hemos ido adquiriendo los chilenos... En el fondo por errado espíritu democrático, también. Por reconocer el triunfo más directo del ganador.

—Ya veo.

Prácticamente había terminado mi entrevista. Un cliente demandaba los servicios de mi interlocutor, y me apresuré a despedirme de él, agradeciéndole su gentileza.

* * *

Deseosa de tomar contacto con la masa ciudadana, subí a un autobús —los chilenos, con característica modestia, los llaman *microbuses*—, y entablé conversación con cuanta persona se me puso a tiro. Casi de inmediato, no bien iniciaba mis observaciones, comenzaba a escuchar esa reconfortante risa de los chilenos, con la que estimulan cordialmente a los extranjeros a continuar manifestando sus puntos de vista.

El autobús estaba desvencijado. Crujía en forma lastimosa, y no tardé en observar, cada vez que alguien se levantaba de su asiento para descender, que el pe-

gamoides que los tapizaba exhibía unos enormes rasgones, hechos sin lugar a dudas por armas cortantes. Mi sospecha inmediata se vio confirmada por un pasajero que, después de seguir mi mirada, exclamó, sacudiendo la cabeza:

—¡Ha visto la indiada grande!

¡Indios! Lo abordé:

—¿Son muy difundidas estas cosas?

—Se ven por todas partes. Este país...

Se encogió de hombros, como cuando se habla de un enfermo irrecuperable.

—¿Qué opina usted —indagué— de la situación del país?

—Desastrosa.

—¿Podría explayarse?

Y pasé a explicarle que era periodista, que andaba en misión relacionada con las elecciones, etc.

—Mire —me dijo—, a esta pobre nación no hay por dónde agarrarla. La única solución para el caos que existe sería matar a unos cuantos cabecillas, instalar a un gobierno fuerte y hacer que la gente anduviera a las derechas.

—¿Una dictadura? —inquirí.

—Sí —confirmó—. Una dictadura. Nada de cuentos. Elegimos al actual Presidente con la esperanza de que él lo haría, pero no se sabe qué le pasó. Se ablandó una vez arriba. Parece que los políticos lo enredaron con su palabrería hueca... Quizá. Lo único claro es que el país está peor que antes.

—¿Usted es derechista?

—No.

Esto fue una sorpresa: si no era derechista, ¿por qué deseaba que la gente anduviera a las derechas? Bueno, pensé, así se estilará en Chile.

—¿Militar? —aventuré.

—¿No se nota? —fue su altiva respuesta.

Lo miré: en efecto, su bigote indicaba por lo menos grado de coronel.

—¿De modo —precisé— que usted desea una dictadura militar?

—No queda otro camino.

Iba a preguntarle algo más, con la esperanza de descubrir la huella sinuosa y oscura de la próxima revolución, pero en ese momento se levantó.

—Perdóneme —se excusó, con una venia—: éste es mi paradero.

Nos despedimos con gran cordialidad, y yo ocupé el asiento que acababa de dejar el coronel. Me alegré de ello, porque como soy más bien alta, me resulta incómodo conversar inclinada. Además, el pasillo era tan angosto que le impedía a una adoptar una postura medianamente natural.

* * *

Me volví a la persona que ocupaba el lugar junto a la ventanilla. Era una dama entrada en carnes y, algo, en años.

—¿Usted vota? —le pregunté.

Me miró cual si le hubiera insinuado algo increíblemente obsceno.

—¿Qué se ha imaginado? —repuso.

Y ante mi perplejidad:

—De ninguna manera.

—Perdón —musité.

Y ella:

—Soy muy señora para andar en cosas de hombres —explicó.

Lo único que se me ocurrió fue repetir, un poco borreguilmente:

—Perdón.

Pensaba, para mi capote, que más me habría valido quedarme de pie y buscar otro interlocutor, pues aquí no haría ningún avance. Sin embargo, al rato de producirse el silencio glacial que siguió a mi última excusa, ella lo rompió para decirme:

—No le haga caso al *milico.*

—¿Perdón?

Me miró.

—Usted es extranjera, ¿verdad?

—Sí. ¿En qué me lo notó?

Mi compañera esbozó una sonrisa.

—En el color del pelo —repuso.

Me sentí ufana y aliviada de que no hubiera dicho: "En el acento".

—Dígame, ¿usted no sabe otra palabra que perdón?

Fue mi turno de sonreír.

—*Siempre algunas sabiendo también otras: en Madrid mi aprendicieron tanto de ellas* —contesté, de un tirón.

Vi que mi castellano la impresionaba. A mí mis-

ma me extrañó la fluidez con que emití esta frase tan larga.

—Lo que pasa —me explicó entonces la dama, volviendo al tema— es que los *milicos* son una plaga. Son *mediopelos*, y viven soñando en codearse con la gente bien.

Parecía referirse al corte de pelo al estilo alemán que usan muchos militares.

—Ah, ya veo —murmuré.

—Por eso —prosiguió ella, aclarando un poco más su punto de vista— quieren llegar al poder. ¡Matar a los cabecillas! ¡Dictadura! ¿Se imagina?



Le expresé que sí, que me imaginaba. Ella aprobó con un gesto:

—¡Dictadura! No les basta con que les paguemos sueldo, viajes al extranjero, de todo... Por no hacer nada. Además, los señores quieren gobernar.

Moví la cabeza lo más ambiguamente posible.

—Lo que hace falta —continuó ella— es un gobierno de orden. Nada de medios pelos ni de medias tintas. Gente de clase, que sepa manejar al país. Que no se sienta rara comiendo con cubiertos de plata, o con loza fina, en La Moneda. Y que no se tiente de quedarse con ellos. Que no roben. Nada. Porque una persona que tiene casa, apellido, no va a ir a ensuciarse las manos por una basura, ¿no le parece?

Convine en que así había de ser.

(Hice, además, una nota mental: averiguar qué personas se encontraban privadas de apellido en Chile. ¿Tal vez los militares, por alguna razón de disciplina, o de seguridad? ¿O quizá se tratase de una sanción

ejemplarizadora? ¿Del castigo escipiónico contra determinado delito? Por desgracia, no alcancé a resolver el enigma antes de venirme del país. Las personas a quienes interrogué al respecto se encogían de hombros, o sonreían, como resueltas a guardar el secreto contra la curiosidad de la extranjera. El propio Collao, cuando le pedí explicarme qué significaba eso de "perder el apellido" en su patria, me contestó con evasivas, y por último, al presionarlo, repuso que el asunto era demasiado complejo para aclarármelo.

—No me siento en absoluto indicado —terminó.

—¿Se trata de alguna costumbre indígena?

Le vi sonreir.

—Por ahí va —comentó crípticamente.

Y no le saqué más.

Volvamos, sin embargo, a mi entrevistada.

—De modo —especifiqué— que usted desea un gobierno de orden, pero sin dictadura.

—Exacto. Dictadura ya tuvimos, y creo que nos dejó vacunados para siempre. A mi pobre marido, sin ir más lejos, lo persiguieron estos bárbaros en forma inaudita. Imagínese: un día lo corretearon a lanzazo limpio los guardias a caballo...

—¡Oh!

—...y si no se deja caer en el hueco de una alcantarilla, me lo habrían matado. Así fue el balde de agua hirviendo que le dejé caer en la espalda a uno, poco después.

La anécdota me impresionó.

—¿Cuándo tuvo lugar esa dictadura?

—Hace veinte o treinta años.

—¿Y vino una revolución?

Cifraba grandes esperanzas en la respuesta que ella diera a esta pregunta, pues me permitiría sacar la pauta de cómo se hacían las revoluciones en Chile.

—¿Revolución? No del todo —replicó mi compañera.

—¿Cómo es eso?

—Lo botamos sin mover un dedo.

—No comprendo. ¿Sin mover un dedo?

La dama se rio.

—Justamente, sin mover un dedo. Nadie movió un dedo. Nadie trabajó. Nadie estudió. Hasta que el caballero se dio por aludido y se mandó cambiar.

Continuó dando detalles de la revolución y de las elecciones, campañas, etc., que siguieron hasta que, de pronto, en medio de la perorata lanzó un grito. Temí que fuéramos víctimas de un asalto araucaria y me agaché instintivamente, pero no: habíamos llegado a la esquina en que le correspondía bajar, y mi apasionada interlocutora cogió sus paquetes —tenía varios— y usándolos a manera de espolón, se abrió paso por el congestionado pasillo.

* * *

El señor gordo de bigote cano se lustraba los zapatos en la explanada frente al palacio presidencial. Era agricultor. Me pareció oírle que se llamaba Ambrosio. Don Ambrosio me explicó que él, con la ayuda de otros agricultores, había "hecho este país". ¡El, se-

guido por otros agricultores! ¡Un pionero, un auténtico pionero!

Recordé a Walt Whitman:

Come my tan-faced children.
Follow well in order, get your weapons ready.
Have you your pistols? Have you your weapons ready?
Pioneers, O Pioneers! [1]

Yo lo miraba con la boca abierta y sin perder una sola de sus palabras. Mi pionero dividía a la gente en grupos: a unos los llamaba "nosotros", y a los restantes, "ellos". Como no le entendía bien, le pedí que se explayara.

—"Nosotros" llamo a la gente de nuestra misma categoría.

—Bueno... ¿y los demás? ¿Los de otras categorías?

—Esos son "ellos" —confirmó—. Vale decir, una especie de "anti-nosotros".

La intuición periodística me señaló que podía hallarme ante un asunto de capital importancia, y me esforcé por entenderlo bien. Las divisiones de este tipo son fundamentales para captar sociológicamente a los jóvenes países de América Latina.

---

1. Venid, hijos, de rostros tostados,
seguid en buen orden, preparad vuestras armas.
¿Tenéis vuestras pistolas? ¿Tenéis listas vuestras armas?
¡Pioneros, oh, pioneros! (N. de los TT.).

—¿Cree usted posible, don Ambrosio, dividir al país en esas dos categorías?

Me miró de alto a bajo. Era gordo y rubicundo, algo fofo de aspecto.

—¿Dividir al país? ¿Está loca? —le temblaba la papada, y sus ojos acusaban cierto grado de estupor—. El país es de nosotros. Ya le he dicho que lo hicimos nosotros. Ellos, por culpa de sus vicios, especialmente el del alcohol, no tienen donde caerse muertos.

—¿No tienen dónde?... Pero, ¡qué horror! ¿Y los cementerios?

—*Gringa lesa.*

Sonreí, acholada con su cumplido. No era un hombre joven; tenía una calva esplendorosa, que entró en escena cuando levantó el sombrero para saludar a una dama que pasaba. Las uñas de las manos de don Ambrosio parecían esmaltadas, y una cadenilla de oro rodeaba su vientre prominente. El cuello de su camisa aprisionaba un pescuezo rojo, en pugna por desbordarse bajo la doble papada. Era más bien alto, y con el pie sobre la caja del lustrín daba la impresión de que iba a transformarse en uno de los Egregios Patricios[1] cuyas estatutas veíanse por la Alameda.

—*Listo, caballero.* —dijo el muchachito del betún, golpeando la caja.

---

1. Ambas familias, la de los Egregios y la de los Patricios, dieron a Chile —según me informó don Ambrosio— sus hombres públicos más notables. También habría que destacar, en un lugar secundario, a los Errázuriz y a los Vicuñas (N. de la A.).

Don Ambrosio le dio un billete rojo, y el muchacho se alejó, agradeciéndole.

Nosotros seguimos conversando sobre el estado de las cosas en Chile. A poco hablar con él, se le notaba conocedor de todos los temas. Pero era la idea, la noción de las diferencias socio-económicas de su país, lo que yo deseaba penetrar a fondo. A riesgo de parecer majadera, volví sobre el asunto de las categorías.

—Oiga —me previno—, no se deje influir por los marxistas-leninistas. Eso de la lucha de clases es un sentimiento formado en cierta gente a través de generaciones que han vivido sin pagar sus cuentas de agua, gas y electricidad.

Yo anotaba sus opiniones, procurando traducir fielmente sus palabras.

Al cabo de una larga perorata que me fue imposible transcribir —y en el curso de la cual mencionó a un nuevo partido político que no figuraba en mis libros, el de los *carahuetes*—, don Ambrosio se despidió de mí, quizá si demasiado contento.

—Gusto de conocerla, —me dijo, algo socarrón.

Y haciéndome una ligera reverencia, se fue, muy campante, por la Alameda.

—¡Un pionero! —repetí, observando la figura obesa y señorial que se alejaba por la explanada central de la avenida—. Un pionero. ¡Qué extraordinario país!

* * *

Mi encuentro con el vendedor de frutas fue breve. Para entrar en materia, le compré una docena de naranjas. (Cosa curiosa: en Chile, donde impera el sistema decimal, las docenas son de sólo diez unidades).

Mi charla con el hombre fue tan poco productiva como mi compra; lo único que le saqué, después de ímprobos esfuerzos, fue que iba a haber una gigantesca revuelta, y que acabarían los remates de la vega. Esta parece ser una legislación especialmente dura, porque mi interlocutor empleó términos muy violentos para referirse a ella.

Cuando hubo terminado de despotricar, le dirigí la consabida pregunta.

—¿Mi candidato, dice, *iñora?*

Su voz era extraordinariamente áspera. (El término *iñora* es algo así como el *memsahib* que emplean en la India para designar a una dama extranjera. El equivalente de *sahib* en Chile es *iñor*).

—Sí. ¿Cuál es su candidato?

Me contestó con un nombre que no figuraba en la lista, y que he olvidado. Algo así como Alpingo o Albirco. Se trataba, sin duda, de algún romántico que pensaba votar por un símbolo.

CAPITULO IV

La modestia, virtud nacional. El deporte de "pelar al Gobierno". Una tradición: la "cola de los babiecas". El Carnaval Político, un desahogo explicable.

Una de las cosas que más llaman la atención en Chile es la modestia de su población.

—¿Santiago? —dicen—. Es la ciudad más sucia del continente.

—Este país no tiene remedio.

—Así son las cosas aquí: Industria nacional, igual basura.

Frases como éstas oí por decenas en diversas oportunidades. Los precios chilenos eran los más altos imaginables; los sueldos, los más bajos; los impuestos, de nuevo los más altos. Para qué hablar de la calidad: siempre la peor. Y del Gobierno ni qué decir, pues, según las personas con quienes tuve ocasión de conversar, no se concebía que hubiera otro peor... ni siquiera en Chile.

—En eso por lo menos —declaraba un joven— hemos alcanzado la cumbre.

Collao me explicó esto.

—"Pelar al Gobierno" es un deporte nacional en el país. O una tradición, si quiere expresarlo en términos británicos. El ciudadano manifiesta su libertad despotricando contra las autoridades, sean cuales fueren. Cuando un Presidente resulta elegido, goza de un breve período de popularidad. Tres o cuatro meses. Seis, en el mejor de los casos. En seguida, hasta sus propios partidarios comienzan a quejarse de que no haya resuelto todos, pero todos, los horribles problemas que se dedicó a crear su antecesor.

—¿En tan poco tiempo?

—Así es Chile —sentenció Collao.

Pensé que también él se demostraba modesto respecto a su patria.

—Por supuesto —agregó— que de esos problemas, algunos son imaginarios... y otros no tienen solución.

Sonreí.

—Creo que eso sucede en el mundo entero.

—Tal vez —convino—, pero aquí es peor.

Calló un momento y en seguida:

—Claro —comentó— que este gobierno les ha dado en el gusto a todos.

—¿Cómo? Yo he escuchado ya a varias personas quejarse de él.

—Exacto. Le ha dado motivos de queja a la casi totalidad de la ciudadanía. Y eso: motivos de queja, es lo primero que un chileno exige a un gobernante. Déselos usted y los hará felices.

—Usted bromea.

—Nada de eso.

—¡Vamos!

—Mire: la actual administración ha fracasado estrepitosamente en cuanto a industrialización, a estabilidad económica, a austeridad, a fomento de la agricultura, a relaciones internacionales, a educación... No ha dejado campo inexplorado. Entonces, cada cual protesta en su especialidad. Es perfecto.

No pude dejar de reir. Collao estaba practicando el mismo deporte de que hablara. Se lo dije.

—Ah, es que este gobierno...

Ambos lanzamos una carcajada.

* * *

Santiago, proclamada por sus habitantes como la ciudad más cochina, peor pavimentada y con más infame locomoción del continente y sus alrededores, puede resultar, descartando el fantasma de un feroz alzamiento, hermosa y agradable.

Recorrí gran parte de ella, y pude apreciar la belleza de sus perspectivas y calles, en especial la Avenida Providencia, amplia y decorada con gratos jardines, o Américo Vespucio, igualmente adornada, o Santa María, o... Sí, General Apoquindas, donde iba a ocurrirme una de las aventuras más escalofriantes de mi vida.

Las arterias comerciales bullen de actividad, y lucen ventanas bellamente decoradas, que son réplicas más modestas de las que se veían en Nueva York, Los Angeles o Miami, unos diez años antes. En general, el reloj de Chile marcha con este atraso decenal.

La gente que camina por las calles céntricas es de aspecto hosco. Se diría que cada una de las personas con quienes se cruzan les ha infligido una grave ofensa. Abordándolos, sin embargo, la impresión varía.

—Diga, no más.

Con esta frase abren, de partida, su gentileza al forastero.

Y nunca dejé de comprobar un hecho estimulante: a poco de hablar con ellos, los chilenos cambiaban el gesto hostil que los caracteriza, y no tardaban en sonreir, cuando no en reir francamente, a las dos o tres frases que me escuchaban. Parecían ansiosos de borrar el temor que pudieran haberme inspirado sus rostros.

En más de una ocasión pensé que la cara airada formaba parte de la tradición nacional, y tal vez, aun, que su enojo sería contra el gobierno. Una especie de enojo general y simbólico. Como si —pese a lo democráticos que son— estuvieran molestos por el hecho de tener gobierno.

Sea lo que fuere, jamás tuve dificultades serias con ellos. Por el contrario. Los que menos abordables se mostraron en un comienzo, no dejaban nunca de despedirse de mí con amabilidad, y —si bien a menudo no contestaban a mis preguntas por esa terrible modestia nacional— rara fue la vez en que una de mis entrevistas callejeras no terminó con el piropo exótico:

—Gringa seca.

O, los más parcos:

—Gringa de miéchica.

¿Valía la pena explicarle que yo no era de Michigan? Francamente, nunca me di el trabajo.

* * *

Permítaseme, a propósito, una pequeña disgresión, que ilustrará mi criterio mejor que muchos argumentos.

Teníamos en el *Theater Club* de Littlehell a un muchacho que hacía papeles de francés. Cocinero en algunas piezas, galán de otras. Estudiaba en la universidad vecina, y su carrera teatral se inició un día en que lo "usamos" para que hiciera de policía del tránsito en una escena parisiense de *Paris, amour and champagne,* de Betty Turtleneck. Le habíamos notado un acento latino, y una de las muchachas supuso que debía de ser francés. Quizás la indujo a pensarlo cierta malicia que le brillaba en los ojos.

En fin: el hecho es que él se prestó y no hubo problema.

Cuando le pedimos que pronunciara algunas palabras francesas —cualesquiera, porque la escena era breve, y el protagonista no entendía nada al policía—, nuestro amigo declaró que no conocía ninguna, fuera de *oui,* pero el policía estaba atajando al protagonista, y naturalmente no podía decirle *oui, oui, oui...* expresión que de seguro conocerían algunas personas del público.

—¡Cómo! —exclamó Betty, desolada—. Entonces, ¿usted no es francés?

—No, señora: soy filipino.

—¡Filipino! —exclamamos en consternado coro, cual si hubiera anunciado que tenía la peste bubónica.

Se produjo un silencio preñado de angustia. Lo rompió, vivaz, Jenny Idletoe:

—Bueno, por favor trate de decir algo que suene a francés.

—Haré lo posible.

Y lo hizo. Todavía recuerdo su frase, que se me grabó a lo largo de las diversas representaciones —yo era la florista que presenciaba la escena—, y que entiendo nuestro actor tomó de algún poeta parnasiano:

Nel mezzo del camin di nostra vita
me ritrovai per una selva oscura...

Fue un éxito resonante. El público no dudó ni por un momento que tenía delante suyo a un auténtico francés, burbujeante y latino. Además, el muchacho lo hacía muy bien, con mucha gracia.

¿Valía la pena explicar que era filipino?

Yo diría que no. En los programas figuraba como André Quirime, a pesar de que su verdadero nombre era Ponciano Quirino. Alguien sugirió ponerle Poncien, que no dejaba de sonar afrancesado, pero no tenía objeto: en las piezas del teatro y en el cine, todos los franceses se llaman André. ¿Cómo luchar contra la corriente... y, en realidad, para qué?

Así, pues, aplicando este mismo criterio, yo resolví que en Chile sería "gringa de Michigan" —o de *miéchica*— en beneficio del sentir popular.

* * *

Pero volvamos a nuestros chilenos. Una de las peculiaridades que más me llamaron la atención en el centro de Santiago fue que los vehículos circularan en hileras de a uno, a pesar de que las calles tienen capacidad por lo menos para dos filas, fuera de la que forman los coches estacionados. Es sorprendente la destreza que exhiben los conductores para ocupar la línea media de la calzada, dejando a ambos lados justo el espacio suficiente para que no pueda pasar el que viene atrás.

Supuse que esto tendría que ver con el gusto de quejarse de que hacen gala los chilenos, pues a las mismas personas que realizaban esa difícil maniobra les oí protestar, en otras oportunidades:

—¡Qué calles tan estrechas! ¡Esta es una ciudad imposible!

Collao me dio una explicación diferente.

—Es otra de nuestras tradiciones nacionales —dijo.

Me pareció fascinante.

—¿Cómo es eso? —pregunté.

—Se llama *la cola de los babiecas* —contestó.

Le rogué que me explicara su origen, y se encogió de hombros.

—Viene de la misma fuente que la mayoría de nuestras tradiciones —repuso.

Y no logré sacarlo de ahí.

En cualquier caso, no puede negarse que el chileno es un pueblo tradicionalista: la *cola* era inquiebrantable, mantenida a veces a costa de heroicos esfuerzos, y no pocas a costa de accidentes. Parte de la ceremonia es un gracioso gesto, semejante al saludo fascista, que los conductores de vehículos se hacen sin cesar unos a otros, y que presta singular colorido a cualquier trayecto en auto por el centro de Santiago.

El mismo gesto se observa en las manifestaciones políticas, aunque no de parte de los manifestantes y en honor de su candidato, sino de los espectadores a los manifestantes y vice-versa. Y revela, una vez más, el alto espíritu democrático inherente a los chilenos. Porque... ¿podré aventurar una teoría respecto a su origen y significado?

El signo se hace con la palma de la mano, ahuecada y vuelta hacia arriba, como quien coge algo. Dada la sabiduría de los viejos símbolos y su estrecha vinculación agrícola —desde el antiguo Egipto hasta la India—, mi hipótesis es que con él se indica la idea de abundancia. La mano que cosecha. Significaría, entonces, que la persona que lo realiza desea prosperidad a la otra. Como quien dice:

"¡Buena cosecha!"

Puede que mi impresión sea errada, pero el hecho es que en cada ocasión en que yo hice el gesto —al pasar en un auto u otro, o en oportunidades similares—,

la respuesta invariable era un piropo o una risa de simpatía.

Lo que me permitía verificar que, por lo menos, apreciaban a las claras mi intención.

* * *

He hablado de las manifestaciones políticas. Los chilenos saben hacerlas, e imponentes.

A los pocos días de llegar me tocó presenciar una, que parecía haber sido a favor de Feín, porque la mayoría de los motes y letreros eran contrarios a Erizzando. Miles de personas pasaron por la Alameda entre vociferaciones y risas. Me dio la impresión de que no sólo expresaban sus opiniones respecto a la contienda electoral, sino que al mismo tiempo, los gritos les servían para desahogarse de la compostura que suelen observar en días normales.

Es preciso tener en cuenta que en Chile no existe el Carnaval. Este, según expresaba con mucha razón Lucius von Kaltwasser, proporciona un "tubo de escape" insustituible para el anhelo de disparate que anida en todo espíritu. ¿Será necesario agregar que dicho anhelo es más vehemente en los espíritus latinos?

Las manifestaciones políticas de los santiaguinos revestían, invariablemente, un tinte carnavalesco.

En uno de estos desfiles, siguiendo a un gigantesco retrato de Nikita Khrushchev, un hombre de aspecto soñoliento exhibía en vistosos caracteres:

CHILE PARA LOS CHILENOS.

En el mismo, un grupo de niños y niñas que oscilaban entre los diez y los quince años de edad, seguía a un gran lienzo en el cual podía leerse:

LOS OBREROS DE LA CONSTRUCCION; ¡PRESENTE!

Pregunté a Collao, que me acompañaba:

—¿Trabajan, tan jóvenes?

—No —contestó—. Estos, si algo construyen, será con palitos de juguete.

En fin. Lo único que perturbaba el ánimo jubiloso de los marchantes era el paso frente a la sede de una candidatura rival. Allí ardía Troya. Los hombres y mujeres que hasta ese momento se hallaban en el mejor de los mundos, se convertían en el acto en algo muy semejante a otros tantos perros hidrófobos.

Gruñían, vociferaban, ladrando cosas que, por lo general, no figuran en mi exiguo castellano. Me imagino que muchos de esos términos serían de extracción araucaria, lengua que Collao no dominaba, pues no pudo explicarme su sentido.

Uno de los pocos gritos inteligibles era:

—¡Hun-gría! ¡Hun-gría!

Lo escuché en dos ocasiones, siempre frente al mismo local. En la acera y en las ventanas, veinte o treinta personas voceaban la respuesta:

—¡Gua-te-ma-la! ¡Gua-te-ma-la!

La primera explicación que me dio Collao de esto fue muy confusa:

—Los partidarios de Hungría gritan "Guatemala", y los de Guatemala gritan "Hungría"

—Usted bromea.

—Nada de eso. Los no-comunistas gritan a los comunistas el nombre de Hungría para enrostrarles las matanzas que hubo en ese país, y los comunistas o comunistoides culpan a los demás, sin distinciones, del golpe de Castillo Armas.

Recordé que Castillo Armas había derrocado al gobierno de Porfirio Díaz en Guatemala, y que se había acusado a los norteamericanos de tomar parte en el asunto. Esto —acusar a los norteamericanos— es lo que suelen hacer los habitantes de América Latina cuando no saben a qué causa achacar algún suceso lamentable. Ignoro si en este caso andaban acertados.

* * *

El día siguiente de cada marcha era casi tan pintoresco como la marcha misma.

Los partidarios del candidato en cuyo honor se había realizado no cabían en sí de gozo, y gritaban a los cuatro vientos que tenían el triunfo asegurado. Se cruzaban apuestas, algunas de ellas muy graciosas, otras por sumas muy fuertes de dinero, lo que me hizo pensar que la situación económica del país no marchaba tan mal, pese a las quejas, que eran generales.

Pero el gran espectáculo lo proporcionaban los diarios.

El que apoyaba al grupo manifestante proclamaba, en grandes titulares:

CUATROCIENTAS MIL PERSONAS SE CONGREGARON AYER EN TAL PARTE PARA OVACIONAR A FULANO. DESFILE MONSTRUO.

Publicaba enormes fotografías de masas para ilustrar su aserto.

Pero yo tuve la sajona meticulosidad de contar, lupa en mano, las cabezas que se distinguían en varias de estas fotos, y la más ubérrima no mostraba sobre mil quinientas.

El diario de mayor oposición a la candidatura en referencia —o sea, el de Erizzando en el caso de Feín, o el de don Chiche en el caso de Souflé, y vice-versa— presentaba un panorama por entero diverso. El título, mucho más pequeño, aparecía por lo general en una de las páginas interiores, cuando no en la última, entre avisos, y decía, poco más o menos:

DOCE MIL MERCENARIOS SIGUIERON A FULANO EN SU MARCHA DEL RIDICULO. COLAPSO DE SU POSTULACION.

Me llamó la atención la exagerada divergencia en las cifras. Los números no engañan.

—¿No sería posible —pregunté al infaltable Collao— calcular aproximadamente la capacidad de la Plaza San Blunes para evitar tanta inexactitud?

(La Plaza de San Blunes, frente al palacio presidencial, conmemora una de las tradiciones nacionales más arraigadas y respetadas en el país).

Mi amigo rio de buena gana.

—Sillie, por Dios, no vaya a lanzar la idea.

—¿Por qué?

—Querrían matarla.

—¿Quiénes?

—Todos, eso es lo malo.

Francamente no entendía, y así se lo expresé.

—Mire —explicó—: supongamos que el desfile es de... Erizzando, ya está. Y van veinte mil personas. Eso no les gustaría a los erizzandistas. Pero tampoco les parecería bien a los feínos, pues sabrían que en su propio desfile, contando con exactitud, iba a aparecer más o menos igual cifra de manifestantes. Y lo mismo vale para el caso de los chicheros y soufflistas.

—Oh —murmuré, impresionada.

—Así, en cambio, los diarios multiplican a los partidarios del propio bando por diez, mientras dividen por cifra parecida a los del adversario.

—¿Y con este sistema quedan contentos moros y cristianos?

—No.

—¿Cómo es eso?

—Quedan enojados unos con otros, porque todos han mentido de manera opuesta. Si no, ¿qué laya de campaña presidencial sería ésta?

Ya digo: los chilenos son un pueblo pintoresco.

* * *

Para captar en profundidad una revolución, me parece fundamental conocer costumbres de siglos y siglos, típicas; rasgos sueltos del carácter nacional; anécdotas... todas esas manchas de color que, cual brochazos impresionistas, se unen para formar la visión del conjunto.

Entre los hábitos más notables de los chilenos se cuenta el de las colas, que no son exclusivamente de automóviles. Se las veía en los cines, en las calles, y en casi todos los edificios públicos.

—A la cola, por favor.

El funcionario destinado a atender a los pobladores, pacientes como ovejas, solía usar el diminutivo:

—A la colita, señora.

Pretendía, al parecer, que al achicarla en el nombre, las víctimas sintieran menos el crecimiento de la fila.

Collao me explicó que era una costumbre muy arraigada en el alma del chileno ésta de hacer ínfimo lo desagradable o injusto. En los restaurantes, los mozos solían entregar al cliente la factura —cuyas cifras habían sido abultadas en forma prodigiosa—, y decirle, con sonrisa diplomática:

—Su cuentecita, señor.

Pero mi amigo deseaba señalarme especialmente, respecto a las largas hileras humanas que se veían por todas partes, que el ciudadano a quien iban dirigidas las palabras del organizador (como quien dice, del empresario de la cola), podía constituir un nuevo tipo psicológico: el del colista profesional.

Se paraba al final de una de estas largas filas, sin saber para qué era. Esperaba. Si al cabo de la mañana lograba arribar al primer puesto —lo cual siempre era motivo de legítima satisfacción—, consideraba llegado el momento de preguntar:

—¿Para qué es esta cola?

—¡Séptima Categoría! —gruñía el funcionario obeso detrás de los barrotes de la ventanilla.

—Gracias, no —contestaba el "profesional", como quien rechaza un cigarrillo.

Tímidamente tomaba su sombrero y se marchaba en silencio, como un ratoncillo. No era "su cola".

* * *

Otro hábito nacional: En Chile, la filatelia es obligatoria, y se halla muy bien organizada en una institución que regenta el Estado.

Un técnico a quien entrevisté me explicó en qué consistía este curioso sistema, por el cual se obligaba a los obreros a coleccionar estampillas en pequeños álbumes verdes. Hago un resumen preciso, quizá un poco especializado y hasta tedioso para un libro de aventuras como éste, pero que —por lo pintoresco del asunto— vale la pena.

Una vez al mes, los patrones deben ponerse en fila (de nuevo las colas) en una oficina llena de pla-

nillas y archivadores, a la espera de que los atiendan los empleados más entusiastas del colismo de toda la Administración Pública. Llegado el turno del cliente, el funcionario, provisto de amplias mangas negras, realiza la operación llamada "desfalco", en la cual —me informaron— Chile cuenta con hábiles y eficientes especialistas.

Apenas recibe las estampillas a cambio de su dinero, infcianse para el patrón las complicaciones, porque, así como en los demás países cada estampilla lleva puesta una cifra que indica su valor, en Chile tiene tres cantidades anotadas, y en algunos casos las retimbran con una cuarta. Si el patrón logra superar esta horrible dificultad y enterarse del valor del sello, lo pega en un álbum, que obsequia gentilmente a su obrero.

Los trabajadores de Chile conocen lo útil que van a serles estas curiosas estampillas: según supe por la prensa, incluso se pueden lavar.

Una de esas utilidades es la que se aplica a la medicina social. En la época de mi permanencia en Santiago, la medicina social chilena alcanzaba una etapa de increíbe perfeccionamiento. Los médicos del Servicio de Salud habían descubierto que el paciente —fuera cual fuera su enfermedad, y con la única condición de "tener su libreta al día"— sanaba con unas pastillas blancas de fórmula compuesta, llamada ácido acetil salicílico, o "expirina".

Por un camino opuesto al de la diversificación de los medicamentos según las dolencias, los sabios chile-

nos habían hecho aquel descubrimiento formidable. De ser seguido su ejemplo por otros países, se resolverían de golpe muchos problemas de salubridad y demografía. Una solución simple e infalible, que ha pasado absurdamente inadvertida para los organismos internacionales.

CAPITULO V

Una discusión interesante. De nuevo la ingenuidad norteamericana. ¿Civilización del alambrito? Orgía de sangre en pleno Santiago. ¡Un león llamado Pepe!



Hubo una noche en que podría decirse que me paseé por la frontera misma del peligro. Al recordarla, al recordar que en dos oportunidades —separadas apenas por unos cuantos minutos la primera de la segunda— estuve a un paso de perder la vida, no puedo evitar que un escalofrío de temor retrospectivo me recorra el espinazo. Porque en esa noche pude haber encontrado la muerte, o haber sufrido quizá qué indescriptibles, siniestras torturas.

Pero empecemos por el principio.

Había presenciado uno de los desfiles —"marchas" les llaman los chilenos—, y después fui a cenar a casa de John Brutish, representante en Santiago de la Tanglednews Agency. Me sentía cansada, y al partir... No, en rigor, debería comenzar más atrás, con la conversación que sostuvimos en la mesa, pues la considero del más alto interés informativo. En realidad, se plantea-

ron en ella posiciones que me parecen sintomáticas de los extremos en que pueden colocarse los extranjeros para enfocar a un pueblo determinado.

Me excusará, entonces, el lector si retardo un poco el relato de mi más excitante aventura nocturna para dar preferencia a una discusión que, antes, tuvo lugar entre John Brutish y el norteamericano Hees Wright, ingeniero o algo así de una empresa minera.

Wright era un *yankee* alto, desgarbado, de amplia y espontánea sonrisa y modales un tanto toscos. Me pareció extraordinariamente joven para el cargo que desempeñaba, y demasiado seguro de sus propias, disparatadas opiniones. Su lenguaje estaba salpicado de términos que sólo me era posible entender gracias a mis contactos con los periodistas estadounidenses, y aún así, de vez en cuando me veía forzada a recurrir al sentido general de la frase.

La conversación se inició, por cierto, con un comentario de John sobre la "marcha" del día. Para él era claro que los ánimos iban exacerbándose por momentos, y que, en un país latino, ello sólo podría conducir a una revolución.

Al oir esta palabra, tan relacionada con la misión que me trajera a Chile, di un respingo. El sueño que me dominara hasta hacía un instante se espantó como por ensalmo.

—Eso no es muy exacto, —intervino Wright.

Brutish y yo nos volvimos a él, sorprendidos. A mí me había parecido de una extraordinaria lucidez la argumentación que John hiciera.

—¿Cómo es eso? —pregunté.

—Debí decir que es parcialmente exacto —aclaró Wright—. Es efectivo que los ánimos se encuentran caldeados, las ambiciones desatadas y todo eso...

—¿Entonces?

—Entonces, si estuviéramos en otro país latinoamericano... casi en cualquier otro, la conclusión sería justa: habría revolución. Pero estamos en Chile.

—Ya lo sabemos —indicó, frío, Brutish.

—Y en Chile —prosiguió su huésped, imperturbable— existe una gran conciencia jurídica. Un formidable respeto a la Constitución y a las leyes.

—También a la tradición —anoté, recordando la *cola de los babiecas* y otras recientes experiencias mías.

—También —convino Wright—. Y parte de la tradición nacional consiste en saber perder en las luchas políticas, por ardorosas que hayan sido. La norma latinoamericana de intentar una revolución cada vez que se pierde en las urnas no rige acá. Aquí se cree en el valor del sufragio.

—Pero, yo he conversado... —empezó John.

Wright hizo un gesto apaciguador.

—Sí —aceptó—, ya sé; hay tontos que no están con esas cosas. Nacionalistas ridículos, totalitarios. Se impacientan porque el país, según ellos, no avanza. Y querrían que avanzara a costa de las libertades públicas. No se dan cuenta de que este tipo de "avance" constituye, de hecho, un retroceso mil veces más difícil de recuperar que el económico. Basta con observar los ejemplos de Argentina y... bueno, miren ustedes el resto del continente.

—¿Y esos tontos...? Esos chilenos totalitarios...

—Esos tontos, señorita Utternut, son pocos. Están en una trágica soledad. Aislados. No representan una corriente nacional, sino una rareza nacional. Y de ninguna manera serán capaces de hacer una revolución.

—En Argentina la hicieron.

—Hay un abismo entre Argentina y Chile.

—Una cordillera —precisó Brutish, que conoce bien el terreno.

—Una cordillera. Y en Chile es tan probable que lleguen al poder estos extremistas como lo sería que *sir* Oswald Mosley[1] alcanzara a Primer Ministro en Gran Bretaña.

—Usted bromea.

—No bromeo. Hablo muy en serio. El gran error que ustedes cometen (y que muchas veces cometemos también los norteamericanos) consiste en creer que los latinos son congénitamente incapaces de comprender nuestra institucionalidad democrática. Se nos olvida que la tomamos, ni más ni menos, de los latinos. De los romanos, John. Y los latinos habían desarrollado una gran civilización (en esencia, la misma que nos nutre hoy) cuando los futuros ingleses y alemanes andaban cubiertos con pieles, y apenas si conocían otra herramienta legal que el hacha.

John trató de protestar. Era evidente, sin embargo, que ante esta verdadera andanada de disparates, el pobre no sabía por dónde empezar. Me pareció prefe-

---

1. Célebre y pintoresco dirigente de la organización fascista británica (N. de los TT.).

rible volver a lo concreto, a Chîle, los chilenos y su revolución.

—Señor Wright —intervine—: usted nos ha manifestado que existe entre los chilenos un gran sentido jurídico.

Asintió.

—¿Cómo explica, entonces, la existencia de un partido comunista tan fuerte... y legal?

—Es fuerte porque existe pobreza en el país. Porque aquí, al igual que en otras partes del mundo, los marxistas saben capitalizar para sí la miseria y la ingenuidad de las masas. Porque a los pobres les ofrecen pan, y los pobres no tienen pan... ni nada importante que perder.

John cogió mi segundo argumento:

—¿Y por qué es legal?

—Es legal porque los chilenos son tan democráticos que incluso aceptan la existencia de grupos que conspiran en contra de la democracia.

—No me parece una política muy inteligente —comentó John Brutish.

—A mí tampoco. Pero eso es asunto aparte. Uno de los derechos que garantiza la democracia es el de hacer tonterías.

¡Esto era demasiado! John y yo protestamos al unísono.

—¿Cómo puede decir eso?

Wright sonrió.

—¿Creen ustedes que es posible la existencia de una ley por la cual se prohiba la estupidez?

Nos miraba con cierto aire de infantil desafío. O de ironía, o aun de burla.

—Imagínense —recalcó— quién juzgaría lo que es estúpido.

—Bueno... eh...

—Sí —dijo, sin esperar más—. Ahí reside el problema. Igual que se aprueban leyes contra el delito, no contra el pecado. Ni contra el mal. Usted puede llegar a saber cuando alguien ha tomado algo ajeno, pero un tribunal no puede determinar en qué casos ese acto concreto, material, constituye un pecado.

Hice un nuevo esfuerzo por retrotraer la conversación a Chile, con la esperanza de que John pudiera darme más luces sobre la revolución.

—Dejemos estas especulaciones —sugerí, no sin un toque de mordacidad— para los filósofos, y pongamos de nuevo los pies sobre la tierra. Entiendo que en Chile ha habido revoluciones, a pesar de todo.

—Sí —repuso Hees Wright—. La última fue para derrocar a un dictador. A un hombre que comenzó gobernando legalmente, y después perdió la brújula y creyó que se encontraba en otro país latinoamericano.

Molesta por esta nueva intervención del ingeniero, me volví ahora en forma directa, inconfundible, hacia John:

—Pero habría otras revoluciones antes de esa, ¿verdad? —inquirí, recalcando las palabras.

John hizo un gesto vago.

—Oh, sí —dijo.

Y Wright:

—Explíqueselas, John.

Pero mi amigo no estaba dispuesto a ayudarme.

—Usted parece mejor informado sobre estos detalles históricos.

—Sí —dije, a mi vez—: explíquenos, señor Wright, las otras revoluciones de Chile.

Intuía que, en alguna forma, íbamos a cogerlo.

—Bueno, antes de ésta de que hablábamos, (que, por lo demás, fue prácticamente pacífica) hubo una, a fines del siglo pasado, contra otro Presidente que se salió de la Constitución. Hay quienes alegan en su defensa que lo hizo forzado por las circunstancias. No sé. El hecho que subsiste es éste: se salió del marco de la ley y se produjo, a raíz de ello, un levantamiento en todo el país.

—¿Pacífico también?

—No. No fue nada de pacífico. En algunos aspectos fue casi tan sangriento como el de Cromwell.

No respondí a la pulla antibritánica.

—¿Y las demás revoluciones? —preguntó John Brutish.

—Las "demás revoluciones" fueron una... —sonrió nuestro interlocutor—. A no ser, claro, que consideremos la de la Independencia.

—No. Háblenos de la otra.

—¿La otra? Con mucho gusto. La otra fue la que trajo a Chile, precisamente, el orden constitucional de que hoy disfruta. La que terminó con los caudillejos militares, los golpes de Estado y la inestabilidad política. Esa fue la otra.

—¿Y ahora no existe, según usted, ninguna de las

condiciones que produjeron los anteriores movimientos revolucionarios... pacíficos o no?

—Ninguna. Mire —agregó—: el pueblo chileno es muy distinto de lo que ustedes creen. No son bailarines de danzas tropicales, ni ociosos que se caen de siesta en cualquier esquina. Este es un pueblo inteligente, dinámico. Yo he trabajado con ellos, y los conozco. Es impresionante la facilidad con que captan lo que se les explica. Y es increíble lo que un chileno puede hacer con un trozo de alambre.

—¿Cómo es eso? —inquirimos, de nuevo a coro, John Brutish y yo.

—Se descompone una plancha eléctrica, o un motor diesel, o una locomotora. Lo examina un técnico nuestro y pide repuestos. Viene un obrero *desguañangado,* como ellos dicen, con la apariencia menos importante que se puede dar... pero con un alambrito. Y repara la avería, no sé cómo.

Yo no entendía qué tenían que ver los alambres con las revoluciones. Se lo manifesté, fríamente.

—Bueno —respondió, encogiéndose de hombros—: por eso es que usted no comprende, tampoco, el que en Chile no vaya a haber revolución ahora.

* * *

Ya en camino de regreso a mi hotel me puse a repasar, intrigada, esta conversación.

Me parecía —y me parece— absurdo que un hombre con la experiencia de Hees Wright pudiera des-

variar en esa forma. Un hombre inteligente. Lo achaqué a esa buena voluntad mezclada de ingenuidad con que muchos norteamericanos juzgan en general a los países subdesarrollados. A ese sentimentalismo despegado de la realidad, que los lleva a cometer graves deslices, tanto en la diplomacia internacional como en el trato diario con estas naciones.

Su falta de visión era más grave por tratarse de una persona culta, con ocho o diez años de servicios en Chile. Y subscriptor de *Time,* según me confesó.

¿Era posible que no se percatase de lo que sucedía a su alrededor? Y si no se percataba, ¿cómo explicarse que no le abrieran los ojos las espléndidas crónicas sobre el Hemisferio que publica *Time* semana a semana, y que tan útiles me resultaron a mí para lograr una exacta apreciación del estado de cosas imperante en América Latina? Francamente, no sé. Repito que los norteamericanos padecen a menudo —no siempre, por suerte— de una especie de enfermizo sentimentalismo que les nubla la visión... cuando no los ciega.

Pero, en fin, no tiene objeto que siga explicando por qué era inexplicable la actitud de Hees Wright. En el fondo, este libro es un desmentido vivo de la mayor parte de sus afirmaciones. Lo que me sucedió...

Ah, sí: volvamos a mi aventura.

* * *

¡Y qué aventura! Retrocedamos un poco para seguirla.

Me sentía cansada aquella noche. Había recorrido una parte del centro de Santiago pulsando el sentir del hombre de la calle, y luego seguí a los manifestantes a lo largo de unas veinte cuadras, para no perder matiz de la "marcha". Me ardían los pies, me dolían las piernas, y apenas si lograba mantenerme despierta mientras duró la cena.

En cuanto pude hacerlo en forma decente, me despedí, rechazando los ofrecimientos de ambos comensales para acompañarme hasta el hotel.

—Sigan ustedes conversando —les insistí—. No quiero ser aguafiestas.

Se resignaron y partí.

Una vez en la calle, me puse a esperar algo en que irme, mas transcurridos unos veinte minutos de inútil vigilancia, me resolví a caminar un poco. Me encontraba en la Avenida General Apoquindas, a bastante distancia del centro de la ciudad. Se trata de una arteria ancha, pavimentada, que en ningún sentido haría presagiar lo que en ella iba a ocurrirme.

Dos o tres cuadras más abajo, al pasar frente a una casa muy iluminada, me llamó la atención el enorme barullo que llegaba desde el interior. A medida que me iba aproximando, el ruido crecía en intensidad, y se escuchaban alaridos escalofriantes. Un muro de unos dos metros de alto me impedía ver hacia el interior, y aunque esta circunstancia hizo sufrir mi natural curiosidad, me tranquilizó el estar aislada de aquella baraúnda.

Una frenada espectacular, a mi espalda, me sacó del ensimismamiento en que me hallaba. Un taxi se había detenido a pocos pasos de mí, y de él salió un par de hombres jóvenes. Pagaron apresuradamente y se dirigieron a la casa en cuestión, portando unos bultos de silueta confusa.

Sin tiempo para averiguar más, me subí al automóvil. Por la ventanilla trasera alcancé a observar cómo se abría la puerta de reja y ambos visitantes se precipitaban al interior, dando muestra de una excitación extraordinaria. Una intensificación de los alaridos coincidió con su entrada.

—¿Qué sucede ahí? —pregunté al conductor.

—Un malón —contestó.

¡Un malón! Recordé mi Simpleton: malones se denominaba a las incursiones que los araucarias acostumbraban realizar contra los poblados, desde los primeros tiempos de la Conquista. En esa época, el cuadro era imaginable. Pero ahora... ¡una orgía de sangre, en plena capital de Chile, a un paso del centro, y en una de las avenidas más hermosas que he conocido!

Me recliné sobre el respaldo, incapaz de decir nada, y abrí la ventanilla: necesitaba aire.

* * *

Repuesta ya de la impresión que el malón me causara, pensaba en un argumento que sin duda debí esgrimir frente a Hees Wright: el de los araucarias.

Si este pueblo era tan progresista y civilizado, ¿por qué no resolvía su problema indígena de una vez por todas? ¿Cómo iba a ser posible construir una democracia bajo la permanente amenaza de un ataque aborígen?

Y —me susurró la vocecilla interior de la picardía— ¿no habría alguien capaz de arreglar esto con un alambrito? Me prometí preguntárselo a Hees Wright en la próxima oportunidad en que estuviera con él.

* * *

Pero aún no he terminado de narrar mis emociones de aquella noche. Nada de eso.

Al llegar en el taxi a la esquina de Providencia con Las Lilas, un policía nos detuvo, haciéndonos señas de que nos desviáramos hacia la derecha, por una calle que desemboca a uno de los puentes del río Mapocho. El conductor asomó la cabeza por la ventanilla y preguntó:

—¿Qué pasa, *mi cabo*?

—Ejercicio de bombas —contestó el carabinero.

¡Bombas! Un nuevo golpe para mis nervios en tensión.

—¿Y no puedo doblar hacia la izquierda? —inquirió el chofer, imperturbable ante el horrible anuncio del policía.

—No.

—¿Por qué?

—Está prohibido. Mire el letrero.

—Es que ahora no viene nada desde abajo.

—Está prohibido.

—Gracias —mascullό el conductor, con los dientes apretados.

Y partimos, yo con el alma encogida en espera de las detonaciones de las bombas, que afortunadamente no se produjeron mientras estábamos cerca.

—¿Por qué no permiten doblar hacia el otro lado? —inquirí.

—Por qué es más fácil —fue la seca respuesta.

Cruzamos el prosaico Mapocho, un hilillo de agua al que los chilenos —o por lo menos los santiaguinos— llaman generosamente río.

Al otro lado del puente, el taxi se introdujo por una calzada dispareja, de adoquines, con casas muy feas y, en general, un aspecto más bien deprimente. Sin embargo, según me dijo el conductor, ese era el barrio "Bella Vista". Ni él pudo explicarme el por qué de este nombre, ni yo logré adivinarlo.

En la esquina, un borracho se nos interpuso, gritando "abajo" algo que no se entendía. Tal vez se refiriese a alguna de las ramas del gobierno. El conductor frenó y esperó, paciente, a que terminara de cruzar, lo cual constituyó una ceremonia larga y compleja.

Fue en ese instante cuando escuchamos un rugido aterrador, acrecentando en su intensidad por el silencio de la noche y el que había hecho —diríase que a propósito— el ebrio.

—¿Qué... qué fue eso? —pregunté,

—Pepe —respondió el conductor.

—¿Pepe?

—Sí, el león.

—¡Un león, ahora!

—¿D-dónde... e-está?

—Ahí —señaló, con pasmosa sangre fría—, en la falda del cerro.

Volví a reclinarme sobre el respaldo y cerré los ojos. Había estado a escasa distancia de una fiera que, a juzgar por la potencia de su voz, era enorme. Sentí debilitarse en mi ánimo el amor por los *safaris.*

¡Ah, Santiago, ciudad de contrastes! Cinco minutos después, me bajaba del auto en la puerta misma del más moderno de los hoteles. Pagué al hombre, que me cobró diez dólares, y le agregué dos de propina. No podía ser menos, me dije mientras me acostaba, recordando el coraje espartano de quien llevaba refuerzos a un malón y conocía por la voz a los feroces leones que pueblan el Cerro San Cristóbal.

* * *

Pero pongamos una nota más ligera para cerrar este sórdido capítulo:

Collao me había dicho que en la Escuela de Leyes de la Universidad de Chile estudiaba gran parte de los que más tarde llegarían a ser presidentes de las repúblicas centroamericanas. Como es de suponer, esto me llamó mucho la atención, de manera que decidí ir a entrevistar a los futuros mandatarios que allí hubiera.

Subí las gradas del magnífico y moderno edificio, y pedí hablar con alguien. Admiradora apasionada de

guatemaltecos, cubanos y ecuatorianos, ¿iría a desperdiciar esta magnífica oportunidad de hacer un artículo que revelara todo lo que piensan sus presidentes del mañana?

Me atendió un secretario, quién *se corrió,* como dicen en Chile, y me dijo que era imposible llamar a los centroamericanos a su despacho para someterlos al cuestionario que yo les había preparado. Antes de terminar de despedirnos, me acompañó hasta la puerta de su oficina y la cerró por dentro.

En el pasillo permanecí un momento despistada, como le sucede a una persona que sale a la luz del día después de haber permanecido en una pieza oscura. Junto a la escalera principal había un grupo de estudiantes. Vieron que me acercaba a ellos, y se quedaron un instante en silencio, a la expectativa.

—Quisiera conocer a algún centroamericano —les manifesté.

Hicieron señas a un muchacho moreno que había en otro grupo.

—Quiroz, a ti te buscan.

Dirigiéndome al joven moreno, Porfirio Bálsamo Quiroz, le di la mano y le expliqué mi interés en conocerlo personalmente.

El joven Quiroz era bajo, de pelo brilloso y ondulado, y su corbata amarilla combinaba gloriosamente con su camisa verde pasto. Sus ojos negros, de una viveza indescriptible, bailaban al mirar alternativamente a los muchachos reunidos conversando, a mí, a a un señor de edad que peroraba junto al enorme ventanal, de nuevo a mí, a una alumna muy rubia y muy alta.

Nadie como él me desilusionó del objetivo de mi visita a Chile.

—¡Aquí —me dijo con énfasis— no saben hacer una revolución! No cualquiera puede hacerla, usted comprende.

Noté que, al respecto, hablaba con cierto desprecio de los chilenos.

—Con un golpe tipo 2 de abril de 1957 (que aquí no pasó de ser una simple asonada callejera sin mayor trascendencia), en mi país no dura una hora el Presidente en el poder.

Le pregunté si era muy peligroso ser Presidente en su patria.

—Sí, es peligroso. A no ser que uno cuente con el apoyo del ejército.

—¿Y en ese caso?

—En ese caso —exclamó sonriendo—, el asunto es peligroso para los demás.

Muy alegre de carácter, Porfirio Bálsamo Quiroz hablaba en una forma que me pareció hermosa, mucho más que la de los santiaguinos. Había sido contagiado por la vitalidad, por la bulliciosa alegría de la gente de color de su pueblo. Me prometió que reuniría a los jóvenes de otras naciones centroamericanas a tomar té una tarde en el Carrera, invitados por mí.

Fue muy agradable conversar con él. Se me hizo más evidente cierta apatía nacional —de la que ya hablé en un capítulo anterior— del chileno medio. En micros, fuentes de soda, fiestas populares, calles y cines, cada chileno mira a su compañero como amurrado. Falta en ellos el buen humor comunicativo y sin

pretensiones, ese júbilo un poco animal, inmotivado, que aporta a un país el mestizaje con los africanos.

En Chile se echan de menos el alboroto del negro y su despreocupación. Santiago, la capital —me observaba alguien—, es una ciudad de funcionarios que sufren de múltiples acideces y van siempre de mal talante. En las calles, la gente discute negocios o política, cosas que, por definición, "andan mal". Y ésta no es una particularidad latina —¡qué va a serlo!—: en España, los hombres hablan de toros, de mujeres y de fútbol. Y ríen con los tres temas. Las conversaciones oídas al pasar en la principal ciudad de Chile dan un saldo aplastante de palabras tales como interés, letras, descuentos, contribuciones, amortización, deuda fiscal y reajustes... generalmente impagos.

La alegría de la cual se jacta el chileno no existe en su hermosa capital.

Dato curioso: el único negro que vi en Santiago iba seguido por un verdadero enjambre de niños, impresionados por el espectáculo que ofrecía este hombre de color. Al advertir la presencia de los chicuelos, la piel oscura de su rostro se distendió en una amplia risa, tremendamente simpática. Los pequeños quedaron maravillados: ¡Cómo un hombre tan negro podía tener una risa tan blanca!

Siguieron tras él, jugando y saltando. A su alrededor sentíanse frescos, como nuevos. Corrían felices junto al forastero cuya sola presencia en una de las arterias céntricas constituía de por sí un pequeño Carnaval.

CAPITULO VI

Heroísmo a destajo. Los espartanos de América del Sur. Un tabú y su escalofriante castigo. Bombardeo en la fortaleza. Reaparece el señor Catete.

Reuniré aquí algunos ejemplos diversos de lo que, me parece, podría considerarse el carácter nacional, y que van desde el detalle cómico hasta lo resueltamente heroico.

Ah, y antes que nada, mi excelente amigo el conductor de taxi.

No me refiero a mi denodado acompañante de aquella noche de pesadilla —el que conducía refuerzos a un malón—, sino al otro, a aquel a quien encargué mi cabeza. Hacía unos cuatro o cinco días de mi primer encuentro con él cuando lo topé, por casualidad, en la calle Huérfanos.

A pesar de que miró hacia donde yo estaba, no me había visto, pues continuó su camino, vuelto ahora hacia el otro lado. Buscaba clientes.

Una luz roja lo detuvo en la esquina de Ahumada, y en un instante logré darle alcance.

—¡Hola, *amigo!*[1] —lo saludé.

—Buenos días, señorita —repuso él, con voz opaca.

No tardé en enterarme del motivo de su desánimo: no le había sido posible aún obtenerme la cabeza.

—Es tan difícil —se quejó, al preguntarle yo por ella.

Mientras subía al auto traté de tranquilizarlo.

—En realidad, usted me advirtió que no sería fácil —le dije.

Meneó la cabeza.

—Es que a uno le gusta cumplir.

—Comprendo, comprendo.

¡Este hombre que iba a haceme un favor —y un favor complicadísimo, y hasta expuesto para él—, se excusaba por no haberlo cumplido con mayor rapidez! Eso es lo que cautiva en los chilenos: que se desviven por demostrar su exquisita cortesía latina, aun en una ciudad alejada en centenares y centenares de millas de la civilización, y rodeada por la permanente, ahogadora amenaza indígena, la de las fieras, la sangre...

Mientras me llevaba a mi destino, plegado rigurosamente a la *cola de los babiecas,* por la calle Santa Mandinga, mi amigo conversaba de nuevo sobre la situación política del país.

—Andan mal las cosas, señorita. Dicen que va a venir una plaga de huelgas en cuanto se sepa quién va a ser el nuevo Presidente de la República.

---

1. En castellano en el original (N. de los TT.).

—No veo —objeté— qué sentido van a tener esas huelgas.

—¿Por qué?

—¿Huelgas —pregunté a mi vez— en medio de una revolución? ¡Hombre! Es como si usted estuviera en un pantano, con el agua al cuello, y se preocupa por la posibilidad de que lo picase un mosquito.

Es evidente que mi ejemplo le hizo impresión. Se puso muy serio, asintió y murmuró:

—De veras.

En seguida, volviendo a animarse:

—Pero revolución sí que va a haber.

Me pareció que lo tomaba con demasiada ligereza. Con una sangre fría extraordinaria. Y a propósito de sangre fría, pensé, daba la impresión de que los conductores de taxi la tenían en abundancia en Chile. Se lo dije.

—Bueno, se hace lo que se puede —contestó, con característica modestia.

—No, no: ustedes son únicos —insistí.

Y al ver que pretendía seguir defendiéndose del elogio:

—Mire —le expliqué—: anoche, sin ir más lejos, un colega suyo me recogió en la puerta de una casa donde había un ¡ma-lón!

No se impresionó.

—¿Y eso qué tiene de raro?

—Un ma-lón —repetí, dudando por un momento de mi castellano.

—Bah —dijo.

—¿Qué bah?

—Fue en la Avenida Apoquindas, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Usted supo?

—Claro.

—¿Cómo se enteró?

—Porque yo también llevé gente allá. Una pareja.

—¿De militares?

—De *tortolos*.[1]

Parece que ésta es una guardia especial de la policía. En otra oportunidad oí decir que había *tortolos* en todos los rincones de los parques durante la noche. ¡Una vigilancia extraordinaria! Pero, bueno, no podía ser menos en una ciudad sitiada.

—¿Lograron echar a los indios? —interrogué—.

—¿De dónde?

—De la casa... ¿Rechazaron el malón?

Me miró por el espejo retrovisor. De seguro que no deseaba impresionarme.

—Sí... —contestó al fin, vacilante.

—¿Y hubo muchos muertos?

Se rascó la cabeza.

—Más o menos.

Me llamó la atención lo inseguro que se veía. Diríase que, antes de dar cada respuesta, la pensaba cuidadosamente.

Más tarde me expliqué la razón de esta actitud. En efecto, esa noche, leyendo los diarios, busqué hasta en los últimos resquicios la información de alguna asonada o incursión araucaria como la que mis amigos ha-

1. En castellano en el original (N. de los TT.).

bían contribuido tan heroicamente a sofocar, pero no aparecía una palabra. Ni el más sobrio comunicado oficial. ¿Qué significaba esto? Sin duda, que el gobierno trataba de silenciar la amenaza, debido quizá al período electoral, o al simple deseo de evitar que se produjera alarma entre la ciudadanía.

(Permítaseme una disgresión, a propósito del asedio de que era objeto la propia capital de Chile, la hermosa Santiago del Huevo Externo, como la llamó Pedro de Valdivia.

Una tarde, al pasar frente al cerro Santa Lucía, me llamaron la atención las fortalezas que allí se alzan, apenas disimuladas por la vegetación. Pregunté a qué obedecían, si había allí algún cuartel, regimiento o cosa por el estilo. La respuesta que recibí fue:

—Son los fuertes que se construyeron para defender a la ciudad contra los indios.

Manifesté, entonces, mi deseo de visitar el lugar. Santiago se vería bellísima desde la altura, a esa hora en que, ya oscuro, se habían comenzado a encender las luces de las calles y edificios.

—No lo haga —me aconsejó en tono resuelto mi acompañante.

—¿Por qué?

—A esta hora se llena de *tortolos*.

Claro, pensé: apenas llegaba la noche, una guarnición se apostaría en el reducto, en espera de un posible ataque de mayor envergadura por parte de los araucarias.

Dos de las luchas de Chile se juntaban en este reducido escenario: la militar —representada por las for-

talezas y las tropas—, y la política, en forma de unos diez o doce carteles de propaganda de los candidatos presidenciales, cuyas efigies se cernían frente al cerro. El Santa Lucía exhibía, pues, una buena síntesis de los esfuerzos del país por avanzar hacia el futuro.

Así, en forma silenciosa y valiente, los santiaguinos luchaban por la supervivencia. Su sobriedad ante el peligro era digna de la antigua Esparta).

—Cuando yo pasé frente a la casa atacada —le dije a mi buen señor Catete— oí unos aullidos escalofriantes. Daba la impresión de que los indios llevaban las de ganar. Que eran ellos quienes dominaban la situación.

—Siempre es así —musitó.

—¿Siempre ganan?

—No... Es decir... al principio.

Sin duda, el señor Catete —con gran delicadeza de sentimientos— trataba de evitarme las impresiones fuertes, y tanteaba cuánto era lo que yo sabía, para no darme más detalles de los necesarios... o inevitables. Se lo agradecí como mujer, aunque no como periodista consciente de una misión.

—Estos ataques —le pregunté—, ¿forman parte del plan revolucionario?

Se demoró en contestarme, porque en ese momento se asomaba apasionadamente a la ventanilla para hacer el saludo automovilístico a otro conductor, que le respondió con entusiasmo. Debí repetir, pues, mi pregunta:

—¿Tienen que ver estas incursiones con la posible revolución?

—Sí —contestó.

—¿Son como acciones de sondeo? ¿Como los ataques de comandos durante la última guerra?

—Algo así.

—Ah —exclamé—, ahora me explico.

—¿Qué, señorita?

—Que el ejército no participe abiertamente en la defensa. Mientras unos sondean, los otros ocultan sus verdaderas fuerzas, ¿no es así?

—Claro.

—Claro. Y por eso los refuerzos acuden en taxi, y con las armas ocultas.

—Claro.

—¿Qué armas usan?

Vaciló. ¿Temía quizá revelarme un secreto militar?

—Bueno...

—No tema —lo urgí—.

—P-pistolas. Esas se notan menos.

En fin, quedé satisfecha de mi habilidad. Era un verdadero juego de esgrima verbal, y con él había logrado arrancar a mi lacónico señor Catete mucho más de lo que él se hallaba dispuesto a revelarme al comienzo. Cuando nos despedimos, muy cordialmente, le recordé mi encargo:

—No se olvide de conseguirme esa cabeza, *amigo*.

—Pierda cuidado —me tranquilizó, mientras echaba a andar el auto.

Cogida por un súbito impulso, desenfundé mi cámara y tomé una foto del vehículo, desde atrás. Aún la conservo, y siempre me conmueve observar la ex-

presión de casi desesperada sorpresa con que mira mi amigo, herido sin duda en su modestia, hacia el objetivo.

* * *

Ya volveremos a encontrarnos con el simpático señor Catete. Entre tanto, permítaseme anotar algunos detalles que observé en la reunión a donde él me condujo, y en otras a las cuales tuve oportunidad de asistir.

Esta era sólo para damas, y ello me proporcionó la ocasión "a la medida" para tomar notas sobre el comportamiento de las mujeres chilenas cuando están a solas. Es decir, cuando no se encuentran a la defensiva, para copiar la afortunada expresión de un célebre escritor francés.

Primero, los temas de conversación. En Chile es mal visto que una mujer hable de libros, o de cuadros, en una reunión social. Esos temas se reservan para conversaciones más íntimas, y en un té o una fiesta o una comida se los consideraría del peor gusto.

En general, se supone que una dama de veras no habla sino de asuntos tales como el estado del tiempo, las modas recientes o las películas.

Y del gran tema: las empleadas.

En Chile subsisten, en efecto —aunque tienden a desaparecer—, las servidoras domésticas que tanto sabor conferían a la existencia de nuestros antepasados. Son cada vez más escasas, debido al avance de la vida

moderna en los poblados y ciudades chilenos. En campos y lugares más solos, me imagino que el problema dependerá directamente de la amenaza araucaria.

La conversación sobre empleadas es un verdadero rito. Trataré de describirlo:

1º Languidece la charla. La señora Fulana lanza un quejido y dice: "¿Nadie sabe de una empleada?". La pregunta, al parecer, tiene un mero valor retórico, porque las estadísticas de los últimos años no señalan respuestas afirmativas.

2º Las asistentes contestan a coro: "¡Ay, ya quisiera una para mí! Estoy sola desde..." (Aquí la parte variable, que contiene la fecha).

3º Alternándose, cada cual emite sus cuitas. Es sorprendente cómo, hablando casi todas a la vez, logran:

a) conservar el hilo de que dicen, y
b) entender lo que dicen las demás.

Nota importante: Nunca, por ningún motivo, puede una señora que se respete afirmar que está contenta con su empleada.

Respecto a esto último, me tocó observar la experiencia de una de ellas que —por quizá qué distracción— cayó en el desliz. Dijo algo así como:

—Yo tengo una niña muy decentita, trabajadora, limpia, servicial. Estoy feliz con ella.

Automáticamente se produjo un silencio de hielo. Se lo habría podido tocar.

Las miradas se volvieron a ella, cual dardos. Su aislamiento era también perceptible. Quisc tartamudear una excusa, explicar, inventar tal vez algún defecto a su empleada... Inútil. Su *gaffe* no tenía remedio, y probablemente la pagaría con la pérdida de todas esas amigas a las que había afrentado con la exhibición de su buena suerte.

El ejemplo que he citado es cruel, y la experiencia permanece imborrable en mi memoria: nunca vi con tal fuerza el peso de eso que llaman "la sanción social".

* * *

El cerro Santa Lucía, formidable baluarte contra la amenaza araucaria, atraía poderosamente mi atención. Desde abajo veíanse sus atalayas rojas, de color más subido que el ladrillo.

Un día soleado, de aquellos que hacen encantador el clima de la ciudad de Santiago, me detuve con mi kodak 35 en la acera, junto al faldeo que da a la ex Alameda de las Delicias. Me sorprendió la gran cantidad de luz que marcaba mi fotómetro. Halagada con la idea de tomar todo un rollo de maravillosas instantáneas que, además, tendrían importancia como material estratégico, busqué el ángulo preciso y miré por el ocular. Perfecto. Resultaría una serie de primera.

Apreté una vez el obturador.

E iba a hacerlo de nuevo, cuando... ¡Horror! ¡Cuál no sería mi espanto al sentir el estrépito de un cañonazo a sólo unas yardas de distancia! Creí que me iba a desvanecer; di un paso, dos, como una autómata.

Veía el cerro girando en torno a mi cabeza, sus arbustos, sus prados verdes, sus fortificaciones. Y el sol parado arriba, en medio del cielo azul, señalando la mitad de la jornada. Más muerta que viva, caminé un par de cuadras entre una multitud indiferente y sólo preocupada de comprobar la hora en sus relojes. ¡Cómo hubiese querido echar a correr! Y, sin embargo, apenas avanzaba por la vereda, a punto de desplomarme, vacilando como un ebrio. Aire, aire. No... no podía respirar.

A duras penas subí a un bus y me dejé caer en un asiento, con la pesadez de un fardo. Sólo entonces pude revisar mi cuerpo, por si tuviese alguna herida de importancia. Pero no. Estaba, como siempre, totalmente ilesa.

El terror fue superado por el terror cuando advertí la presencia de un carabinero guardando la pisadera del siniestro vehículo. No pude levantarme del asiento: ¡Me llevaban medio desvanecida en esta *micro* que seguramente —las expresiones de los pasajeros me lo confirmaban— era una de aquellas que tenían por destino la muerte!

Si esta historia fuera una serial de suspenso, terminaría aquí uno de sus capítulos más espeluznantes.

—¿Qué hace ese horrible carabinero en la pisadera? —pregunté con voz ahogada a mi compañero de

asiento, un mocetón colorado, de fisonomía nada inteligente.

—¿Decía usted, señora?

—¿Dónde van ustedes?

—¿A mí me dice? —y señaló su pecho, velludo a través de la camisa medio abierta.

Me paré con enorme dificultad, y me acerqué al conductor, que pareció no oirme, o no entenderme. A duras penas conseguí levantar un poco la voz. Y entonces el hombre tuvo una desconcertante reacción.

—Bájate si te *habís* equivocado de *micro*. ¡Qué venís a *joder* aquí! —repuso, malhumorado.

Inexplicablemente, me tuteaba. ¿Quién sería? No recordaba haberlo visto en otra ocasión[1]

Con humildad le supliqué que detuviera el vehículo.

—Nadie se baja antes del paradero —sentenció, secamente.

Ya sabía a qué atenerme. El paradero era el final del recorrido... y de los pasajeros. Mi deducción sobre las "*micros* de la muerte" —de que hablé en un capítulo anterior— se demostraba trágicamente certera.

Recurrí a todas mis fuerzas, y dirigiéndome hacia la puerta de atrás, que no se hallaba bloqueada por la policía, cerré los ojos, y me lancé del vehículo en marcha.

---

1. En los países latinos, donde *you* se traduce por *usted* o *tú*, este último es signo de mayor intimidad, y sólo se llega a él después de un largo conocimiento entre las personas (N. de la A.).

Caí sentada en la acera, dándome un golpe feroz que me retumbó en la cabeza. Al verme aterrizar, se produjo una comprensible alegría entre los señores parados frente a las puertas del Club de la Unión, que celebraban con grandes risas mi escapada milagrosa del paseo mortal.

Eché a correr como loca, hacia el hotel, víctima de una reacción nerviosa, mezcla de euforia y pavor.

* * *

A la mañana siguiente, me detuve a leer las noticias de los "tabloides":

> CRIMEN DE HORROR DE PADRE DESNATURALIZADO. MATO A SU HIJITO DE DOS AÑOS A PUÑALADAS. TODO PORQUE ENSUCIO SUS ZAPATITOS NUEVOS.
>
> CONFESO ASESINO DE LA VEGA: LO MATE PORQUE ME DIJO CACHETON.[1]

¡Qué hechos horribles se perpetraban en este país! "Cachetón", "Cachetón", repetía yo entre dientes, y rogaba a Dios que jamás se me fuese a escapar

---

1. Estos títulos son auténticos, y han sido cotejados con diarios de la época (N. de los TT.).

esa palabra fatídica, mortal. En cierto sentido era deplorable haberla aprendido; pero aún peor sería ignorarla y estar expuesta, en cualquier momento, a tener un *lapsus linguae* y ser cosida a puñaladas.

De pronto, mis ojos se fijaron en un título de letras rojas, que decía:

GRINGA LOCA SUELTA POR EL CENTRO

Era indudable que la información se refería a mí. Me tomaban por loca. ¡Qué habrían dicho, de conocer el macabro origen de mi "locura"!

* * *

Pero volvamos a reunirnos con nuestro simpático Catete, a quien encontré de nuevo esa tarde, a la entrada del hotel.

Esta vez me esperaba, pues en cuanto me vio se dirigió a mí. Le noté un gesto avinagrado, que me extrañó, pues ya lo consideraba como un buen y leal amigo.

—¡Hola, señor Catete! —lo saludé.

—¿Por qué me sacó la foto? —farfulló, sin ningún preámbulo.

Sonreí.

—Deseaba conservar un recuerdo suyo.

Me miró como dudando, pero poco a poco se suavizó la expresión de su rostro. Me creía.

—No me gustan esas cosas —comentó, sin embargo.

—Vaya, no sea tan modesto.

Pensó un instante. Luego:

—¿Sabe? —me anunció—. Mañana sin falta le voy a entregar su cabeza.

—¿De veras? —exclamé.

—Sí, en la tarde. Pero...

—Pero, ¿qué?

—Va a tener que darme la foto.

—¿Qué foto?

—Esa que me tomó, con el auto.

—Oh, de mil amores.

Sonrió, feliz, el pobre. En el fondo, le gustaba eso de fotografiarse. Lo que detestaba, al igual que el resto de los chilenos, era la publicidad.

—Sólo... —dije.

—¿Qué? No me irá a salir con dificultades, ahora.

—No. El único problema es lograr que alguien me desarrolle la película de hoy a mañana. No las he conseguido con menos de un par de días de demora.

Afortunadamente Collao, que pasó esa tarde por el hotel, me acompañó al *Picture Center*. Y a las doce horas tenía el rollo listo, con sus respectivas copias, en mi poder. Despaché el negativo con una copia de cada toma, y dejé una para el señor Catete.

CAPITULO VII

Un Mike inusitado. El misterioso origen de Pearl Harbour. Guerra Santa en la política chilena. Sacerdotes comunistas. Paradojas y más paradojas.

Hasta estas alturas, mis relaciones con Mike habían sido excelentes: con miles de millas entre ambos, y —tal vez por ello— sin ningún reproche de parte suya.

Mi sistema de trabajo consistía en tomar algunas notas, revisar los diarios del día y despachar —salvo mayor urgencia— un cable en la noche. Mis mejores crónicas las escribí entre las 12 P.M. y las 2 A.M. aproximadamente, cuando el sueño se negaba a venir a mí después de las comidas pantagruélicas de los chilenos.

Estas merecerían, también, los honores de un serio estudio científico. Ahora que se piensa en la posibilidad de viajar a otros planetas, y de que el hombre se adapte a las condiciones de vida más extrañas y duras, la capacidad del chileno para consumir verdaderas bombas alimenticias como cosa cuotidiana es del mayor interés.

Sin duda, si se atendiera a los méritos, el primer astronauta debería ser chileno.

Debo insistir sobre la universalidad de la cebolla en la cocina nacional. Podrían agregarse a ella el ajo, el perejil, la albahaca, el ají y demás hierbas exóticas que ponen a prueba el estómago más resistente, y que hacen dudar de que exista una olla que permita cocinarlas sin que se funda el metal. Por otra parte, no hay restaurante o fuente de soda donde no se halle anunciado el popular plato llamado *Cola de Mono*. Se trata —según me explicó un comensal muy sonriente y no poco bebido— de la cola de un mono macho, bien limpia y condimentada. De más está decir que, por mucha que fuera mi curiosidad, jamás me atreví a probarla, como tampoco probé los misteriosos "suspiros de monja" ni los "niños envueltos", que me traían escalofriantes reminiscencias del salvajismo araucaria.

Pero me aparto de mi tema.

Decía que mis relaciones con Mike se mantenían espléndidas. En efecto, al recibo de mi tercera crónica —aquella que le daba a conocer detalles de la participación de los indios en una conspiración con la derecha— recibí un cable suyo equivalente a un Pulitzer:

BIEN. PUNTO. SIGA ADELANTE. PUNTO.

MIKE.

Parecía existir una contradicción o un ánimo sibilinamente renacentista en la combinación de "siga

adelante" con "punto" [1] Sin embargo, esta idea no me turbó por mucho rato, y no tardé en dar al mensaje de Mike su verdadero y casi inverosímil significado: estaba satisfecho, y me alentaba a continuar explotando la veta noticiosa de los araucarias, la que sin duda iba a prestar mayor colorido a la revolución, a los ojos de los públicos norteamericano y europeo.

Este detalle, tan importante, me colocaba, en otro terreno, en una posición incómoda.

En efecto, me hacía perder una serie de investigaciones que hiciera sobre la idiosincrasia chilena, y sobre aspectos más secundarios de la elección. Pero no había nada que hacer: entre minucias y auténticas batallas con los indios, ni Mike ni sus lectores iban a vacilar. Y ésta es una de las verdades ineludibles del periodismo universal: no se puede ir contra las ideas ya formadas en la mente del que lee.

El público tenía una imagen de Chile... Bueno, seamos justos: el público no tenía ninguna imagen de Chile. A duras penas algunos lo ubicaban en Sudamérica —una de mis amigas creyó que partía al Africa cuando le hablé de mi misión—, y a los que ignoraban esto había que decírselo.

¿Y cuál sería la reacción al oir, o leer, el nombre de Sudamérica?

Pensarían en sambas, indios y generales con charreteras. Si el periodista se lanza a luchar contra todas

---

1. Juego de palabras intraducible: el "punto" de los cables se dice en inglés "stop", igual que "alto" o "pare" (N. de los TT.).

esas impresiones —algunas de ellas falsas—, y trata de describir con exactitud el país en cuestión, lo que sucede es que el lector pasa a otra noticia. Nadie lee los diarios para aprender geografía o historia. Los lee para enterarse de los acontecimientos que se desarrollan en lugares que conoce o imagina. Pero, ¿quién va a estar dispuesto a "desimaginarse" a determinada nación o a determinado pueblo para captar con exactitud mil detalles tediosos?

Sólo un historiador o un geógrafo, y éstos, sumados, no alcanzan a constituir el uno por diez mil del total de lectores de periódicos. [1]

Así, pues, debí guardarme un gran caudal de observaciones que, en otro caso, habrían resultado de interés. El acopio de ellas fue, en algunos aspectos, una tarea grata para mí, y amena, aunque en el fondo no constituyera sino una pérdida de tiempo. De tiempo que —lo reconozco— debí dedicar a las facetas más típicas de Chile. Si bien tardío, este será, pues, mi *mea culpa.*

No se puede contemplar un país sudamericano —o asiático, o africano— con, los mismos ojos y el mismo criterio con que se contempla uno europeo.

* * *

1. El 0,87 por 10.000, para ser precisa. La estadística corresponde al año 1956, pero nada hace suponer que las condiciones hayan variado fundamentalmente desde entonces (N. de la A.).

Entre los hábitos que adquirí en Chile estaba el de salir a caminar por el centro de la capital, generalmente en compañía de mi buen amigo Collao, quien hacía de cicerone. Me revelaba la historia de Santiago, ciudad que bajo el hechizo de sus palabras, se transfiguraba como el agua de la pila de la Plaza San Blunes al atardecer.

—Entre esos dos edificios —y señaló dos moles de cemento—, antes de la guerra con el Japón desplegaban una inmensa bandera que había regalado el Gobierno de ese país.

—¿Cuándo fue esa guerra? —le pregunté.

—Hace pocos años. En verdad, no sé bien si ha terminado.

—Un escalofrío recorrió mis espaldas.

—¿Qué dice, *amigo*? ¿Están ustedes todavía en guerra con el Japón?

—Usted no entiende, Sillie. Ellos no se dieron por aludidos.

—¿Que no se dieron por aludidos?

Mi impresión fue tan grande que no supe de mí, y estuve a punto de ser atropellada por un automóvil. El chofer sacó la cara por la ventanilla y me aconsejó que cerrara la boca. Yo quise agradecerle, pero Collao me tomó de un brazo y me llevó hasta la acera.

—Cuidado, Sillie.

Caminamos unos pasos en silencio. Al fin recapacité, y volví sobre el tema.

—¿Que no se dieron por aludidos, Collao? Pero, ¡cómo puede usted permanecer tan tranquilo! ¿No sa-

be que los nipones atacan de improviso, por la espalda? En Norteamérica...

—Ya ve usted, Sillie. No se dieron por aludidos ni siquiera cuando le cambiamos de nombre al Parque Japonés; ni siquiera cuando les cortamos el agua a los crisantemos, que han sido dos de nuestros actos más violentos contra el Imperio del Sol Naciente.

¡Extrañas, poéticas tácticas de combate las de este pueblo! Ningún barco, ningún avión suicida japonés, nada ni nadie llegó a molestarlos.

Pero es misión de la prensa descifrar hechos insólitos como éste.

¿No existía la posibilidad de que los nipones hubieran agredido a otra nación? ¿De qué, por los mismos motivos de mi embrollo al salir rumbo a Chile y llegar a Perú, es decir, por desconocimiento de cuál había sido el país que, realmente, les declarra la guerra..? Recorrí con la mente la costa del Océano Pacífico. Y de súbito...

—¡Pearl Harbour! —exclamé, tan encandilada por mi hallazgo como ese sabio alemán que se zambulló en un barril de cerveza gritando: ¡Eureka! ¡Eureka!

—¡Pearl Harbour! —repetí.

—Sillie, por Dios, ¿qué le sucede?

No quise revelar a Collao la primicia que había descubierto, y me mordí los labios hasta hacérmelos sangrar.

Esa misma noche escribí uno de los más sensacionales artículos de mi vida: *El misterioso origen de Pearl Harbour.*

* * *

A cada paso me encontraba con huellas de incursiones harto más graves que el *malón* que ya he referido, si bien la prensa tampoco había hecho la menor mención de ellas. Aceras destrozadas, muros caídos, sitios eriazos donde debieron de alzarse, no hacía mucho, edificios o antiguos caserones, eran testigos de la actividad destructora de los araucarias.

Sin embargo, ante las ruinas, los transeúntes se limitaban a comentar con rara sangre fría:

—Miren la indiada.

Nunca conocí a un pueblo con tanta flema, fuera, claro está, del británico.



Pero en fin, junto a esta espeluznante realidad se alza otra menos notoria —yo diría que casi europea—, que es la inevitable ausente de mis cablegramas. La realidad de las fábricas y el comercio, de las minas y la industria, de las oficinas y la construcción. La del hombre y la mujer corrientes. Algunas de las notas relacionadas con este aspecto "no detonante" de Chile las he ido desparramando a lo largo de los capítulos anteriores. Ahora quisiera dedicar unos párrafos a la intensa lucha religiosa que se desarrollaba —silenciosa, subterránea, la mayor parte del tiempo, mas siempre activa— en medio de la no menos furiosa batalla política.

* * *

Desde mi arribo a Chile, llevaba conmigo un arma de fuego. (Por fortuna, mi maletín negro era bas-

tante amplio, y mi viejo Colt cabía perfectamente en él). La seguridad de saberse protegida de esa manera resultaba impagable en Santiago, donde cada instante era un paso más por el camino de sangre y de fuego de la revolución.

No era tranquilizador pasearse a la hora de más movimiento por el centro de Santiago. Algunos establecimientos comerciales no disimulaban su Liquidación Total; mientras otros, menos dispuestos a dejarse morir, tomaban medidas francamente revolucionarias en su política de precios. En todas partes se veían barricadas detrás de las cuales parapetábanse obreros de mirada feroz, provistos de terribles perforadoras y armas blancas. En las esquinas habían hecho saltar las tapas de las alcantarillas, y desde los bancos de la Plaza de Armas, falsos caballeros espiaban a los ciudadanos con mirada turbia. Eran quintacolumnistas de la peor especie, ¡no iría a conocerlos yo! Ya no se trataba de indicios mal disimulados y mares de fondo, como al principio. Todo presagiaba abiertamente el exterminio del orden constituido por hordas que, como sucede siempre, no tenían otra aspiración que la de saquear, profanar y colgar gente de los faroles.

Por otro lado, la amenaza araucaria (creo que, etimológicamente araucaria viene de *arrow carrier,* es decir, "portadores de flechas") era de una eminencia atroz.

Frente a una tienda de Alameda abajo, a pocas cuadras de la siniestra *Pila del Ganso,* vi un espectáculo inaudito. ¡Un cacique araucaria, cubierto de plumas y pintarrajeado, tal como aparecen los indígenas

en las fotos en colores de la Revista *Life*, señalaba una vidriera con el brazo extendido! ¡Y persona alguna tenía el valor de abatirlo! Esa tranquilidad del indígena, esa como siniestra parsimonia con que pronunciaba su *macté* fue lo que más sobresaltó. A qué engañarse: era la prepotencia del vencedor.

Corrí a denunciarlo a la Comisaría más cercana. Anteriormente había observado que los carabineros de Chile eran muy amables. Cuando les preguntaba, por ejemplo, cierta dirección, oían, solícitos, pidiendo detalles de la altura y si era posible del número de la calle; prestañeaban un par de veces y decían con una sonrisa plena de cordialidad:

—Perdone, señorita: llegué hace dos días. No soy de aquí.

Era difícil encontrar a alguno que "fuera de aquí", pero no cabe duda de que, fuesen de donde fuesen, tenían buena voluntad.

Ahora les conocí en otro aspecto, muy diferente. Confieso haber cometido un imperdonable error al entra crorriendo por el empedrado patio de guardia, con mi enorme Colt en la mano. Es que estaba excitada, fuera de mí.

Poco galantes, el cabo de guardia y un carabinero joven se me echaron encima, y uno de ellos, no sé cuál, pero todavía me duele la mano al estirarla, me cogió el revólver y estuvo a punto de quebrarme el brazo a fuerza de retorcérmelo. Lograron reducirme con cierta facilidad.

—¿Es usted *chiflada*, señorita? —me preguntó el

cabo, acezando, colorado como una betarraga debido al ímpetu de la lucha.

—¡Oh, no! —repuse—. Soy neozelandesa.

El superior señaló al carabinero que recogiera los botones metálicos arrancados de su chaqueta durante la pelea.

—Y a la señorita, déjemela a mí.

—Haga el favor de soltarme. No me escaparé: soy una dama —protesté con indignación.

Pero él no me hizo caso, y mantuvo mi brazo agorrotado.

—¿Neo qué?

—Neozelandesa.

—¿No te decía yo? —advirtió al carabinero con tono socarrón—: si se ve cada cosa rara. ¡Neozelandesa! ¿Se ha sometido a algún tratamiento, señorita?

Su pregunta me confundió.

—Le digo porque hoy todo se cura. Ya no es como antes. Un amigo mío, aficionado a las juergas...

Le interrumpí para asegurarle que conocía los enormes progresos de la medicina chilena. No era preciso que me los señalara. Y respecto a ser neozelandesa, no me había entendido bien.

—Soy neozelandesa de nacimiento —declaré—. Nací neozelandesa.

—¡Ah! —dijo con lástima—. Entonces, claro, no tiene remedio.

Sólo cuando le hablé de la denuncia que venía a hacer consintió en soltarme el brazo.

—Un indio —señalé—. ¡Un "arrow carrier", en pleno Santiago, paseándose con plumas!

Las palabras me salían a borbotones, medio estranguladas por la impresión atroz.

—Un cacique —insistí—, con todo su atavío. ¡Horrible!

Bastante sereno, el cabo se sentó detrás de la mesa grande, y me dijo con cierta monotonía de funcionario:

—Empecemos por el principio: su nombre completo... su dirección... su filiación... estado civil... sus documentos...

Al anochecer, cuando salí de la comisaría, después de dar todos mis datos y comprobar la imposibilidad de recuperar mi viejo Colt, me explicaron que no iban a recibir la denuncia:

—Pero si ese indio que usted vio no tiene nada de particular. Es un truco de propaganda —me explicó el cabo.

¡Propaganda! ¿Acaso no dijeron que eran propaganda nuestras advertencias contra el Eje antes de la invasión de Checoeslovaquia, de Austria, de Polonia? ¿Podía ser "propaganda" un cacique de carne y hueso, erguido con altivez y descaro en plena Alameda, señalando a la tienda que se convertiría en la próxima víctima de la actividad destructora de su tribu?

En ese momento me di cuenta de que la capital de Chile estaba perdida. ¡Las mismas palabras de la autoridad lo atestiguaban, al decir que esas eran cosas habituales!

* * *

En Chile nadie era indiferente a la cuestión religiosa... ni siquiera los indiferentes a la religión. El país cifraba enormes esperanzas en los votos de los creyentes, que cada bando confiaba obtener para sí, y aun supe de un ejemplo único, digno de Ripley: el comando del señor Chiche —abanderado marxista, sostenido por el comunismo— llegó hasta el extremo de organizar... ¡una romería al santuario de Lourdes, para hacer votos por el éxito de la candidatura![1]

Mi buen amigo Collao me explicaba, a su manera, estas anomalías:

—Aquí nadie se acuerda de la religión cuando hay que ir a misa, pagar el dinero del culto o repudiar el divorcio. Pero apenas surge una elección, un grupo y otro empiezan a examinar a los candidatos de pies a cabeza, hasta hallarle lo católico al propio y lo anticatólico al contrario.

No pude dejar de reir.

—No será para tanto —aventuré.

—Vaya si lo es. Mire —agregó—. Para que usted vea: los demócrata cristianos, que no quieren nada con Erizzando porque dicen que es menos devoto que Feín, apoyaron a un radical en las elecciones presidenciales anteriores. Y los conservadores, que les enrostraban furibundos su actitud, acusándolos de "radicalizar" al país votaron no hace mucho por un socialista para el Senado. ¿Encuentra eso razonable?

---

1. No al que se encuentra en el Norte de España, sino a una copia chilena (N. de la A.).

Moví la cabeza negativamente. Si no lo entendían los propios chilenos, ¿qué restaba para mí, extranjera y de paso, por mucho olfato periodístico que tuviera?

Pero ahondemos un poco respecto a la virulencia que han ido adquiriendo en Chile las luchas político-religiosas.

Es sabido, como ya lo señalé, que estos países que viven bajo el cetro papista tienen normas extraordinariamente antidemocráticas, que los obligan a mostrarse respetuosos con sus prelados. No se concibe que un fiel cualquiera declare en público su disconformidad con alguna actitud de la Iglesia o de sus autoridades. La obediencia a la jerarquía, en materias relacionadas con la fe y la moral, suele ser absoluta e inflexible.

Y en cuanto al respeto...

Perdón, no resisto al deseo de copiar aquí un caso que oí relatar en España, y que ignoro si será histórico o legendario —o un poco de cada cosa—, pero que evidentemente resulta ilustrativo.

Cuentan que ocurrió durante la Guerra Civil. Un grupo de pastores norteamericanos —provenientes de diversas congregaciones protestantes— se dirigió a Madrid, con la esperanza de aprovechar la profunda escisión que el conflicto había provocado entre los españoles, para "poner un pie en la puerta" de este país donde el protestantismo no había tenido nunca entrada.

Llegaron, pues, los ministros y, con el fin de explorar el terreno, se dedicaron a recorrer las trinche-

ras de la ciudad sitiada. Acercándose a un obrero en tenida de miliciano, fusil en bandolera y boina calada, le preguntaron qué opinaba de la Iglesia de Roma.

—Pues vean ustedes —contestó—: la Iglesia...

Y lo demás no es imprimible.

—¿Y el Papa?

—Pues el Papa...

Nuevas palabras no susceptibles de imprimir.

A cada comentario del republicano, los reverendos iban abrigando mayores ilusiones, hasta que uno de ellos, muy sutilmente, comenzó a insinuarle que, si bien esta Iglesia era tan detestable, perversa e intrigante como él lo había señalado, no era menos cierto que Dios existía, y que otros grupos religiosos se dedicaban a difundir el Evangelio y a corregir los errores papistas. ¿No estaría él dispuesto a estudiar la doctrina y la organización de algunas sectas protestantes?

El miliciano los miró de alto a bajo.

—¿Pues, no son graciosos estos tíos? —les espetó—. ¡No cree uno en la Iglesia verdadera y le piden que crea en otras!

Así de acendrados son la fe y el respeto a la investidura sacerdotal en estos pueblos latinos, en los que hasta los ateos más violentos proclaman su convicción en forma... devota:

—Soy ateo, por la gracia de Dios.

En Chile, sin embargo, yo escuché varias veces a católicos que manifestaban abierta desconfianza, cuando no reproche, hacia determinado obispo o sacerdote. No era extraño encontrarse —especialmente entre las

mujeres, que son ardorosas políticas— con personas que pronunciaran sentencias tales como:

—Monseñor X es partidario de la candidatura tal.

O bien:

—El obispo de Y es un reaccionario impenitente.

O, aun:

—El padre Z es comunista.

Sólo quien conozca la lealtad conmovedora de los católicos hacia sus prelados comprenderá lo profano de una división que así se manifestaba.

* * *

El secretario de un alto personaje de la Iglesia abre, cauteloso, la puerta de la oficina de Monseñor. Mira hacia adentro y se encuentra con una escena inusitada: el visitante que entrara hace más de una hora —un hombre delgado, imponente— tiene arrinconado al jerarca, que se recoje bajo su mirada de fuego y su índice acusador, y tartamudea:

—L-le-juro que soy católico.

Esta anécdota ilustra a maravillas el tono y el carácter de la brega religiosa en Chile.

Oí el chiste tres veces, con dos nombres distintos para el prelado. El nombre que no variaba en ninguna de las tres versiones era el del acusador. Se trataba de un célebre crítico literario, de gran agudeza, bello estilo y abierta independencia religiosa. Dueño de una voluntad de hierro, la había empleado, por

ejemplo, para combatir a una escuela de novelistas, cuentistas y poetas denominada el "criadillismo". La escuela, fuera o no por influjo del crítico, había desaparecido de circulación en la época en que yo visité el país, y sólo se la recordaba como una curiosidad histórica.

Este crítico había dirigido ahora sus fuegos contra uno de los bandos en que la política dividía a los católicos chilenos.

Sus artículos, cada día más filosos y lacerantes, llegaban hasta extremos que a los corderiles miembros de la Iglesia Romana no están permitidos. Para nuestro hombre no existía el problema de la obediencia jerárquica, pues era de mentalidad libre.

Lo curioso es que, a pesar de ello, parecía contar con estrechas vinculaciones en el Vaticano. Entre otras cosas, sostenía conocer una carta privada del Papa al Cardenal chileno, en la cual el Sumo Pontífice anunciaba su adhesión a una de las candidaturas y condenaba a la otra. Me refiero, por cierto, a las dos postulaciones apoyadas —o apoyables— por los sectores católicos.

* * *

Sí, el pueblo chileno está eminentemente politizado. En las esquinas, en los buses, en los cafés, en las oficinas —y también en el Senado y en la Cámara de Diputados—, la política es el tema candente. Iba a decir obligatorio, pero no habría sido una imagen feliz: nadie obliga a los chilenos a hablar de política. Lo hacen por su propio, intenso, insaciable gusto.

Pero... nueva paradoja: el politizado chileno siempre denuesta contra la política.

Cuando se quiere dar a entender que algo "huele a podrido", que algo es sucio, o turbio, los ciudadanos de este país inefable lo resumen con una expresión tan simple como divulgada: "Ahí anda metida la política". O: "Eso es pura política". Y basta. No hay nadie que no comprenda.

Ni hay nadie —según me decía un periodista en tono zumbón— que recuerde la elemental definición: "Política es el arte de gobernar".

Esta mentalidad ha conducido a los chilenos, fanáticos como son por la política, a elegir Presidente de la Repúbica a un militar que alegaba como su única virtud la de *no* ser político. O sea, según la definición, aspiraba al mando supremo con el exclusivo lema de no saber gobernar.

—Cosa —comentaba mi irónico colega— que el caballero demostró hasta la saciedad.

CAPITULO VIII

¿Quién vota por quién? La vieja "hidalguía". Fulanos encumbrados. El lacónico mandatario. "Intermezzo" español.

La situación se complicaba cada día más en Chile.

Ya hablé de los partidos políticos y sus respectivos candidatos en lo que llamé "Un vistazo al caos". Ahora era casi imposible descifrar la situación: mientras unos señalaban por la prensa y la radio que votar por Feín era votar por Erizzando, otros decían que votar por Erizzando era votar por el señor Chiche. También estas premisas podían ser invertidas: no votar por Feín era votar por Erizzando, etc... Compleja legislación electoral.

¿Y qué decir de las marchas?

"Feín sabe que para su manifestación desfilaron los comunistas, con el propósito de mantenerlo ilusionado", aseguraba un locutor, y así sucedía con las marchas de los demás candidatos. ¡Oh, pueblo de idiosincrasia tortuosa! Ya había intuído yo este guirigay cuando, en Littlehell, Mike me puso al corriente del sistema que regía las elecciones en Chile.

Recordará el lector que, según la Constitución chilena, podía ser ungido el candidato que obtuviera la mitad más uno. Pero estaba igualmente dentro de las posibilidades el que sacara la mitad más otro: de ahí —me imagino— la opinión general de que votar por determinado candidato era votar por el contrario.

Aún ahora, de sólo recordar una situación tan confusa, me siento mareada.

* * *

Es emocionante ver cómo disfrutan dos ciudadanos al descubrir que no están de acuerdo en política. De inmediato, si no se encuentran en un lugar apropiado, parten presurosos en busca de él, cual dos caballeros medioevales dirigiéndose a la liza. Una vez allí, vaso de vino o taza de café en mano, se lanzan en un interminable cambio de argumentos.

He notado en estas escenas algunos detalles curiosos:

> *** Las razones que uno y otro esgrimen siguen un orden muy lógico. No se salen del tema, ni se desvían en forma apreciable, diga lo que diga el adversario. Pero —al igual de lo que señalaba respecto a la conversación de las damas— éste es un ejercicio paralelo, y a su término, ninguno ha variado un ápice en su posición primitiva... y yo me atreve-

ría a apostar que se hallan en condiciones de reiniciar, casi idéntico, el debate.

*** Cada frase que pronuncian va acompañada por gestos airados, enrojecimiento de las mejillas y, a menudo, extraños términos en araucaria. Estos términos —observé— aumentan en proporción a medida que el alegato avanza, partiendo desde un cinco o diez por ciento de las palabras emitidas hasta llegar a un buen setenta u ochenta. Hay casos, incluso, en que el castellano llega a reducirse a unos pocos artículos, dos o tres preposiciones, tal o cual verbo perdido y el nombre del candidato contrario.

*** Pese a lo acalorado del debate, el espectador que aguardase un rompimiento entre los amigos que así peroran se engañaría: terminan de discutir y los dos se separan afectuosamente, e incluso, la mayoría de las veces, añaden un cordial:

—Hasta la vista.

En realidad, en todos los modales de los chilenos hay un resto de la vieja *hidalguía* española. Este espíritu se hace patente en mil detalles, en que la cortesía latina parece tocarse con la oriental.

¿Cómo se imaginan ustedes, por ejemplo, que un chileno o una chilena manifiesta discrepancia con su interlocutor? ¿Mandándolo al diablo, como hacemos en inglés? Nada de eso. La frase característica es:

—Andate a la punta del cerro.

Es decir, se desea una especie de encumbramiento, de prominencia sobre el resto de la humanidad, a la persona con quien se difiere. Es, a la vez, un acto de auto-humillación que honra a los chilenos, y un detalle que ratifica la sencillez, la gran llaneza de esta raza extraordinaria.

Otro ejemplo: Cuando un empleado de oficina, o un subalterno en general, comete un error, ninguno de sus compañeros comenta que el jefe le llamó la atención, que lo reprendió, lo increpó, etcétera. Al contrario, todos se refieren al hecho con un delicioso eufemismo, que revela idéntica tendencia que el anterior. Dicen:

—El jefe *encumbró* a Fulano.

O bien:

—A Fulano le llegó una *elevada*.

Estas expresiones me hacen recordar otra, española —y sin duda emparentada con ellas— para indicar elogio: "Poner a alguien por los cuernos de la luna".

La delicadeza de los chilenos no se limita a los sentimientos de los vivos. También existe una verdadera reverencia religiosa hacia los muertos, y una de las frases que más a menudo me tocó escuchar —y en la que también se discierne un dejo orientalista— fue la siguiente:

—Anda a cantarle a tu abuela.

Manifestación, me parece, de un verdadero culto a los antepasados, comparable al que guardaban los antiguos egipcios hacia los suyos.

Creo, por esto, que sería de interés para un sociólogo realizar un estudio a fondo sobre estos giros, que he podido consignar aquí gracias a mi conocimiento del idioma castellano. Sé que se me escapan algunos más, sobre todo aquellos en los que se mezclaban términos de raigambre araucaria, pero no me cabe duda de que una investigación científica y ordenada conduciría al esclarecimiento de una serie de características étnicas del más alto valor.

Eso, naturalmente, escapa al objetivo de estos apuntes, una de cuyas modestas aspiraciones es ofrecer una visión ágil y panorámica del pueblo chileno, para que mis lectores puedan comprender el alcance humano de su revolución.

* * *

Pero ya es hora de que conozcamos en persona al Jefe de este caótico, fascinante Estado.

En un comienzo, las puertas del Palacio Presidencial de Santiago de Chile permanecieron cerradas para mí. De nada sirvieron las influencias diplomáticas que moví para obtener una entrevista con el Primer Mandatario. Yo sentía escapárseme la gran oportunidad, y en vano procuraba tranquilizarme pensando que ese hombre, en unos pocos días más, ya no sería Presidente.

Hasta que en una ocasión confié mis cuitas al impagable amigo Collao.

—Pero, Sillie, *tiene* que hacer esa entrevista. Si no, después, cuando se encuentre a miles de kilómetros de distancia, va a sentir que su estadía en Santiago ha quedado parcialmente frustrada.

Asentí con la cabeza. Una luz brillaba en sus ojos negros, ¡tan expresivos!, cual si comprendiera que, en realidad, había puesto el dedo en la llaga.

—Es preciso que se luzca, Sillie, con esa entrevista.

Calló un instante, e insistió:

—Debe sacarse los zapatos.

En verdad, pensé, haría todo lo que ese hombre me indicara. Confiando en él, descansaba en su fortaleza y en su ingenio. ¿Qué mejor apoyo podía encontrar una mujer, espíritu desfalleciente por condición natural?

Quedó en conseguirme una audiencia con el Presidente de la República... y lo logró.

* * *

Deseosa de no perder un minuto, comencé el "bombardeo" apenas estuve delante del Jefe del Estado. La versión que incluyo es la que tomé en taquigrafía.

El Presidente me recibió en un sobrio salón de la Moneda, donde lo hallé sentado tras un imponente escritorio.

—¿Cree usted, Excelencia, que la situación imperante en Chile desembocará tarde o temprano en una revolución?

Esperé un momento. Oí volar una mosca. Y como no recibiera respuesta de ninguna especie —lo que, en el fondo, constituía una maquiavélica afirmación—, traté de obtener de él datos más precisos:

—Excelentísimo señor, desearía conocer su opinión sobre algunos cambios fundamentales que se observan venir. Yo misma, como mucha gente de este país, opino que las cosas variaran después de la revolución...

—Mm.

—¿Cómo "mm"? ¿Qué dice usted, señor Presidente? —le pregunté.

No podía disimular mi desorientación ante su sutileza. Volví a acomodarme, esta vez en la punta de la silla.

Mas no hubo respuesta.

Seguramente el hábil estadista no deseaba opinar más en detalle al respecto. Político diestro, sabía que no le convenía definirse inequívocamente en un punto tan comprometedor. Su Excelencia era un hombre bien plantado, de pelo corto y firme. Ocupaba un sillón alto, tapizado de cuero.

Volví a la carga:

—Ahora último se ha insistido en un empeoramiento de las relaciones de Chile con Argentina, a propósito del islote Snipe. También hay observadores para quienes... Perdón: ¿leyó el último *Time,* Excelencia?

—No.

—Bueno, como decía, hay observadores para quienes son más peligrosos para Chile los asuntos pendientes con Bolivia y Perú que estos problemas limítrofes con Argentina, por cuanto en los últimos, la Corona de Inglaterra ha estado siempre graciosamente dispuesta a arbitrar. ¿Cuál es su opinión, señor Presidente? ¿Es mayor la amenaza peruano-boliviana?

—Tal vez.

De más está señalar mi perplejidad al notar la absoluta falta de agradecimiento y simpatía del primer mandatario chileno hacia la monarquía británica. Un elogio al pasar era de rigor. Deduje, pues, que mi entrevistado abrigaba profundos sentimientos anti-ingleses.

—¿Tendría usted la bondad de adelantarme algo sobre la forma en que el próximo gobierno podría continuar la labor del suyo en los planos educacional, administrativo, en la política agraria, en el fomento de la producción y, en general, cualquier insinuación de vuestra Excelencia para el Presidente que elegirá el pueblo en las urnas el 4 de septiembre?

Mientras enunciaba esta pregunta, se introdujo en puntillas un empleado superior, y anunció que alguien esperaba afuera para ver a Su Excelencia.

—Que se vaya.

—Pero...

—Que se mande cambiar.

—Es que, Excelencia... la buena disposición de nuestras relaciones... las Naciones Unidas...

Terco, el Jefe del Estado hizo una seña de disgusto, y repitió su orden al funcionario.

Entre tanto, yo repasaba las preguntas que había preparado. Hice varios signos para señalar las que ya enunciara, y pasé a otro punto:

—Señor Presidente, ¿cuáles son, a su entender, las realizaciones más sobresalientes de su gobierno, y en qué forma podría agruparlas siguiendo un orden de preeminencia?

—¿Cómo "un orden de preeminencia"?

—Así, por orden de preeminencia: un, dos, tres. No sé —dije— si me explico bien.

—Eh... ¿un, dos, tres?

—Eso, eso —repuse.

—Sí —gruñó—, es un buen orden. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—De preeminencia —repetí, perpleja.

Deseando que él mismo, cuya recia cabellera grisácea permanecía intacta, me sacara de una duda, me salí del cuestionario que preparara con ayuda de Collao, y le formulé caprichosamente otra pregunta:

—Señor Presidente, ¿es usted medio pelo?

Se levantó de su sillón como impelido por un resorte. Me miraba con los ojos encendidos. Le temblaba el mentón. A duras penas lograba contenerse.

—N-no se o-ofenda —tartamudeé—, hágame el favor. Es que he oído decir que en Chile los militares son todos medio pelos... ¿No es usted militar?

—Claro —rugió.

—Es lo que yo me decía —murmuré, conciliadora—: el Presidente es militar. Eh... Excelencia, ¿cree usted que habrá una tercera Guerra Mundial?

Estaba hecho una furia, y ya no volvió a sentarse.

Su actitud era tan poco tranquilizadora como la que tuviera con el empleado de Relaciones. ¿Acaso habría llegado, para mí también, la hora de "mandarme cambiar"?

—¿Habrá guerra? —insistí, más inquieta por el silencio del viejo estadista que por la perspectiva de un nuevo conflicto.

—Capaz, pues —contestó.

Levanté la vista y lo contemplé. Desde su altura, sin miramientos, parecía decirme: "¡Váyase!"

Me despedí, forzando una sonrisa.

En el vestíbulo me puse los zapatos, que —siguiendo el consejo de Collao— me quitara antes de entrar a la oficina del Presidente, y bajé las escaleras oyendo una voz interior que me repetía, a pesar de todo: "Lo hiciste bien, Sillie. Llevas un material de primera, emanado de la autoridad máxima del país. ¡Qué golpe! ¡Qué tesoro informativo!"

Saludé jovialmente a un carabinero que me miraba pasar un poco soñoliento, y salí de la Moneda por el Patio de los Naranjos. El aroma de los árboles me serenó por completo. Y me dio la justa proporción del trabajo realizado. Para los que supieran leer entre líneas, había obtenido declaraciones sensacionales.

* * *

Afuera, bullía la violenta realidad.

Ciertos elementos no parecían dispuestos a esperar el término del período constitucional.

Al día siguiente de mi visita al Jefe del Estado, una poblada de varios miles se precipitó, frenética, por la Alameda, gritando: "¡Don Chi-che! ¡Don Chi-ché!" Parecían resueltos a tomarse el Palacio presidencial. Hombres vociferantes, con los puños en alto, fuera de sí, portaban carteles en los que se proclamaba desembozadamente: "Don Chiche a la Moneda. Ahora le toca al pueblo".

Me refugié en una tienda de ropa interior y pedí teléfono para llamar un taxi.

—El tránsito se halla suspendido —fue la dramática respuesta, que vino a confirmar mis peores sospechas.

Desde afuera llegaban ruidos ensordecedores.

Pero no. Aún no se iniciaba la revolución. De haber sido así, al menos sabría a qué atenerme, en vez de permanecer en esta horrible y cada vez más intranquilizadora situación, en que las cosas se producían de manera repentina, inaudita, justo cuando una empezaba a confiarse. Entre explosiones venía la calma. Una calma engañosa, como la arena movediza del Desierto de Atacama. Y sólo los diarios colgados en los quioscos traían a la memoria la espantosa realidad:

EL GOBIERNO DECLARO AL PAIS EN ESTADO DE CALAMIDAD NACIONAL

Porque, sí, todavía había un gobierno, y se conservaba en la Moneda el hombre de hierro a quien yo entrevistara horas atrás. La poblada que marchaba a

tomarse la casa presidencial en nombre de uno de los candidatos era —según me explicó Collao— "un desfile político común y corriente". Con otro "desfile" como aquel, seguro que yo moriría del corazón.

* * *

¿De qué me valía la dosis de luminal que me aconsejara el médico de Collao para calmar mis destrozados nervios, si por todas partes oía hablar de desastres?

El médico, que era un hombre muy buen mozo, me recetó un paseo cada tarde por la ciudad para tranquilizar mi ánimo. Ansiosa de expresarle el estado de angustia en que me hallaba, le conté que me habían aparecido toda clase de tics, y que padecía de un insomnio implacable.

—Usted —repitió— lo que necesita es hacer un poco de ejercicio.

—No me hallará gorda.

Sentí que me sonrojaba. En realidad, la pregunta era de pura coquetería femenina: jamás nadie me ha encontrado gorda.

—Oh, no. Usted está bien —aseguró, mostrando sus hermosos dientes, blancos y parejos—, pero necesita gastar sus energías en algo que no sea su máquina de escribir.

—Bueno —expliqué—, suelo pasear en las tardes, de siete a ocho.

—Hágalo de siete a nueve y media.

Me quedó mirando con fijeza durante unos segundos interminables, y yo sonreí, sintiendo un extra-

ño cosquilleo interior. El corazón me zumbaba en los oídos. El doctor avanzó un paso y cerró la puerta de su consultorio. Yo no sabía de mí. Lo vi acercarse, acercarse, sus ojos en mis ojos, y me dijo, con esa voz que aún recuerdo entre sueños:

—Abra la boca.

Abrí la boca.

—Diga A.

—Aaaaa...

Me observó las amígdalas.

—Está bien —dictaminó—. No tiene nada.

Me despedí lentamente, mientras él insistía en que siguiera sus consejos. Aseguró que el luminal y los paseos lograrían quitarme, incluso, el tic facial que tanto me molestaba, y que era producto de la crisis por que pasaban mis nervios.

* * *

Este fue, pues, el origen de mis largos paseos, sola, por las calles de Santiago. Deambulaba invariablemente de siete a nueve y media, un poco a la sin rumbo. Tal como acostumbraba hacerlo, años atrás, en España. En la España —¿cómo olvidar el paralelo?— en que se gestaba la Guerra Civil.

Ah, recuerdo mis paseos españoles: la Calle de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo, en Madrid; la Calle de la Sierpe, en Sevilla, con sus inmensas vidrieras tras las cuales los hombres —¡son tan únicos!— se sentaban a tomar agua, mirando a las *majas* con esa

mirada "de caza" que lanzan los latinos a las mujeres.

Como me llamara mucho la atención el que sólo bebieran agua, solía volver sobre mis pasos una y otra vez, para cerciorarme más allá de cualquier duda. En una de estas oportunidades, los hombres empezaron a entusiasmarse y a gritarme cosas. No por ello dejé de cruzar delante de las vidrieras. Muchos de los piropos encendidos que ellos me dirigían, se parecen como dos gotas de agua a las expresiones de los chilenos. Tuve la acuciosidad de anotarlos.

—*¡Ale, gringa cara de yoghurt, deja ver a las mujeres de verdad!* [1]— (Y yo, complaciente, me dejaba ver, sintiéndome "mujer de verdad", al decir español).

—*Malhaya la madre que te parió.*

—*No respondo de mí. ¡Fea de la feería como ésta*[1]*, no he visto dos!*

Al final perdieron el dominio; acalorados, se levantaron estrepitosamente e hicieron amago de salir. Yo tuve miedo de su apasionamiento y me alejé corriendo por la Calle de la Sierpe.

Afortunadamente no me siguieron.

* * *

---

1. En castellano en el original (N. de los TT.).
2. En el original, Miss Utternut relaciona este término con "fairy", y agrega que jamás se sintió tan emocionada por un cumplido. "Was a real fairy tale" dice: "Fue un verdadero cuento de hadas" (N. de los TT.).

La acción de los araucarias era uno de los motivos que me impedían pasear confiada por la capital de Chile.

A fines de agosto, en *El Murmullo,* diario que publicaba casi exclusivamente avisos económicos y turnos de boticas, aparecieron anunciadas, con extraña sangre fría, las batallas a realizarse en Santiago, con sus días y horas. Primero fue la *Batalla del Balcón;* en seguida la *Batalla de la Costanera.* Hubo noches en que dormí en el Hotel encerrada bajo doble llave, más que arrepentida de haber venido a este atrayente pero peligroso país. ¿Quién me aseguraba que no dispararan sobre *mi* balcón?

A la mañana siguiente trataba en vano de saber noticias sobre estas batallas. Jamás me sentí tan extranjera: para mí todo era silencio y misterio, mientras en los ascensores, en el comedor del Hotel, se cuchicheaban cosas horribles. *El Murmullo* mismo, que era el diario más leído por los chilenos y anunciaba las batallas el día anterior, no decía una palabra sobre sus resultados.

¿Anoté ya que los chilenos tienen un carácter absurdo y enigmático?

CAPITULO IX

¡Dueña, al fin de una cabeza! Ternura y sadismo con los regalones. El siniestro huanaco. Busco un trago.

Una de las entrevistas que sostuve me lanzó por un camino diverso, aunque íntimamente relacionado con el de la política. Me refiero a la *kulturkampf* de Chile. La batalla sorda que se libraba en el terreno de la enseñanza, en forma simultánea con las otras dos grandes pugnas: la electoral y la defensiva contra los sangrientos araucarias.

Porque es preciso reconocer a esta pequeña nación un mérito: a pesar de todos sus problemas y de su alejamiento de la civilización, se esfuerza en educar a sus ciudadanos del futuro.

Mi entrevista clave sobre la *kulturkampf* tuvo lugar en un Liceo de Niñas.

Me recibió una señora de mediana edad que resultó ser la Directora. Fue muy abierta y llana, y no tuvo inconveniente, incluso, en permitirme usar su nombre. Lo repito con gratitud: doña Nereida Pare-

des. He aquí cómo me planteó el problema de la enseñanza en Chile la señora Nereida:

Hay déficit educacional en Chile. Gran cantidad de niños carecen de escuelas.

El país es pobre. (¡Con qué frecuencia —casi escribo "deleite"— repiten esta afirmación los chilenos!).

Ha agravado la escasez de establecimientos educacionales el aumento de colegios particulares.

Aquí la interrumpí para preguntarle cómo era posible que la apertura de colegios contribuyera al déficit de la educación. Su respuesta fue:

—Por las subvenciones. El Estado subvenciona a los establecimientos particulares. Si gastara ese dinero en abrir nuevos liceos, la escasez no sería tan aguda.

—¿Es decir que con lo que gasta en subvenciones podría educar él a los niños que hoy estudian en colegios particulares y además a los que ahora no alcanzan a recibir enseñanza?

—No —respondió.

—¿Le cuesta más, menos o igual al fisco un alumno de liceo que uno de colegio particular?

—Más. En realidad, el alumno de colegio particular cuesta menos de la cuarta parte que el fiscal.

—Entonces —resumí—, parece que fuera buen negocio para el fisco el que existan los colegios particulares.

Sonrió amargamente.

—Si usted lo plantea como negocio, tal vez.

—Fue una expresión poco feliz —convine—. Quiero decir que, puesto que existe el problema, y el país es pobre, ésa es una solución.

—Usted olvida un detalle.

—¿Cuál?

—La democracia.

¡Caramba! Pecar por ahí. Examiné mi conciencia para ver dónde estaba mi falta, más no la hallé. Pedí excusas al azar, recordando las advertencias de Collao.

Doña Nereida aceptó mis explicaciones y procedió a iluminarme:

—Hay que dar iguales oportunidades a todos. Enseñanza gratuita y buena para todos. Y la misma enseñanza. La misma. ¿Por qué algunos privilegiados van a disfrutar de otra?

—Pero —objeté—, también desde el punto de vista democrático, es lógico que haya diversos educadores. Así ocurre en Inglaterra y en Estados Unidos. Si el Estado detenta la exclusividad de la educación, ¿cómo se garantizaría al individuo la libertad de pensamiento? En Rusia existe, claro, y el Estado es dueño de las mentes, cambia la historia, la ciencia...

—Es que —me interrumpió doña Nereida con cierta impaciencia— Usted olvida que en una democracia, el Estado es expresión de la ciudadanía.

Hizo una pausa. Luego:

—Además, hay que quitarles la juventud a los curas. Ellos, a través de la enseñanza particular, la están envenenando con sus supersticiones. Pretenden que, en pleno siglo veinte, volvamos a los tiempos de la Inquisición.

¡Qué siniestro peligro se cernía sobre la nación chilena!

Llegué al Carrera obsesionada por esta última fra-

se de doña Nereida, reprochándome no haberle planteado más a fondo el problema de la Inquisición.

Me sacó de mis cavilaciones el señor Catete. Deteniendo el automóvil junto a la puerta del hotel, me dijo:

—Oiga, *miss*, aquí está su cabeza.

Y me mostró un paquete que había en el asiento, al lado suyo.

Esperé un par de minutos mientras estacionaba su automóvil frente al hotel. Bajó con el paquete en la mano, haciéndome enfáticas señas —por lo demás muy oportunas— para que contuviera mi excitación.

Tomamos, pues, el ascensor, y luego de lo que a mi ansiedad le pareció un viaje interminable, nos encontramos a solas en mi cuarto. Me precipité, entonces, hacia el envoltorio, ansiosa de ver mi tesoro. Catete me detuvo con un gesto.

—*Chasta mini*[1] —sentenció

No entendí lo que quería decir con esto, aunque su gesto me evitó cualquier duda.

—Ah —dije—: usted desea que le entregue su foto, antes.

—Claro.

—Claro —repetí.

Busqué, trémula, entre los papeles que tenía en la cartera, y por fin di con la malhadada toma. En ella aparecía el señor Catete con los ojos salidos, en un cómico gesto de sorpresa, y la parte posterior de su

---

1. Sic en el original.

vehículo, enorme por efecto del ángulo de enfoque, exhibía una patente gigantesca, cuyos números y letras se veían casi del tamaño del rostro de mi amigo.

Se la tendí, presurosa.

—Aaaaah —gruñó al verla—. ¡Ya me lo imaginaba!

—¿Qué? ¿Algo está mal? —inquirí—. Le puedo sacar otra.

—No. No, gracias —se apresuró a protestar.

Volvía a emerger en él esa típica modestia de los chilenos.

—Pero, ¿está conforme? —insistí.

—Sí... sí estoy...

—¿Encuentra que salió usted bien?

Observé que mi pregunta lo turbaba: al pobre lo avergonzaba exhibir su coquetería masculina.

—¿Ah? ¿Si sa... ¡Ah, sí! —contestó—. Muy bien, gracias.

—Bueno —dije—, ya cumplí con mi parte del trato. ¿Qué hay de la cabeza?

—Sí, sí: aquí la tiene.

Y me tendió, sin más ceremonias, el paquete.

Huelga decir con qué tremenda excitación me dispuse a abrirlo. Demoré un poco más de lo necesario porque me seguían temblando las manos, y apenas si conservé la lucidez suficiente para darme cuenta de que el señor Catete se despedía ya, parco y retraído como de costumbre.

Deshice, pues, el envoltorio ¡y allí estaba!

Una cabeza diminuta, velluda, de color muy oscuro. Era casi negra, especialmente la nariz, muy teñidada y brillante. Aunque afeitada —daba, incluso, la

impresión de una afeitada muy reciente—, se notaba que había pertenecido a un hombre extraordinariamente barbudo, con vello hasta los mismos ojos. Y feísimo. Las orejas no existían: un par de agujeros las reemplazaban, semicubiertos por una gorra, o algo por el estilo, de color azul. (¿Tal vez una insignia de autoridad entre los indios? No he logrado averiguarlo).

Aunque me embargaba el orgullo de mi posesión, no pude contener, a la vez, un escalofrío de terror, pues la *chiquichicha* era macabra de veras. Y —no sé por qué— me recordaba tristemente a Percy, mi pequinés.

* * *

Algún día les contaré la historia de Percy, mi querido faldero, que pereció en forma trágica en un supermercado de Littlehell, cuando su curiosidad —¡querido bribonzuelo!— lo impulsó a introducir la naricilla en una cortadora de jamón. El asunto será materia de otro libro, que pienso titular: *Pets, the Salt of Life*[1].

Aun cuando he tenido buena suerte con los hombres —a decir verdad, han sido muy respetuosos—, adoro los perros. Durante un *cocktail* ofrecido en una elegante mansión santiaguina, un grupo de damas nos pasamos largas horas hablando de nuestros fieles compañeros. Descubrimos nuestra común afición al adver-

---

1. *Los animales regalones, sal de la vida* (N. de los TT.).

tir que todas éramos socias del "Kennel Club", esa institución maravillosa.

Mis amigas me pusieron al corriente de lo crueles que son la mayoría de los chilenos con estos animales extraordinarios. No es raro ver perros de raza mal recortados, aún más: una señora me aseguraba que a un lulú vecino lo pelaban con tijera podadora, tal como si el amorcito fuera parte de la macrocarpa del jardín.

En Chile hay dos clases de peluquerías para perros. Unas, donde no tienen idea del arte que debieran ejercer con delicadeza; otras, elegantes y técnicamente recomendables, cuyos dueños, según me he informado, poseen, sin embargo, la bárbara costumbre "de pedir un ojo de la cara". El hecho abominable constituye un caso de sadismo bestial, y debiera penarse como delito en los tribunales del Crimen. Pero esto no se hace, y los atribulados y fieles amigos del ser humano carecen de protección y de justicia.

—Cuando *El* sea ungido —dijo una señora que se hallaba en nuestra reunión— no permitirá estas cosas. *El* tiene gran cariño por los animales.

—¿Quién es *El*? —pregunté.

—El salvador de este país.

—¿El salvador de Chile?

—*El,* sí; como Moisés guió a su pueblo santo, *El* nos conducirá a un Chile paradisíaco. Es un hombre perfecto. El mismo lo reconoce, ¿no ha oído usted sus discursos?

—No... no, señora.-No le he oído hablar.

—¡Y cómo ama a los animales! Ha heredado de su

padre esa noble tradición. El padre hizo embalsamar a su perro.

—Noble gesto— observé. Y las señoras presentes asintieron con la cabeza

—A los otros candidatos les tienen sin cuidado los perros. *El* tiene dos. ¿Dónde, digo yo, están los perros de los otros candidatos?

No hubo respuesta.

—Lo que pasa en este país, señorita Utternut, es que no se ama a los animales. Nadie se preocupa de ellos. Pero las cosas cambiarán cuando *El* sea elevado a la primera magistratura. Ya verá usted.

Con los ojos blancos, la señora, hablaba como en éxtasis. Decía que a su candidato había que hacerle una manifestación de desagravio, no recuerdo por qué. De todos modos, *El* era muy aficionado a esta clase de manifestaciones. Nunca estaría de más.

* * *

Faltaban cuatro días para la elección, y huelga anotar que los ánimos, antes caldeados, se hallaban al borde del frenesí. Las pasiones latinas hervían, y todos los ingredientes para un baño de sangre y fuego iban concentrándose en Santiago hora tras hora, minuto tras minuto. El aumento de tensión era perceptible en el aire mismo que una respiraba.

Había grupos discutiendo en cada esquina.

Los ojos llameaban, en troles, cafés, cinematógrafos.

¡Hasta los lienzos de propaganda semejaban más chillones y vociferantes!

Me topé en el centro con grupos de muchachos que gritaban a compás:

—¡Fe-ín, Fe-ín, Fe-ín!

Desde una ventana, otros contestaban:

—¡E-ri-zzan-do, E-ri-zzan-do!

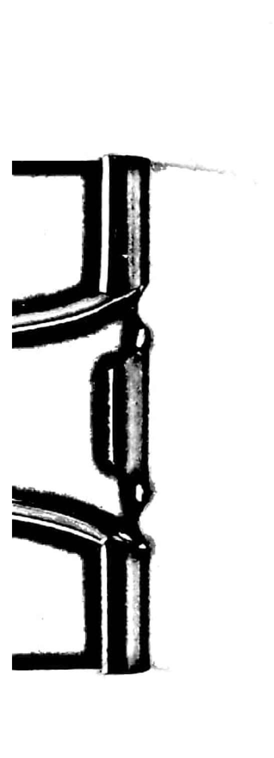
Mientras, un vendedor de diarios, desde un rincón, aplaudía en la forma peculiar en que lo hacen los chilenos: con una mano a medio empuñar y la otra extendida.

De pronto, observé una conmoción entre la muchedumbre. Carreras, voces, tumulto. Se produjo una fuga general hacia las tiendas y portales. Pregunté a una chica que pasaba corriendo junto a mí:

—¿Qué sucede ahora?

—¡El huanaco! —chilló—. ¡Arranque!

Por instinto, eché a correr también, hasta llegar a la calle Morandé, donde no se percibían señales de conmoción. Jadeante, me encaminé a mi hotel. Necesitaba un trago.



CAPITULO X

Diagnóstico: Grave. Un rito ancestral. Escalofrío en el Parque. Yo, en la huella de Caupolicán. "Eso es de hombre".

Me intrigaba saber qué era el *huanaco,* que tanto temor inspiraba a los habitantes de Santiago. ¿Se trataría, acaso —me preguntaba—, de un grupo policíaco especial, por el estilo de los *tortolos*?

Mientras bebía lenta, fruiciosamente, un *Manhattan,* vi llegar a John Brutish, al parecer en busca de un "refuerzo", igual que yo. Le hice señas para que me acompañara, pues deseaba intercambiar impresiones con alguien.

—Asiento, John. Dígame, ¿qué le parece lo que está ocurriendo?

—Grave —fue el flemático comentario.

Noté la huella de una honda preocupación en su rostro sobrio, habitualmente sereno.

—¿Habrá revolución?

Sonrió una fracción de pulgada, en un típico gesto de ironía británica:

—No la habrá si Hees Wright tiene razón[1] —dijo.

Aunque admiraba su sangre fría, yo no estaba en ánimo de reírme.

—Por favor, explíqueme —le rogué.

—Bueno, ya le he dicho lo más. Todos los candidatos o sus partidarios aseguran que no se dejarán arrebatar la victoria, lo cual en jerga latina significa que se la arrebatarán (o tratarán de arrebatársela,) a quien la obtenga, y, por otra parte, los estudiantes, que son el clásico elemento revoltoso de Latinoamérica, han salido a la calle...

—Los he visto —interrumpí—, hace un momento.

—Esos chicos están irritando a la policía. No tardará en haber un lío grande. Probablemente algún agitador emboscado matará a uno, y culparán a las fuerzas policiales, obteniendo así un mártir y un pretexto para iniciar la sublevación. ¿Y quién puede saber dónde terminará esto? ¿Recuerda usted España?

Me estremecí. ¡No iba a recordar!

—Pero —bajé la voz—, ¿usted tiene idea de quién provocará el estallido?

—No. Francamente, creo que puede ser cualquiera. Incluso el gobierno.

—¿El gobierno?

—No grite, Sillie.

—Perdón, es que es tan inusitado...

—Sí. Aunque más en apariencia que en realidad.

---

1. Not if Hees Wrigth is rigth. Juego de palabras intraducibles: Hees Wrigth suena en inglés muy parecido a *He's right,* "tiene razón" (N. de los TT.).

El gobierno puede decirse que no tiene candidato. Ninguno se identifica (ninguno ha querido identificarse) con su línea. ¿Qué tendría, pues, de raro, que el asunto partiera de allí? Antes que entregar el poder a alguien que lo ha fustigado... y lo han fustigado a conciencia los cuatro candidatos, sin excepción...

Me quedé pensativa. Mientras John bebía su *Tom Collins* con una calma inaudita, yo traté de formarme un panorama de la situación, caótica como era, si bien ya no tanto como me lo pareciera al comienzo. De pronto, en medio de mis meditaciones, la palabra volvió a surgir con su misterio: *huanaco*. ¿No se trataría, acaso, del nombre de un comité revolucionario?



Toqué el brazo a mi amigo.

—John.

—¿Sí?

—¿Qué es *huanaco*?

Me miró extrañado.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Quiero saber.

—Pero ¿por qué?

—Ya voy a explicarle. Por favor, no tema decirme la verdad.

John sonrió.

—No hay nada que temer —dijo—. El *huanaco* es un animal de la selva.

En ese momento, un botones pasó frente a nuestra mesa, haciendo sonar una campanilla y exhibiendo una pequeña pizarra en la que se leía: LLAMADA POR TELEFONO PARA EL Sr. J. BRUTISH.

—Excúseme, Sillie —articuló John, levantándose

precipitadamente—. En estos días, cualquier llamada telefónica es de urgencia. Hasta pronto.

Y yo me quedé a solas con mi perplejidad. ¿Animales salvajes también, en pleno centro de la capital, y a la luz del día? ¡Vaya un país! Sólo la flema británica podía permitir a John decir que "no había nada que temer".

Pagué el *Manhattan* y el *Tom Collins* y me fui a mi cuarto, a tomar notas.

* * *

Esa tarde, oscuro ya, salí a despachar un sobre extraordinario con diversas fotografías que servirían para ilustrar mis crónicas en la *Gazette*.

Es decir, claro, dos sobres, uno por correo aéreo con una copia de cada toma y otro por vapor, con una segunda copia y los negativos. No existiendo urgencia en el envío —y mi material gráfico era poco candente—, ésta resultaba ser una buena precaución para evitar que cualquier incidente de aquellos que son normales en la vida del periodista la prive a una de valiosos documentos gráficos.

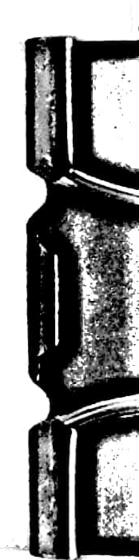
En los países latinoamericanos siempre es peligroso conservar fotos, direcciones y otros datos. Conocidos míos han perecido en siniestros calabozos por este tipo de indiscreción. Nadie me garantizaba que mañana no fuera a existir en Chile un estado policial al que disgustara alguna de mis tomas. Y nadie me aseguraba que el avión en que enviaba la primera copia no pu-

diera caer en manos de los revolucionarios. Claro está que también podían interceptar el buque, pero que cayeran ambos era ya demasiada mala suerte.

Y, de hecho, no sucedió.

Di, pues, una vuelta por el centro de Santiago para tomar una vez más el agitado pulso a la ciudad, y luego me encaminé hacia el hotel, más fatigada que de costumbre.

No tardé en encontrarme con el ubicuo señor Catete, que formaba con inmutable paciencia en la *cola de los babiecas,* detenida en ese momento en la calle Moneda al llegar a Estado. Me hizo una señal amistosa y, sonriendo, me preguntó si había visto la cabeza.



Le contesté que eso había sido lo primero que hice. ¿Cómo podía imaginarme que sería capaz de esperar?

—Sí —convino—, es muy humano que quisiera verla. ¿Y le gustó?

Gustar no era la palabra adecuada, pero entendí su intención.

—¡Es magnífica! —exclamé.

—Guárdela bien —me previno.

—Por cierto.

—Y no se la muestre a nadie mientras no haya salido de Chile.

—¿Por qué?

—No conviene.

—¿Por qué? —insistí—. ¿Hay alguna prohibición de venderlas?

—Eh... sí —tartamudeó.

Entonces comprendí: si la industria prosperaba —y seguro que, autorizando la venta, los turistas la harían prosperar—, los araucarias intensificarían su sangrienta actividad... y esa "industria" tenía sólo una fuente de materia prima: los seres humanos. Casi me arrepentí de haber comprado la mía, aunque traté de no pensar más en el asunto. Ya estaba hecho y, por lo demás, de seguro que mi *chiquichicha* habría muerto aún antes de que yo llegara a Chile. Entiendo que el procedimiento de preparación es largo. No era, entonces, responsable directa de la muerte de mi horrible trofeo.

—¿Tiene alguna novedad política? —pregunté a Catete, por pasar a un tema un poco (sólo un poco) menos sangriento.

—Está que arde —fue su escueto comentario.

En eso, la *cola de los babiecas* comenzó a moverse.

—Hasta luego, *miss* —se despidió mi amigo—, y cuide mucho al pequinés.

—¿Pequinés? —inquirí sorprendida.

Y luego, cayendo:

—¡Ah, se refiere a la cabeza! ¿Usted también le encuentra parecido con un perro pequinés?

—Sí... —dijo.

Sonreí.

—Hasta luego —lo saludé—. Y cuando quiera otra copia de su fotografía, avíseme.

Frenó en seco, violentamente.

—¿Otra copia? —gritó.

Un auto frenó detrás.

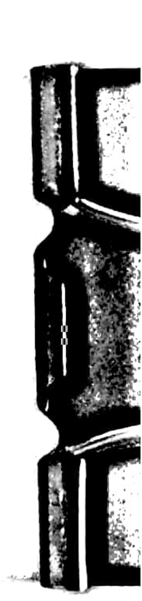
—Sí —expliqué—, yo tengo el negativo.

Tercera frenada detrás. Un choque. Varias voces enfurecidas.

—¡El nega...!

Bocinas. Diez, veinte, mil bocinas sonando al mismo tiempo. El resto de la frase del señor Catete se perdió en el gigantesco barullo. En ese momento, un carabinero se acercó y le indicó que siguiera su camino.

* * *



El día primero de septiembre, deseosa de alejarme del Gran Santiago, que por las tardes era bastante bullicioso, me dirigí al Parque Cousiño con el libro de Ernest Simpleton bajo el brazo.

Me senté en un banco desvencijado, con la intención de sumergirme en ese libro maravilloso, alfa y omega del amante de los países pintorescos y enigmáticos. ¡Qué perspicacia, qué grave e irónica sutileza la suya! De pronto, advertí que un niño se había sentado a mi lado.

—¿Qué lee?

Lo miré por sobre los anteojos, sin responderle.

—¿Qué lee, pues, señorita?

Le señalé la tapa del libro de Ernest Simpleton.

—¿Es bueno?

—Es interesante.

—Ah, entonces —dedujo—, no es bueno.

Tendría unos ocho años. Me miraba con una extraordinaria, casi grosera falta de respeto.

—¿Sabe? Mi papá tuvo un ataque en el cuarto de baño, dentro de la tina. Yo lo miraba por el ojo de la llave: le dio un ataque bien divertido, se puso tieso. Así.

Y el chico volvió los ojos blancos y estiró las piernas desmesuradamente.

—¿Tú qué hiciste? ¿Le avisaste a mamá?

—No, no le avisé. Hay que dejarlo, dicen. Por eso me vine para el Parque. Oiga —se acercó con curiosidad y me miró a la cara—. ¿Usted no es chilena, cierto?

—Soy extranjera —repuse rápidamente, y le solicité más detalles sobre la horrible suerte de su padre.

—Ahí quedó, tieso, colorado: ¡lo viera usted cómo flotaba en el agua jabonosa!

—Debiste haber avisado de inmediato a tu mamá.

—Ya ni sé cuál es mi mamá. Con nosotros no vive ninguna mujer de las que eran mamá.

—¿Cómo así?

—Papá se casa, y cuando la mamá nueva se pone fea, va y la cambia.

—Pero, ¡qué barbaridad! ¿La cambia por otra?

—Por otra, pues, señorita, ¿por qué iba a ser? —replicó el chico, levantándose.

Tan de improviso como había llegado, el pequeño desapareció corriendo por los jardines del Parque, sin oir mis últimas y turbadísimas palabras.

Esta anécdota me recuerda aquella, conocidísima, del niño espartano y el zorro: el muchachito tenía en embrión las características estoicas de los ciudadanos

de Chile. Algún día podría llegar a ser un perfecto chofer de taxi.

* * *

El extraño, imprevisible señor Catete, fue de nuevo a visitarme esa noche, en mi cuarto, cuando me disponía a acostarme. Le abrí la puerta con el ritual vaso de bicarbonato aún en la mano, y apenas si pude contener una exclamación de sorpresa. No sabría cómo describir el estado en que se encontraba Catete, si al borde del quebranto nervioso o lleno de una irritación rayana en el frenesí.



—La foto —me espetó, sin preámbulos.

—¿Qué foto?

—No me venga con *patillas* —gruñó—. Sabe perfectamente cuál.

—¡Oh! —murmuré—. ¡Qué tonta soy! Sí, claro, por aquí la tengo.

Y me puse a buscarla.

—Tome asiento —le ofrecí—, y perdóneme que no le entendiera al principio, pero es que me siento muy cansada y con un sueño que ya no veo.

No se movió.

—Siéntese —insistí.

—Gracias —contestó, ya de mejor talante—. Prefiero así, paradito, no más. Igual que Caupolicán.

—¿Igual que Caupolicán? —repetí.

—Sí. ¿No sabe quién era?

—Claro, claro.

No insistí en averiguar más. De seguro se trata de alguna tradición popular que yo debí conocer, y podría haber resultado ofensivo demostrar ignorancia. Pero tomé nota mental de la tradición, que parecía confirmar en forma de leyenda la verdad de la altivez con que la raza araucaria ha respondido siempre a cualquier circunstancia.

—Aquí tiene su foto.

Se la tendí.

—Epa —dijo—. Saltando con el negativo.

—Imposible —sonreí.

—Mire —me conminó—: si no me lo entrega, le advierto que la cabeza suya va a quedar más chica y más fea que la del pequi... del fulano ese. Va a parecer buen mozo al lado suyo.



Al principio creí que bromeaba, y aun estuve a punto de celebrar la ocurrencia. Pero sus ojos no daban lugar a equívoco: se encontraba furioso.

—Lo siento, créame...

—Saltando.

—Es que...

—Sal-tan-do.

—Permítame que le explique, señor Catete.

Nada de "señor Catete" —cortó, remedándome con extraña descortesía—. Déme el negativito.

—Eso es lo que quiero explicarle.

—El nega...

—Oigame: lo mandé a la redacción. A Littlehell. Cuando regrese allá, puedo...

—Gringa de miéchica —refunfuñó.



—No he estado nunca en Michigan —protesté, colmada por el error.

—Yo tampoco, pero de buena gana la mandaría para allá de un aletazo.

—Escúcheme, señor Catete —lo detuve—. Hasta el momento, nuestras relaciones han sido muy cordiales. ¿Para qué estropearlas ahora con un arrebato temperamental? Le haré llegar su famoso negativo apenas ponga pie en Littlehell, y se acabó. Si he de serle franca, tengo otras fotos que me interesan más.

Mi fría serenidad pareció apaciguarlo un poco. Sus ojos dejaron de llamear.

—¿Por qué le da tanta importancia? —inquirí.

Vaciló.

—Es... es que... señorita... usted sabe, la Dirección General de Indios es tan exigente... Si me sorprenden que he vendido esa cabeza, me secan en la cárcel.

—¿Tan seria es la prohibición?

—Por supuesto. Si no, no me preocuparía.

Le puse una mano en el hombro.

—Mi amigo, mi querido amigo —declaré solemnemente— puede usted contar con mi palabra de que no mostraré a nadie en Chile la *chiquichicha...*

—¿La qué? —interrumpió.

Sonreí. Sin duda, me había traicionado la pronunciación.

—La cabeza —expliqué—. No se la mostraré a nadie aquí. Nadie sospechará que la tengo. Y es más, cuando la exhiba en el extranjero, jamás haré referencia a la manera cómo la obtuve. Le doy mi palabra de honor.

Me miró, dudando.

—Le doy a usted mi palabra de honor —repetí, con altivez.

Me propinó unas palmaditas en la espalda.

—Eso es de hombre —comentó.

Y sin más, salió de mi cuarto, silbando.



CAPITULO XI

Exterior apacible de un volcán político. El agente López, buen deportista. Preparo mi fuga. ¡Revolución en Chile! Postrer acto heroico de Catete.



Lo que siguió fue un verdadero torbellino de acción. Aún me cuesta salir de mi asombro, cuando pienso en la cantidad de cosas que me sucedieron en el curso de los dos últimos días de mi permanencia en Chile, y cuando trato de discernir cómo conservé la calma necesaria —en medio de ese caos— para hacer mis valijas, despachar los últimos informes a Mike, y... pero no me adelantaré. Vamos por orden, hasta donde ello sea posible dentro del lío que voy a describir.

Amaneció el día de la elección. Tranquilo, con una engañosa calma en la superficie.

Recorrí varios de los lugares donde se estaba votando, y en todos se confirmó esta impresión externa de paz. Sólo las fuertes guardias militares que custodiaban cada recinto de sufragio permitían suponer la corriente de violencia que circulaba subterráneamente en el volcánico Chile. Un silencio extraño prevale-

cía en las calles del centro. No era ausencia de ruidos, sino que se escuchaban ruidos distintos de los habituales. Conversaciones con sordina, pasos, carcajadas, apenas uno que otro vehículo.

En general, los chilenos parecían felices de votar. Entrevisté a unas cuatro o cinco personas de ambos sexos, y a pesar de mis esfuerzos por sacarles algo respecto a la posibilidad de que estallara la revolución, todos se mostraron muy hábiles para eludir el punto.

Respuestas características:

—¡Qué va a haber líos! Si este país tiene más paciencia que un cobrador de sastre.

—Ni hable de revolución. No se le vaya a ocurrir a alguien que es buena idea.

—Se equivocó de país, señorita. ¿Por qué no pasa al del lado?

Yo les contestaba con una sonrisa de inteligencia: me daba cuenta de que, en esos momentos, cualquier palabra imprudente podía costarles cara. Las paredes oyen, y una frase al descuido puede traicionar un golpe muy bien preparado, o delatar a un opositor hasta ese instante oculto.

Me estremecí de excitación al pensar que, quizá, entre esas personas a quienes abordé había algún com plotado.

A las diez y media de la mañana regresé al hotel para tomar una taza de café —debilidad de periodista— y partir de nuevo a la caza de noticias. No alcancé a caminar sino unas yardas fuera de la puerta del Carrera.

—¿La señorita Utternut?

Me di vuelta.

—Yo soy —dije.

—Sígame, por favor.

—¿De qué se trata?

—Dirección General de Indios —fue la única, dramática respuesta.

Tuve un sobresalto. Una intuición de fuego me quemó las entrañas. Pensé, sin embargo, que era preferible obedecer —¡son tan impulsivos los latinos!—, y partí en pos de mi misterioso interlocutor. Era éste un hombre bajo, macizo, con un bigotillo fino muy recortado, y pelo crespo. Su voz, ronca, sonaba con un inconfundible tinte de severidad. Me imaginé lo peor.

Cuando hubimos llegado a la esquina de la calle Morandé, mi acompañante me cogió de un brazo y me condujo a la entrada de un pasaje. Allí se detuvo.

—Investigador confidencial López —me dijo, mostrándome un pequeño *carnet* rojo, en el que alcancé a ver la imagen de un nativo y las palabras *Colo Colo*.



—Silvestra Utternut —tartamudée absurdamente.

—Usted tiene una cabeza...

—No —negué con vehemencia.

—No trate de ocultarlo. La hemos visto en su pieza, en el hotel.

¡Me habían descubierto! Formulé para mis adentros la firme resolución de no traicionar, por ningún motivo, a mi amigo Catete.

—Sí —hube de convenir con renuencia—: tengo una cabeza.

—¿La adquirió legalmente?

—La encontré botada —mentí.

—Botada, ¿ah?

—Eso es.

—¿No la habrá comprado por ahí?

—La encontré botada —insistí, terca.

—¿No la obtendría por intermedio de algún agente del mercado negro?

—La encontré botada.

Curiosamente, mi terquedad para aferrarme a la excusa no pareció molestarlo. Al contrario. De seguro era un buen deportista y, aunque no me vencía, le agradaba verme persistir en mi resistencia, sin ceder terreno.

—¿Usted sabe —me dijo— que hay una fuerte multa para el comprador de estos artículos?

Sentí que un escalofrío me recorría la espalda: ¡llamar "artículo" a la cabeza de un hombre!

—Supongo que así será —repuse.

—Así *es*.

—No me niego a pagarla —observé—, si con eso legalizo mi posesión.

—Por supuesto que va a tener que pagar. Pero además, deberá reintegrar la cabeza a la Sección Cráneos de la Dirección General, en un plazo de cinco días, máximo. Y después se practicará una investigación para determinar cómo la adquirió.

—¡Dios mío! —exclamé, sobrecogida—. ¿Y ahora va a tomarme presa?

—Hoy no. Es día de elecciones. Si usted paga la multa, me limitaré a pasar el parte correspondiente mañana, y la orden de arresto saldrá tal vez pasado mañana. Entonces sí que la detendremos, si está en el país.

—¿Si estoy en el país?

—No querrá —me dijo— que vayamos a buscarla al extranjero.

No insistí sobre el punto. Sin darse cuenta, el pobre me había abierto con toda ingenuidad la puerta de escape.

—¿Dónde debo pagar la multa?

—En el cuartel de la Dirección General. Tendrá que acompañarme y esperar hasta que llegue el comandante, que anda vigilando la elección.

—Pero él se desocupará muy tarde.

—No. A las diez y media de la noche estará listo... siempre que no surjan complicaciones.

—Es que habrá complicaciones. Los ánimos...

—Eso ya no depende de nosotros, señorita. De veras lo lamento.

—¿Y tendré que pasar doce horas encerrada? Por favor, señor López, yo soy periodista: no puedo dejar de estar en los lugares de votación. Vine a eso.

—¿Vino a eso —inquirió con intencionado sarcasmo— o a comprar cabezas?

Bajé la vista, ruborizada. ¿Cómo explicarle que me resultaba inconcebible irme de Chile sin llevar una cabeza? En realidad, no sabía qué hacer, y evidentemente no tenía nada qué decir. El señor López se compadeció de mí.

—Mire —me ofreció—, esto no se suele hacer, pero si quiere, me entrega a mí el valor de la multa, y yo la dejo en libertad condicional.

Sentí el impulso de echarle los brazos al cuello. Me contuve.

—¿De veras? —exclamé—. ¿De veras haría usted eso por mí?

—Como una excepción —repitió, muy serio—. Tomando en cuenta que es periodista.

Trataba de parecer severo, mas advertí que se le insinuaba una sonrisa bondadosa en los labios.

—¿Cuánto es?

—Son trescientos veinte dólares.

Abrí el liberto de cheques con mano temblorosa.

—¿A la orden de quién lo hago?

—Eh... ¿no tiene en dinero efectivo?

—No. Lo siento. Pero éstos son cheques de viaje. Valen igual que billetes.

—Sí... —meditó. Luego—: El problema es que si lo hace a la orden de la Dirección General de Indios, habría que sacarle el endoso al Director, después al Tesorero... Tendría que mantenerla detenida mientras.

No esperaba esta dificultad. Pero de pronto mi mente se iluminó:

—¿Y si lo hiciera a la orden suya y usted lo canjeara por dinero?

—Bueno... —murmuró— Sí, eso sí... Pero no lo haga a la orden mía: déjelo en blanco. Podría prestase a interpretaciones.

—Comprendo.

Extendí el cheque y se lo entregué.

—¿Eso es todo?

—Sí. El recibo le llegará por correo.

Gracias, muchas gracias.

—Oh, no hay de qué —dijo, con la modestia característica de los chilenos.

Y antes de partir agregó:

—Oiga: pasado mañana estese lista para ir a la cárcel, porque de eso no se salvará, si continúa en Chile.

* * *

Dicen que los gringos somos ingenuos, pero este agente de la policía chilena —tal vez a fuerza de bondadoso— había demostrado que no lo hacía nada de mal. Porque mi primer paso, apenas me separé de él, fue cablegrafiar a Mike:

PARTO MAÑANA PUNTO ALLA EXPLICARE PUNTO SITUACION INSOSTENIBLE PUNTO ESPERO INSTRUCCIONES PUNTO.

UTTERNUT

El rato que transcurrió entre esa hora y el almuerzo lo dediqué a preparar mis bártulos, hacer las maletas, pedir la cuenta del hotel y —esporádicamente— escuchar por radio algunos fragmentos de noticias sobre el desarrollo de la elección en el país. Mientras almorzaba me llegó la confirmación de la reserva de pasaje en la línea aérea: me sentí salvada.

No podría decir bien qué hice, en las horas que siguieron, fuera de pasearme nerviosamente de alto a bajo de mi cuarto, encender y apagar el receptor de radio sin entender nada de lo que oía, y devanarme los sesos. Lo que más me angustiaba era la suerte que

correría el señor Catete. No me explicaba cómo se habían enterado de mi compra en la Dirección General de Indios, y la hipótesis más plausible me parecía la de que lo hubieran detenido, arrancándole la verdad después de quizás qué horribles torturas.

Además, la pena sería para él mucho peor. No bastaría una multa, sin duda, ni un breve período de prisión, como en mi caso. Su delito era más grave, y él era chileno.

En varias oportunidades estuve a punto de salir a la calle, a ver si lo encontraba para prevenirlo del peligro, mas me contuve diciéndome que no era imposible que yo estuviera sometida a vigilancia, y que por ayudarle no hiciera sino precipitar su aprehensión por la policía, en caso de que ya no lo hubiesen cogido. Además, me devoraba la impaciencia por conocer el cable que traería la respuesta de Mike.

El cable llegó por fin. Y decía:

SUBLE INDEJA[1] LUGAR INSTRUCCIONES PUNTO REVIENTE

MIKE

¡Mike era capaz de bromear en las circunstancias más escalofriantes!

* * *

---

1. Clave periodística por "su cable no deja" (N. de los TT.).

Para aprovechar mis últimas horas en Chile, me encaminé al Instituto Nacional, donde se hallaban las mesas receptoras de sufragios, provista de mi cámara. Por todos lados se veían carabineros, y advertíase cierto clima de agitación entre las electoras. Señoras nerviosas, leyendo en voz alta párrafos de un librito llamado Reglamento, presidían las Mesas de Mujeres. Por aquí y por allá complotaban las apoderadas, aumentando la tensión del ambiente.

El señor Erizzando era quien llevaba el mayor número de preferencias, seguido, a pocos pasos, por el señor Chiche. Políticos de diversos partidos sacaban cuentas misteriosas en los rincones, y a cada momento, carabineros armados se acercaban a dispersar los grupos.

Observé en el patio el busto de un precursor de la educación nacional, el profesor Espejo. Recorrí el antiguo recinto sacando algunas vistas.

Poco a poco se "levantaban" las mesas. A última hora, supongo que por influencia de los pérfidos jesuitas, tan amigos de meterse en política— se inscribió entre los candidatos un cura, un tal Zamorano, de la Orden de San Catapilco.

Pero el pueblo sabía a qué atenerse respecto a ellos, y distaba mucho de favorecerles.

Yo me paseaba silenciosa entre las mesas, cuando un ruido sordo se oyó venir como del centro de la tierra.

—¡Misericordia, misericordia, Señor! —comenzó a gritar una mujer, corriendo hacia la puerta con el voto en la mano.

Allí fue detenida por carabineros. Los muros se tambaleaban, caían trozos de estuco de las paredes. Horrorizada por el bombardeo —pues no podía ser otra cosa—, corrí a otra sala, donde la situación era más o menos similar. Las mujeres bramaban como locas, mientras la tierra se sacudía en convulsiones atroces.

—¡Revolución! ¡Revolución! —grité, reconociendo ahora el vibrar de los tanques sobre la calzada, afuera.

Conseguí salir al patio, donde se bamboleaba el busto del señor Espejo, con el aire de quien ejecuta una misteriosa danza ritual. Había estallado la revolución en que no creía Hees Wright, la revolución de que no se atrevían a hablar los santiaguinos. ¡El volcán eruptaba!

Corrí como un gamo hacia una vieja escalera, seguida de cerca por dos feroces policías. Subí al segundo piso. Ellos vociferaban:

—¡Alto, alto ahí!

Mas por algo yo había sido finalista de las doscientas yardas en Christchurch. En un dos por tres estuve arriba, y conseguí despistar, con una hábil estratagema, a mis perseguidores. No iba a dejarme coger así no más, y por último estaba dispuesta a vender cara mi vida. Me introduje en un viejo, enorme y destartalado armario, y cerré la puerta por dentro.

Esa tarde y esa noche pavorosas, que pasé de pie, fueron las últimas de mi permanencia en Chile. Me sentí mil veces morir. Oía pasos por los corredores, gritos desgarrados en la calle. Cierto es que no era la manera más audaz de encarar la revolución por la cual había venido de tan lejos, pero ¿quién, que haya segui-

do mis experiencias en este país de crímenes habituales, dejará de comprender el temor que me embargaba?

Los alaridos, que oía desde dentro del armario, cesaron hacia el amanecer. Ya conocía yo esas alboradas de sangre y de silencio que suceden a las horribles matanzas de una guerra civil. Nada que produzca espanto similar. Por un momento creí estar en España, veinte años atrás. Y sólo Dios sabe cómo tuve valor para salir del armario, cruzar en puntillas el corredor y bajar entre penumbras al solitario jardín del Instituto, donde el señor Espejo, recobrada ya la calma, reposaba con gran serenidad.

Con suma cautela abrí la puerta que daba a la calle. No se veía un alma por la Alameda. Avancé, sigilosa. Mi mayor deseo era llegar al Hotel antes de que fuera sorprendida. En oriente se insinuaban arreboles rojizos, cual si el cielo supiera lo que ocurría en esta malhadada tierra.

De pronto di un aullido de terror. ¡Sí, estuve a punto de pisar a un hombre echado a lo largo de la acera! ¡Allí, junto a mis pies, asesinado! ¡Qué desprecio por la persona humana hay en estos países! Un trasnochador apareció por la esquina, observó al hombre, y siguió caminando, sin siquiera sobresaltarse. Cuando yo le llamé la atención, se limitó a responder:

—Es el gorila.

Y siguió, tan campante.

La amenaza de ese nuevo, horrendo peligro, fue más fuerte que mi caridad. ¡Un gorila haciendo vícti-

mas a yardas del palacio presidencial! ¡Era lo que faltaba!

Llegué jadeando al hotel.

Gorilas, chacales —los diarios anunciaban los recientes desmanes de una de estas fieras—, huanacos, indios a la espera de invadir la ciudad, revolución... ¿podían pedirse más ingredientes de aventura para mi espíritu inquieto? Sin embargo, la fatalidad, encarnada en el inspector López, haría que me viera forzada a abandonar este país de novela.

* * *

Cuando yo partí de Chile, el paso inicial de la lucha estaba dado. Y —curiosamente— casi en la forma exacta que predijera John Brutish. En efecto, a las cinco y media, al llegar por fin al hotel, puse la radio, y lo primero que escuché fue la noticia de que Erizzando obtuvo la más alta cuota de sufragios... aunque no la codiciada mayoría absoluta. El señor Chiche, por su parte, emitió una declaración en que sostenía que sus votos —varias decenas de miles menos que los de Erizzando— eran buenos, mientras los de su rival eran malos, porque no los había emitido el pueblo. Agregaba que el pueblo no se dejaría arrebatar la victoria, conminaba a sus partidarios a mantenerse alertas contra cualquier maniobra de la derecha, y emplazaba a no sé quién para no recuerdo qué.

Collao, con quien hablé por teléfono para despedirme, me explicó que ésta era otra curiosidad exclusiva de Chile.

—¿Cómo así?

—Usted sabe: es fama que los candidatos prometen el oro y el moro durante las campañas, y luego, si resultan elegidos, se olvidan de todo...

—Eso —le interrumpí— no es exclusividad de Chile. Es una costumbre universal.

—Bueno. Aquí los candidatos habían jurado que el que obtuviera un voto más sería reconocido como Presidente. ¿Recuerda?

—Por cierto.

—Esa es la curiosidad exclusiva de que le hablaba: en este país tenemos el caso único de un candidato que no cumplió su promesa al *no* salir elegido.

Recibida esta explicación volví a despedirme de Collao, quien me dijo:

—Siento no poder acompañarla hasta el aeropuerto. Pero si usted no hubiera resuelto partir tan precipitadamente...

—Oh, no se preocupe de formalidades —contesté—. Se lo agradezco igual.

—Es que, en realidad, no entiendo este apuro repentino, Sillie.

—Me aguardan otras tareas —expliqué.

—¿Y un día de demora es tan esencial? ¿No puede esperar hasta mañana?

—No, créamelo.

—Adiós, Sillie —me dijo, mientras yo no hallaba palabras para agradecerle sus desvelos, tanto buen y leal servicio suyo.

* * *

Llegada la hora, subí al taxi... de Catete.

—Volvemos a encontrarnos —le dije, a guisa de saludo.

—Así es. ¿se va?

—Señor Catete —le expliqué, mirando las calles atestadas de tropas en armas—. Nos han sorprendido.

—¿Sí? —dijo con calma.

—La cabeza... tartamudée, creyendo que no me entendía.

No se inmutó.

—¿Así es que se enteraron en la Dirección General de Indios?

Asentí.

—¡Qué le vamos a hacer! —fue su sobrio, flemático comentario.

—Pero, ¿usted no corre peligro?

—Cuando menos.

Me asombraba cada vez más su sangre fría.

Por favor, cúidese, señor Catete.

—Sí, sí. No se preocupe.

Permanecimos un buen rato en silencio. De pronto se me ocurrió una idea maliciosa: tal vez no era tan heroico mi amigo, después de todo.

—¿Usted confía en que va a salvarlo la revolución, ¿no es cierto? —le pregunté.

Pareció no entender.

—¿Cómo? —inquirió.

—Tengo la intuición de que usted piensa que, después de la revolución, nadie va a preocuparse de que me haya vendido su *chiquichicha*.

—Ah... tal vez, sí.

—¿Y si no sucede de esa manera?

—No seré el primero que cae.

¡Con razón los chilenos tienen fama de valientes y despreocupados ante el peligro! Yo puedo certificarlo, en especial respecto a los conductores de taxi.

* * *

Ya en el avión —sin atreverme a creer todavía en mi escapatoria— me volví para hacer una seña de despedida a mi buen señor Catete...

¡Horror! Junto a él estaba el agente de la policía confidencial, el enigmático señor López, que lo tenía cogido del brazo. Ambos se miraron sonriéndose, me miraron... y Catete alzó la mano en un gesto jovial... cual si nada ocurriera.

Me emocionó la escena: lo habían sorprendido, y —buenos deportistas los dos— el agente y él se perdonaban mutuamente. Uno iría a la cárcel, llevado por el otro, pero nada personal existía entre ellos. ¿Por qué no sonreir? ¿Y por qué no sonreir a la gringa a quien la galantería del agente iba a permitir escapar a su destino?

Alcé una mano desmayada en respuesta al saludo de ambos, y penetré al avión. Me sentía traidora a un leal amigo. *Amigo*. Y, peor, como un amargo reproche, resonaban en mis oídos las últimas palabras que oyera a ese bravo Catete, el saludo musical y exótico, que me

parecía algo así como el equivalente del *aloha* de Hawaii:

—Ate a merda, gringa de miéchica.

Enjugué una lágrima y me volví hacia la ventanilla, cara al sol y al horizonte.

FIN

REVOLUCION EN CHILE

12ª edición

por *Sillie Utternut*

se terminó de imprimir bajo el sello de la Editorial Del Pacífico, S. A., el 16 de abril de 1963, en las prensas de la misma Editorial, Alonso Ovalle 766, Santiago de Chile.

LA AUTORA

Silvestra (Sillie) Utternut **nació** en Christchurch, Nueva Zelandia, en una fecha, dice ella con femenil coquetería, "anterior a 1930". *Foggy Magazine* publicó su primer reportaje, escrito a la tierna edad de doce años, sobre "Los pececillos del estero de Picklefork". Posteriormente acompañó a su padre, el coronel S. Dumb Utternutt (S. Q. Q.) en sus viajes por la India, Africa y el Medio Oriente.

Todas estas experiencias han dado como resultado una serie de interesantes reportajes aparecidos en la *Littlehell Gazette*, el *Ragamuffin's Reporter*, el *Rifraff Globe* y otras prestigiosas publicaciones periódicas británicas y norteamericanas. Además, cada cierto tiempo, la señorita Utternut obsequia a sus lectores con la aparición de un libro en el que profundiza sobre alguno de los campos en que le ha tocado actuar como periodista.

Aunque el primero que se traduce al castellano es *All about Chile*, los impresores Looney & Looney han editado, entre otros: *Pets, the Salt of Life* (Los animalitos regalones, sal de la vida); *The Track of Genghis Khan* (La huella de Gengis Kan), sobre el problema caminero en Tibet; *Inca of Today: Remains of a Fallen Empire* (Incas de hoy: restos de un imperio caído), etc.

Actualmente, la señorita Utternut colabora en la *Littlehell Gazette* y es consultora latinoamericana de la UNLIO, organización dependiente de las Naciones Unidas.